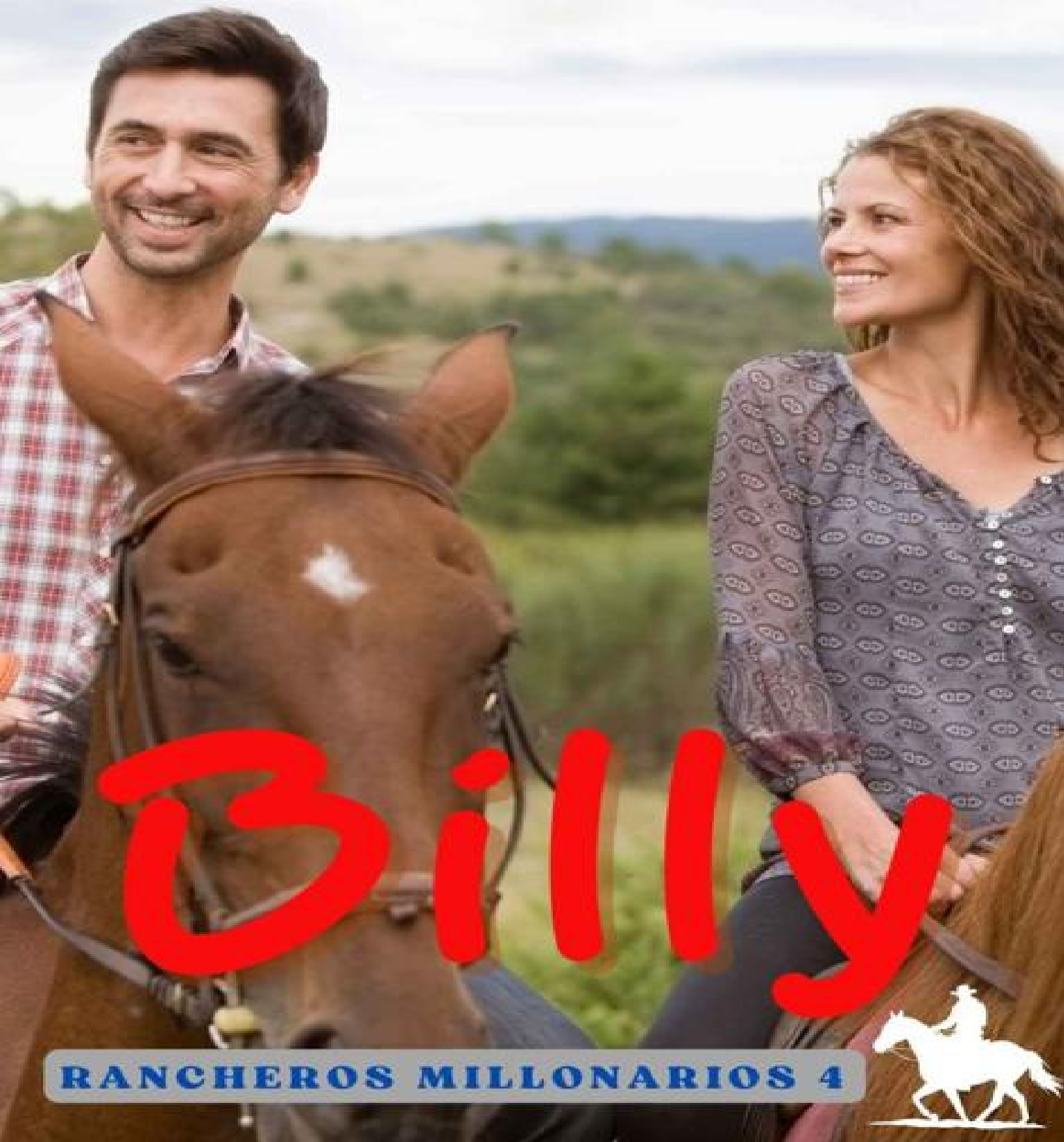


MAYA R. STONE



Billy

RANCHEROS MILLONARIOS 4



BILLY

RANCHEROS MILLONARIOS 4



ISABELLA ABAD

©Todos los derechos registrados

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS.

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

ATENCIÓN: REGALO Y PRÓXIMA PUBLICACIÓN.

UNO.

—¡Ea, ea!

—¡Vaaca, vaacaaa!

Los gritos de los hombres que arreaban el ganado desde la punta norte se escuchaban con eco porque estaban atravesando el angosto trecho entre dos paredones de roca.

Billy Jackson, capataz del rancho Sullivan, el más extenso de Montana y propiedad de los hermanos Rex, Brad y Ted, parecía una estatua, recortado contra el horizonte que comenzaba a perder luminosidad.

La súbita conmoción le hizo reacomodarse sobre la montura de su caballo, y esperó a que los primeros animales aparecieran ante su vista, seguro de que apenas percibieran el pasto abundante en este sector comenzarían a correr hacia el alimento.

Y así ocurrió, en cuestión de pocos segundos. Las vacas habían permanecido más tiempo del necesario en el lejano rincón de la propiedad donde el forraje no era tan bueno como en esta pradera, razonó, llevando la mano hacia la parte trasera de su cuello, masajeando la zona. Las largas horas de trabajo comenzaban a pasarle factura.

Resopló y echó la cabeza atrás para lanzar una carcajada al ver a los dos vaqueros aparecer al galope, sus maldiciones audibles mientras se afanaban en sus caballos, tratando de controlar el desbande.

Subdividido como todo el campo estaba con alambrados eléctricos, bastaría una decena de animales a la carrera para desarmar el arduo trabajo de horas. Y las que estaban arribando eran casi cincuenta de las mejores exponentes Hereford.

Chasqueó su lengua y azuzó a Tripp para moverlo hacia el borbollón. Debió haber traído más hombres, se rezongó, mientras gritaba y agitaba su sombrero para redirigir a las vacas. Con su ayuda en la parte trasera y un vaquero en cada flanco fue posible hacer un embudo que llevara al ganado hacia el área seleccionada por Rex.

El rancho era extensísimo, pero la producción era variada, y por ello era necesario considerar muy bien adónde se ejecutaba cada actividad. Cultivos, ganado de carne, y especialmente la cría de corceles finos eran las actividades que Billy debía monitorear.

La cabaña de caballos había nacido como un capricho de Rex, el mayor de los Sullivan, pero se había vuelto el sello distintivo del rancho. Los compradores venían de muchos puntos del país a comprar sus reproductores, y era una tarea ardua.

Por fortuna, pensaba Billy, su patrón Rex había tenido el tino de enamorarse hasta las trancas de la bella y eficiente Marie, que era una veterinaria de la hostia.

Los Sullivan eran multimillonarios, y se contaban variadas empresas en su haber, pero el rancho era el lugar en el mundo de la familia. Aquí habían crecido y estaban sus memorias.

Era el punto neurálgico al que volvían y sobre el que giraban.

Billy amaba este lugar, no había otra manera de definirlo, y eso que él no era de sensiblerías. Tenía ya dos décadas aquí. Había llegado a sus dieciséis desde la lejana Alabama y el rancho y la familia Sullivan fueron amor a primera vista.

Aquí había encontrado la paz que no tuvo cuando niño, y bajo el auspicio del hoy fallecido Sullivan padre aprendió a querer a los animales, a trabajar con ellos de la mejor manera, a llevar números y controlar su genio, y su temple se forjó en el contacto diario con hombres rudos y directos.

Se hizo hombre y sus dotes de mando se reforzaron, por lo cual no hubo dudas cuando el viejo capataz Sam Neill murió: él tenía que ser el sucesor. Hacía diez años de eso.

Los frenéticos ladridos del perro de Santino, uno de los vaqueros, lo alertaron de la carrera de una de las vacas, asustada por el movimiento súbito de alguna víbora. Sin dudar taloneó a Tripp, que despegó como una flecha, y apretó sus muslos en los lados del animal mientras maniobraba con su lazo.

Con la experiencia y la práctica de años lo hizo girar sobre su cabeza y se movió adelante mientras lo tiraba, alistándose para el tirón brutal cuando la presa fuese envuelta por el cuero.

Así ocurrió, y envolvió el extremo a su montura, tironeando y moviéndose como un rayo para saltar del caballo cuando este ya aminoraba su velocidad, y fue hasta el animal, liberó y espantó hacia el sitio donde los demás miraban el espectáculo con sus bovinos ojos vacíos de inteligencia.

—Joder, Billy, deja de darte dique con tu lazo—gritó Santino, y Billy rio con ganas, haciendo gestos de poderío, tensando sus brazos para mostrar sus bíceps.

—Alguien tiene que enseñarles, gilipollas—les gritó.

—Ese ganado es el más arisco de toda Montana, lo juro—dijo Wes, llegando a su lado al trote, quitándose el sombrero y mesándose el cabello, mojado de transpiración.

—Vamos, nada de quejas. Les espera la mejor cena de la región y mañana tienen libre.

—Yeah, sí, señor, la vida es bella al final de la jornada—dijo Santino—. El último que llegue me da su ración de postre—gritó, mientras taloneaba a su caballo y partía con velocidad, seguido de Wes.

No se molestó en unirse a la carrera. Tenía que reconocer que la espalda baja le dolía y lo separaban casi quince años del joven Santino y unos nueve de Wes. Le estaban comenzando a pasar factura los años, consideró, suspirando. Treinta y seis inviernos pesaban, al menos en comparación con estos bastardos.

Por otro lado, podían quedarse con su postre. Él estaba invitado a cenar con Rex y Marie. Era noche de pasar las novedades de la semana y proyectar la que se venía, y a Rex le

gustaba hacerlo con el estómago repleto y un whiskey en la mano, rodeado de los suyos.

Un pelín complicado cuando los adorables hijos corrían alrededor con sus juguetes y mascotas, pero Billy adoraba a esos pequeños. Marie y ellos habían dado nueva vida al rancho, no había otra manera de definirlo.

Los Sullivan parecían haber estado en etapa de apareamiento los pasados años, solían bromear en los barracones, porque a Rex siguieron Ted y Brad. El menor, aunque más robusto de los hermanos, había dejado atrás su etapa de famoso campeón de rodeo y se había establecido con su preciosa mujercita Dakota. Brad, cantante con fans por miles, había tenido una segunda oportunidad con su primer amor, la reportera Gina, y esta vez había podido aprovecharla.

Billy no podía estar más feliz por ellos, aunque sabía que un destino similar no estaba escrito para él. No, él era un hombre solitario, a gusto con eso, y demasiado hecho a sus rutinas y manías.

No implicaba esto que no le gustara la diversión y la buena compañía femenina de tanto en tanto. O a menudo, para ser honesto, porque su empuje sexual no medraba. En New Essex no faltaban las oportunidades para follar sin consecuencias, y una vez por mes se trasladaba a Helena para solazarse en el exclusivo club de caballeros al que Rex le había regalado una membresía de por vida.

En rigor, siempre había disfrutado de ir allá por invitación del millonario, pero cuando este cerró esa etapa de su vida, había ofrecido a Billy su membresía, y él la aceptó con entusiasmo. Ese sitio era la puta hostia. Allá podía desplegar sus tendencias dominantes en un contexto cuidado y sin riesgos.

No se arriesgaba a mostrar esa faceta con las mujeres de los alrededores, consciente de que sus *gustos* eran peculiares y de extenderse el rumor, sería visto con reconvención por el sector más pacato de la ciudad. Si la señora O'Hara supiera, solía pensar con deleite cuando veía a la chismosa más famosa de la región.

Observó el paisaje mientras retornaba. El viento se hacía sentir con mayor fuerza, frío, y se arrebujó en su chaqueta. Los celestes y magentas matizaban con los brillos de los últimos rayos del sol, y los verdes se hacían más y más oscuros a medida que las nubes se arremolinaban en el cielo.

Recorrió los últimos metros con mayor urgencia, consciente de que ya tenía que estar en su casa, alistándose para la cena. Esta se servía con puntualidad suiza, porque Rex y Marie no sacrificaban un minuto de la noche, que se dividía en cenar, arropar y leer a sus hijos, y luego disfrutar del tiempo de la pareja.

Llevó a Tripp a las caballerizas donde lo desensilló y bañó brevemente para quitarle el polvo y el sudor, y luego caminó hasta su casa, distante unos cien metros de los barracones donde los empleados dormían.

DOS.

Su vivienda era básica, pero no necesitaba más. Un estar con un enorme sillón, mesa y algunas sillas, un televisor, y lo básico en una cocina pequeña. El baño era austero, pero la presión del agua era muy buena, y la aprovechó, dejando que el agua caliente se llevara la suciedad y aflojara tensiones de su espalda y cuello.

Se observó en el espejo mientras se afeitaba, haciendo su cabeza a un lado y otro. Su cabello estaba más largo de lo habitual, y se le venía sobre los ojos, ensortijándose sobre la base de su cuello trasero.

No que le molestara esto, de ningún modo, en especial cuando los dedos de alguna atractiva mujer jugaban con estos mechones mientras cabalgaba su polla con entusiasmo. La idea lo puso de buenas, y decidió que se imponía una visita a la pequeña ciudad y a la taberna de Beth.

Era viernes, después de todo, y si su cansancio pareció desalentarlo de salir más temprano, la ducha y la perspectiva de un ligue lo energizaron. Vistió su mejor Levi's y sus botas más nuevas, además de una de sus infaltables camisas a cuadros y la chaqueta de cuero oscura, y a la pasada dejó su Stetson en el asiento del acompañante de su Ford.

Cuando le faltaban unos cincuenta metros para alcanzar la casa principal, escuchó el motor de un vehículo acercándose, y sonrió al notar que eran Ted y Dakota. El grandulón era infaltable aquí dos o tres veces a la semana, tanto como lo había sido antes en los lugares donde había diversión y sexo.

Se recostó a uno de los pilares del porche con una gran sonrisa, y controló su intención de ayudar a Dakota a descender. Ted prácticamente le había gruñido en cada oportunidad en que intentó colaborar con ella.

Contuvo la risa al ver al grandote rodear el vehículo a la carrera para tomar a su esposa por la cintura con delicadeza para posarla en tierra. La mujercita tenía siete meses de embarazo, pero parecía a punto de dar a luz, y se movía con lentitud.

Si él fuese hembra estaría con los pies en alto y gritando órdenes, incapaz de dar un paso, consideró. Las mujeres eran algo especial, sí, señor.

—Hola, Dakota, estás encantadora—la saludó, con una gran sonrisa.

—Es encantadora—corrigió Ted, y Billy asintió—. El embarazo le da más brillo.

—Hola, Billy, gracias—sonrió—. A ti también, corazón, eres mi héroe—guiñó un ojo, y Ted quedó más ancho, si era posible.

—¡Ey, chicos, no se queden ahí!—se escuchó, y los tres miraron a la puerta principal.

Marie les hacía señas para que entraran mientras frenaba a los niños con las piernas para evitar que corrieran a ensuciarse en alguno de los variados charcos que la última lluvia había

dejado en la ancha explanada entre la casa principal y las caballerizas.

—Uff, no veo la hora de sentarme y acabo de bajar del vehículo—rezongó Dakota, y Billy sonrió cuando Ted hizo el intento de cargarla al mejor estilo nupcial y su esposa le dio una palmada.

Alguien está muy gruñona, pensó. El golpe en su muslo lo hizo trastabillar, y se agachó para hacer unas caricias a Buster, el cachorro que le saludaba con entusiasmo. Tras él llegaron los niños, y se entretuvo en revolverles el cabello y prometerles que les ayudaría a construir una trampa para zorros algún día.

Ted sembraba las ideas más locas en estas cabecitas, grandulón inmaduro como era, en palabras de Rex. Billy no podía esperar a que la descendencia del menor de los Sullivan tuviese edad como para hacer lo mismo, y no descartaba que Rex y Brad coincidieran.

—Billy—le saludó Rex, y estrecharon sus manos en el habitual saludo, aunque esta vez con más calor, porque el patrón había estado alejado, resolviendo asuntos de sus empresas en Helena, la capital del estado.

Viajar a la ciudad había sido la constante de Rex por años, pero la relación con Marie lo había cambiado todo. Si antes no delegaba y le costaba confiar, ahora lo hacía sin dudar.

Había contratado gente brillante que le permitiese disfrutar del rancho y la familia, pero el ojo del amo engordaba el ganado, como decían, y su presencia era requerida algunas veces al mes en oportunidades de fusiones, negocios extraordinarios y juntas directivas.

—Rex, ¿cómo ha ido todo?

—Bien, sin mayores novedades. ¿Cómo han estado las cosas aquí?

Billy aceptó el whiskey que le ofrecía y siguió a Rex hasta el estar, donde el fuego ardía poniendo tibieza a la reunión. Ted estaba haciendo gestos amplios en la cocina, y Dakota y Marie reían escuchándolo, y meneaban la cabeza. Sonrió y miró a su patrón.

—Normal. Terminamos de mover el ganado. La empresa finalizó el enfardado de la avena. Y tus primos vinieron a buscar el semental que compraron.

—Eso está bien. Por fin se decidieron esos catetos. Sus jamelgos ya parecen mulas—rezongó Rex, y Billy sonrió y asintió.

No era tan así, pero sí era verdad que la otra rama de los Sullivan era más esquiva a las inversiones y más afín a los vehículos que a los caballos. Pero esto era Montana, joder, y si el rancho de los primos de Rex era bastante menor a este, no dejaba de ser muy extenso. Buenos caballos eran un deber.

Ted se les unió y estuvieron hablando sobre el rodeo de Wyoming, el béisbol y las novedades sobre Brad, quien estaba dando conciertos en Kentucky. El mediano de los hermanos cantaba siempre que hubiese causas benéficas a las que ayudar.

Billy se abocó a una partida de naipes con Ted, mientras Rex ayudaba poniendo la

mesa, como solía hacer cada noche. Billy se había ofrecido más de una vez, pero parecía uno más de los rituales de la pareja, así que no había encontrado eco.

—Estamos listos—dijo Marie, y en minutos estaban en la mesa, comiendo, conversando y riendo.

Carne, mazorca, patatas, pan tibio de ajo y luego pastel de manzana, todo un festín se desplegó y fue consumido, y le obligaron a aflojar la hebilla del cinto. La cena estaba deliciosa, aunque la conversación derivó por caminos un poco escabrosos.

Algo que era de prever considerando que tanto Dakota como Marie no perdían oportunidad de colar el nombre de Winona en los diálogos que compartían. Contuvo el suspiro y se aprestó a no dejarse arrinconar por las dos encantadoras casamenteras.

—Billy, ¿irás a la ciudad?—comenzó Ted, que gustaba de sumarse a las dos, de puro fastidioso que era—. Me dijo Dakota que hoy es noche de bingo en la taberna, y de seguro Winona necesitará un poco de tu suerte.

—Mm, no sé de dónde sacas que tengo suerte en el juego.

—Pues de tus fracasos amorosos, por supuesto. Ya sabes, *afortunado en el juego, desgraciado en amores*—rio Ted, golpeando la mesa como si hubiese hecho un chiste glorioso, y Billy rodó los ojos, atacando lo que le quedaba del pastel de manzana con gula.

—Eso me recuerda que Winona me preguntó si es posible que llevemos alguno de nuestros caballos a la feria que se hará a beneficio de la escuela. Planean algo grande que atraiga mucha gente para poder recaudar bastante. Quieren ampliar salones y hacer recambio de mobiliario.

—Pues claro que es posible. Billy, ve de elegir los más dóciles y reservarlos—dijo Rex, y Billy asintió, ya pensando en los que serían adecuados para que los niños de los alrededores pudiesen montar sin problemas.

El rancho recibía a muchas excursiones y grupos de colegios del estado, y el trabajo de Marie en relación con la equino terapia era remarcable. Colaborar con la escuela donde Winona trabajaba era algo importante, sin dudas. Ya vería de ofrecer sus servicios para otras tareas.

—Seguro que a Winona le encantaría elegirlos contigo, Billy—sonrió Ted, el bastardo, y no le contestó.

Había aprendido a ignorar al menor de los hermanos cuando este se ponía intenso.

—Hay música en vivo hoy también—dijo Dakota—. A Winona le encanta bailar.

Suspiró y levantó la vista. Las miradas de Marie y Dakota estaban sobre él, y les sonrió, pero meneó su cabeza en muda negativa. No haría expreso su rechazo a la dulce y encantadora maestra.

En rigor, no era rechazo a su figura o presencia. Winona era preciosa, adorable, todo lo que un hombre podría desear, pero él... Era un hombre solitario y sin perspectivas de sentar

cabeza. No buscaba una relación, y Winona merecía a un hombre mejor que él. Uno más joven, menos sentado en sus rutinas y deseos físico, más *normal*, digamos.

—Lo mío no es el baile, o las relaciones, señoras. Ya lo hemos hablado—dijo, con suavidad.

No quería cortarlas en seco, sabía que lo hacían con la mejor de las intenciones. La gente feliz y buena como ellas buscaba repartir esa felicidad, pero estaban perdiendo el tiempo con él.

—Billy, sabes que Winona es terca y sabe lo que quiere.

—No estoy tan seguro—indicó—. Lo mejor sería desalentarla—dijo, con precaución, y Marie suspiró.

—No es sencillo.

—Es terquedad e ignorancia—dijo Ted, mordiendo un rollo de canela y masticando con su boca abierta—. Ninguna mujer en sus cabales mantendría un interés tan largo por alguien tan poco interesante—le guiñó un ojo y Billy lo ignoró.

—Venga, dejemos de hablar de lo que no nos debe interesar y concentrémonos en lo importante. Dakota, ¿ya tienes nombres para mi sobrino?

—Por supuesto que tenemos nombres—fingió ofenderse Ted, y todos rieron.

—¿Ted, tal vez?—dijo Marie, y Dakota resopló.

—Ted Junior, eso quiere. Pero no va a pasar.

Billy sonrió con alivio. Su momento bajo la lupa había pasado.

TRES.

Winona cerró un ojo y se miró al espejo, para luego volver a mirar la imagen que el tutorial de maquillaje mostraba. La comparación era terrible. No, no se parecían en nada, joder. A la mierda con los ojos ahumados, lo que había hecho era un desastre, y eso que siguió las instrucciones al dedillo.

La destreza que sus manos exhibían al elaborar manualidades en la escuela no aplicaba para la belleza personal, consideró, y colocó un poco de agua micelar en un trozo de algodón, retirando el espeso maquillaje con determinación.

Delineador negro y máscara de pestañas sería, como de habitual, más un poco de colorete para sus mejillas pálidas y un brillo de labios. Lo más natural posible, ese era su estilo, ¿para qué andarse con experimentos?

Para ver si Billy finalmente se impresiona con mi belleza y deja de darme el esquinazo. Por si un cambio en mi exterior resulta el empujón que ese porfiado hombre necesita para entender que los dos somos... Estamos destinados a ser, pensó, y sonrió, controlando el leve temblor de su mano para que el trazo en el rabillo del ojo fuese perfecto.

Ahuecó el cabello que caía suelto sobre sus hombros y espalda, en bucles prolijamente trabajados por su rizador, y le gustó lo que vio. Su cabello color miel y sus ojos verdes eran sus rasgos sobresalientes, lo tenía claro. Lo demás era promedio, por supuesto.

Con su escaso metro sesenta y su figura más curvada de lo que quisiera, no ranqueaba entre las bellezas de la ciudad, pero tenía lo suyo. Estas consideraciones tenían que ver no con una autoestima baja, sino con su sentido común.

Si su autoestima fuese débil no soportaría la indiferencia que Billy Jackson exhibía con ella. Lo admiraba y le gustaba desde que tenía memoria. Sí, almas poco caritativas dirían que lo suyo era obsesión.

Lo habían hecho, por cierto, más de una vez. Había personas que no parecían poder guardarse sus opiniones venenosas, y eso también aplicaba a miradas. Las de pena, esas sí la fastidiaban porque, ¿de qué había que apenarse?

Ella era joven y tenía un trabajo adecuado para el que se formó con dedicación. Le encantaba lo que hacía y tenía amigas entrañables. Tenía su casa, el espacio sagrado que la contenía y donde estaban sus tesoros, y esto incluía a su adorado *Menta*, el gato que Marie, su amiga, había encontrado abandonado y al que ella recibió con amor.

El susodicho ronroneó cuando ella fue hasta el lecho y le acarició la cabeza, y por unos minutos se deleitó en su amor gatuno.

Un crush de larga duración no opacaba estas bendiciones en su vida, para nada. Era capaz de entenderlo y aceptarlo porque ella venía de un infierno, pero eso era pasado, y ya no

contaba.

Ya no, y ni siquiera las esporádicas pesadillas podían hacer que su inveterada decisión de ser feliz a toda costa se mantuviera inquebrantable.

La vibración suave de su móvil llamó su atención, y fue hasta su mesita para mirar el mensaje, saltando en un pie mientras se colocaba una de sus botas. Era Dakota. Sonrió al mirar el meme que le envió, y luego se puso más seria al observar la foto de Billy arrodillado y sonriendo a uno de los niños de Marie.

Joder, le explotaron los ovarios de mirarlo en toda su vaquera gloria, con sus jeans que le calzaban de maravilla y esa camisa que dejaba notar la musculatura de sus bíceps. Suspiró y meneó su cabeza, sentándose en el borde del lecho sin dejar de mirar la imagen.

¡Cómo la ponía este hombre! Pero no era solo físico, era... Era el combo entero el que le gustaba. Su postura masculina, su ética de trabajo, su voz y su buen humor, que no le quitaba un pelín de autoridad. Era el epítome del papacito lindo, y no es que ella tuviese un complejo, lejos de eso.

Volvió a suspirar, y se dijo que tal vez alguno había enterrado en su subconsciente, pero no hacía a la cuestión. Billy Jackson era el hombre que le aceleraba el corazón y le hacía vibrar las zonas más atrevidas de su cuerpo.

DAKOTA: *Acabamos de cenar y Billy va hacia la taberna, Winona. ¿Tienes pensado ir? Si no tienes quien te acompañe, me ofrezco.*

Rio y retomó el proceso de vestirse, que completó con una chaqueta de cuero, y se miró en el espejo de cuerpo entero. Se veía bien, si le preguntaban. El jean apretaba sus curvas y resaltaba sus caderas y sus glúteos, y eso la hacía sexi. No parecía la maestra preescolar con este atuendo, y eso era bueno.

Necesitaba que Billy la viera como mujer, no como la dulce docente a la que presumía ingenua y de poco mundo. Sin experiencia, tal vez. Quería mostrarse tan deseable y atractiva como la gilipollas de Cindy y sus amigas, que ligaban sin dificultades. Y eso no le había quitado posibilidades de un buen noviazgo a varias, además.

Hizo un mohín molesto al recordar las veces que había tenido que escuchar cómo cotilleaban sobre Billy y sus proezas, o lo bien dotado que estaba. Era algo que quería probar en persona, y cerrar las posibilidades a las demás de hacerlo. No había tenido oportunidad ni había prospecto de ello a corto plazo, empero, y eso le desilusionaba, mucho.

Pero no podía achicarse o deprimirse. Si el plan no funcionaba, se cambiaba, y aquí estaba ella haciéndolo. El consejo había venido de Marge, la dueña de la cafetería más bonita de la ciudad.

Querida, tienes que sacudirte un poco. Hay más peces en el mar que ese vaquero, pero si lo que quieres es que te vea diferente, tienes que hacer las cosas distintas. Muestra tu lado

más salvaje, querida. Sé que lo tienes, Winona. Nadie pasa lo que tú y emerge dulce e intocada, mi querida. No tienes que fingir conmigo, puedes relajarte, sé que la pasaste mal, muy mal.

Yo no finjo, Marge, había argumentado con calor, ruborizada y preocupada de que la creyera una farsante, pero la mujer era directa y honesta. Sé que no, que esa coraza tuya es la manera de protegerte, pero no pasa nada si dejas que otras aristas de tu persona aparezcan, Winona. A las personas, cuando son tan derechas y adorables como tú, se las acepta con sus más y sus menos. Joder, que todos los tenemos. ¿Por qué no mostrar un poco del fuego que te anima, chiquilla? Estoy segura de que no pocos estarían encantados de quemarse en él, había completado el discurso con un guiño y una carcajada, dejándola arrebolada, pero pensativa.

Era cierto que se cuidaba de no exaltarse o apasionarse demasiado cuando estaba con los demás, aunque se mostraba un poco más con sus amigas. Una infancia y adolescencia de férreo control en el que los supuestos excesos eran objeto de castigo le hacían eso a una persona.

WINONA: *¿Cómo estás, cariño? ¿Cómo va esa pancita?* ❖❖

WINONA: *Voy a ir, sí, y ni se te ocurra aparecer. Sé que te agotas con facilidad y estás enamorada de esa almohada especial tuya, y no se vería bien que aparecieses en el bar abrazada a ella.* ❖❖ *Beth me espera, así que estaré cubierta.*

DAKOTA: *Me encantaría tener energías para cotillear, beber y bailar un poco, pero tienes razón, paso el día agotada. ¿Hiciste lo que me contaste de cambiar tu aspecto? Pásame una foto.*

Era la única a la que le había contado su plan de ir a por todo con Billy. Sus amigas eran todas un encanto, pero Dakota la comprendía y no la juzgaba o procuraba hacerle cambiar de ideas.

Beth, la dueña de la taberna, era práctica y no entendía cómo podía estar tan fija en Billy, y no se cortaba de decirlo. Marie era una persona bella, pero procedía con cautela cuando el tema Billy aparecía en las conversaciones, y Winona sentía que trataba de desalentar su fijación, con mucha sutileza.

No lo resentía porque se daba cuenta de que venía desde el cariño, porque dentro de las varias cosas que tenían en común ella y sus amigas estaba la empatía.

Sí, sabía que probablemente tenían razón al tratar de distraerla y presentarle otros candidatos o cuando la instaban a intentar el camino de las citas, pero si quisiera consejos razonables se escucharía a sí misma.

Su consciencia era todo menos apocada y le hablaba con claridad. Elegía no escucharla en este asunto. ¿Qué era la vida sin lo picante y la incertidumbre? Inhaló profundo al colocar perfume en sus muñecas y cuello.

Le fascinaba la mezcla de flores blancas y sándalo de su perfume Dior favorito. Uno de los dos únicos lujos en los que invertía: fragancias y accesorios. Eligió precisamente un par de

aretes de perlas y oro blanco, y se sintió bonita y sensual. Adecuada.

Sin perder más tiempo tomó su bolso y se dirigió a la puerta, y luego caminó los escasos quinientos metros que separaban su casa de la taberna de Beth. Este era uno de sus tres sitios favoritos, por cierto, y una mezcla de bar, cafetería y restaurante, algo bizarra, pero que funcionaba a la perfección como centro de socialización diurna y nocturna.

Quien quería comer rico y grasoso, bailar, jugar a los dardos, el bingo o al billar, conversar o simplemente beber, se reunía aquí. También a ligar, por supuesto.

Sorteó un grupo de jóvenes que estaba por ingresar y con decisión se aproximó a la barra, donde Beth se afanaba sirviendo bebidas y dirigiendo a los dos bartenders que atendían a la multitud.

Era común que estuviese repleto un viernes por la noche, y Winona agradeció tener su lugar especial, que no era otro que el rincón de la barra que Beth reservaba para ella.

—Ey, hola, Winona. ¡Estás preciosa, mujer!—la saludó Esther, una de las meseras, mirándola con apreciación, obviamente sorprendida, y eso le gustó.

Sonrió de vuelta y trató de actuar con naturalidad, aunque algo de carmín se coló en sus mejillas.

—Hola, Esther, muchas gracias.

—¿Qué te sirvo?

—Mmm, pues una cerveza.

—Seguro que sí.

Trepó al banco alto con algo de dificultad, usando el apoyapiés para ello, y acomodó los codos en la barra, mirando el resto del local con rapidez a través del largo espejo en la pared. Sí que estaba completo, y eso que el bingo ya debía haber terminado.

—Winona, aquí estás, pensé que ya no venías—le dijo Beth, acercándose con una sonrisa amplia—. Pero hija, ¡qué bonita estás!—Entrecerró sus ojos y adelantó su cabeza, las manos en la barra—. ¿Es que tienes una cita de la que no sé nada?

Sacudió su cabeza para negar, temblando ante la idea de que a su amiga se le ocurriera hacer de casanova, otra vez. El pasado mostraba que eso no había salido bien. Aquella cita a ciegas... Puf, joder, temblaba solo de acordarse del grosero espécimen que le había tocado en suerte.

Había terminado pagando la cena completa y con la sensación amarga de que había sido humillada por un imbécil que no le llegaba ni a los talones, pero que tenía más habilidad social o experiencia que ella.

La actitud lo era todo, y ella de seguro aparentaba carecer de atractivo y personalidad cuando dejaba que el otro tomara las riendas de la conversación. Es que tendía a observar y hablar poco cuando no conocía a alguien, hasta que podía catalogarlo.

Esto no iba bien con la fauna que se movía en las aplicaciones de citas, y para muestra le bastaba el botón que había probado. Sí, el que ella pensara desde el inicio que no iba a funcionar tampoco colaboraba, pero es que Winona sabía lo que quería, y esto tenía nombre. Billy Jackson.

CUATRO.

—¡Joder, Winona, estás hecha un fuego, maja!—le dijo Jack, uno de los bartenders, y cuando su mirada se demoró en ella más de lo habitual, Winona sintió el calorillo de la excitación.

Había desestimado lo diferente que lucía y estaba llamando la atención. ¡Bien! Solo podía esperar que Billy la viera y apreciara su esfuerzo. Se sentó más derecha y volvió a mirar el local, esperando verlo.

—Daisy tiene razón, Winona, tienes un cabello hermoso y de un color poco usual. No sé por qué no lo luces más, te da un aire más sofisticado—dijo Beth, atareada frente a ella con las botellas de bebidas para mezclar uno de los tragos habituales consumido por el grupo de amigas, que sirvió en uno de los vasos elegantes y completó con detalles.

Winona apuró la cerveza que estaba consumiendo y que solo había pedido para no estar con las manos vacías matando el tiempo mientras su amiga venía a ella.

—Es que es más práctico llevarlo atado. Imagina que con toda la pintura y pegamento que usamos, más las manitas siempre sucias de mis adorados, me lo tendría que lavar a diario. O peor, cortarlo.

Beth rio fuerte y asintió.

—Sí, recuerdo a la perfección aquella ocasión en que tuviste que cortarte aquel mechón porque te habían colocado goma de mascar.

Suspiró, asintiendo. Había sido una broma inocente de dos pequeñajos mientras ella recortaba formas de animales en papel, pero le había costado cinco centímetros de largo de su melena. Eso al llegar a New Essex, ocho años atrás, luego de haber estado ausente por más de cinco del lugar.

—No me lo recuerdes—miró alrededor—. Me imagino que esta multitud tiene una razón.

—Contraté a una banda que está arrasando, y tiene muchos seguidores. Toma—le alcanzó el trago y quitó la cerveza de la barra, apenas consumida.

Agradeció y saboreó el sabor, dulce y amargo a la vez, del Spicy Margarita.

—Esther, dile a Mac que nos prepare unas hamburguesas—pidió Beth a la mesera—. La noche se presenta larga y no podemos beber sin comer. Nos sentará como un tiro, y la cabeza va a doler demasiado.

—Tienes razón, madre—bromeó Winona, pero que Beth tenía razón lo denunció su estómago, que eligió ese preciso momento para gruñir su insatisfacción.

Se había saltado el almuerzo, y en la tarde había consumido dos cafés y una dona. Le pasaba cuando estaba muy ocupada, como estos días en los que preparaba los detalles para la

feria benéfica que se aproximaba.

—Muy graciosa. Dime, ¿cómo va la organización del evento?

Beth se acomodó a su frente y dio un largo sorbo, esperando su respuesta.

—Pues vamos muy bien. Marge venderá sus snacks saludables. Habrá stands de comida que la comisión de apoyo está abocada a conseguir. Donaciones, ya sabes, que serán rematadas. Ya hay una lista larga. Eso deja buen dinero. La gente colabora en estas instancias.

—Sí, por supuesto. En un sitio tan pequeño todos tenemos a alguien concurriendo a la escuela, y eso es un plus. Irá mucha gente.

—Marie habló con Rex y este donó el importe del alquiler de juegos inflables.

—Eso no es nada para esos rancheros. Podrían hacer una donación de verdad y ...

—Beth, no seas gruñona, sabes que tienen una política empresarial y ya efectuaron su cuota parte de donaciones este año. Con el pago de esos juegos tendremos muchos ingresos, porque los niños y no tanto harán largas filas para usarlos una y otra vez.

—Es verdad.

—También nos prestarán algunos de sus caballos para pasear a los concurrentes, y personal para ayudar con ello.

—Oh, ¿será su capataz el encargado de ello? ¡Eso sí que resultaría muy conveniente!

Winona se sonrojó, pero resopló.

—No tengo idea—Aunque sí la esperanza de que fuese así—. Eso es resorte de Rex, imagino.

—Mmm. Bien, así que eso va viento en popa. Seguro recaudan más que suficiente. Sabes que voy a estar allí, en el lugar que me necesiten.

—Gracias, Beth, y te encontraremos algún puesto—sonrió—. Dime, ¿qué novedades tienes? Has estado un poco perdida estos últimos encuentros.

—Pues...

—¡Beth! Tenemos un problema allá atrás—dijo Esther, dejando los platos con la hamburguesas en la barra, y Beth la miró con pregunta en sus ojos, pero asintió.

—Voy—resopló—. Tiene que ser el chico nuevo. Te lo juro, es tan difícil encontrar personal eficiente o que no elija estorbar a los demás. Mac está que trina con él.

—Anda, ve y resuelve. Me quedará aquí disfrutando de mi trago y mi snack.

—No dejes que estos catetos se coman el mío. Aunque cuando vuelva va a estar congelada—gruñó.

Winona asintió y se abocó a comer, deleitándose con la comida grasosa y la salsa ketchup y golf que se chorreaba por sus dedos, que succionó con avidez. Esto era puro confort para el alma, consideró, mientras utilizaba unas servilletas de papel para limpiarse.

—Hola, preciosa. ¿Estás sola?

La voz desconocida la sobresaltó, y giró para observar al que la saludaba. El que la miraba con una sonrisa seductora y toda la confianza del mundo era Santino, uno de los vaqueros del rancho Sullivan.

—Hola, Santino, ¿cómo estás?—le respondió, y este parpadeó, confuso, y su boca se abrió y cerró, con sorpresa.

—Yo... Oh, caray—se rascó la cabeza, quitándose el sombrero—. Winona, ¿verdad? La maestra. Guau...—agregó, mirándola de pies a cabeza—. Estás... distinta. No te reconocí.

—Mm, sí, eso pensé—le dijo.

Ambos se miraron por unos segundos, incómodos, pero él no perdió tiempo y se recuperó.

—¿Puedo invitarte a un trago?

—Tengo uno...—miró su copa, e hizo una mueca—. Tenía.

—No se hable más. ¡Jack! La dama quiere otro trago.

—¡Vas a tener que esperar, Santino! Y de todos modos, esos tragos los hace Beth, que está ocupada—le gritó el bartender desde la mitad de la barra, mirándolo con la ceja levantada en actitud casi ¿beligerante?—. Winona es invitada de la casa, espero no la estés molestando.

—¿Te estoy molestando, Winona?

Santino giró la cabeza para observarla, con un gesto pícaro y arrogante, y hubo risas altisonantes que atrajeron la mirada de ambos.

Winona contuvo las ganas de resoplar y demostrar lo mucho que la fastidiaba que Cindy y sus Minions se hubiesen acodado a escaso metro y medio, apoderándose de la barra con actitud posesiva.

—Ten cuidado con Winona, vaquero. Es frágil y no material de ligues. Pierdes tu tiempo—indicó la rubia oxigenada, con falsa dulzura.

Winona no sabía de dónde nacía esa fijación con ella y la actitud de confrontación, pero era cansina. Bien, en verdad sí sabía, pero no tenía que ver con ella. Cindy había quedado muy molesta cuando Ted Sullivan había dejado de estar a su disposición y culpaba a Dakota de eso. Por asociación, las amigas de Dakota eran sus enemigas. Algo así. Inmadura y tonta que era, por supuesto.

—¿Así? ¿Y qué hay de ti, corazón? ¿No hay fragilidad en ese corazón de hielo tuyo?—dijo Santino, acercándose más a la rubia y sus amigas, obviamente interesado, y Winona no pudo sino sentirse algo, apenas algo insultada.

No había podido sostener la atención de ese hombre por más de un minuto. No la quería ni necesitaba, pero era termómetro de lo atractiva e interesante que se veía. *Aunque la mona se vista de seda...*, hiló su mente el refrán.

—Frena el caballo, vaquero—contestó la rubia, mirando adelante y sin dar más atención

a Santino—. La noche es joven, y no estás en mi menú.

—Pues fíjate que soy una adición de último momento, encanto—le respondió Santino sin arredrarse, pero no obtuvo respuesta, por lo que se volvió a Winona—. Somos tú y yo entonces, bonita.

¿Se podía ser más gilipollas? Probablemente, pero este vaquero ranqueaba alto, pensó Winona, sintiéndose humillada, con lo que la oxigenada había cumplido su propósito.

—No, en realidad no hay tú y yo, y prefiero que me llames por mi nombre cuando te dirijas a mí, en próximas ocasiones—aclaró, con ganas de mandarlo a tomar por culo, pero se contuvo, por pura urbanidad.

—Pero no seas así...

—¿Está todo bien por aquí?—se escuchó, y la voz masculina grave y con la cadencia sureña que adoraba llenó el espacio y borró de un plumazo la molestia.

Billy había llegado, y podía decirse que al rescate. Sí, era estirar las cosas un pelín, pero sonaba bonito. Sus labios se desplegaron en una sonrisa y su cuerpo giró para dar la bienvenida a su espacio al único por el que suspiraba.

Estaba segura de que sus ojos debían estar más brillantes y si dibujasen una caricatura de ella ahora mismo, tendrían que hacer corazones en sus pupilas.

—¡Pues claro que está todo bien!—arrugó el entrecejo Santino—. ¿Por qué no lo estaría, Billy? Winona y yo...

—Hola, Billy, ¿cómo estás?—cortó Winona y se elevó sobre los apoyapiés para incorporarse a medias y en un movimiento fluido se apoyó en los hombros del capataz y le besó la mejilla.

Había visto a Cindy por el rabillo del ojo, girando para observarlos y no dudó ni un segundo que querría hacer lo mismo que con Santino, pero con Billy... No se lo permitiría.

—Hola, Winona—sonrió él, aunque alcanzó a notar el desconcierto en su expresión y el parpadeo confuso, además de la rigidez en los brazos que la ayudaron a volver a sentarse—. Linda noche, ¿no es así? Esto está repleto. Bien, un gusto, voy a ...

No podía permitir que se fuera, así que lo tomó del antebrazo con celeridad y tironeó de él.

—Sí, está muy completo. Pero puedes quedarte aquí, te invito a una bebida. ¡Jack! ¡Jack!—llamó apurada, y se volvió al capataz, que se balanceaba, confuso—. ¿Un whiskey?

—Mmm, sí, está bien—asintió, y se quitó el Stetson, con lo que un mechón vino a su frente, y ella elevó su mano para acomodarlo.

Él se hizo atrás, alarmado, y Winona pretendió no percatarse, llevando sus yemas a la barra, tamborileando en ella.

—¿Cómo están las cosas en el...?

—¿Todo bien por la...?

Las preguntas se cruzaron, y ambos sonrieron, y él hizo gesto de que procediera, mientras daba las gracias a Jack, que había traído la bebida con presteza, y le hizo un guiño a Winona, que se puso colorada. Sí, todos sabían que estaba loquita por este vaquero.

—Está todo más que bien, y preparando la feria. Sé que el rancho comprometió caballos para pasear a los niños.

—Así es, me lo dijo Rex. Elegiremos los más mansos. Ya sabes que están habituados a tener a muchos niños alrededor. Y enviaremos personal para colaborar.

Ella asintió.

—Eso está muy bien, será de gran ayuda. Escucha, he estado pensando...—Lo iba a invitar a salir, pero en el momento los nervios comenzaron a hacerla tartamudear, para su vergüenza—. Yo... Ve... Verás, he... He pensado que po... podríamos....

Él carraspeó y giró su cabeza, y su rostro se iluminó.

—Oh, allá están los primos de Rex. Tengo que hablar con ellos, lamento tener que dejarte así, Winona, pero estoy... Ocupado, entenderás... No tengo tiempo para nada estos días. Nos vemos—le sonrió y se retiró con velocidad.

Joder. Winona no recordaba haberlo visto moverse con tanta rapidez. De habitual se deslizaba con cadencia y en un paso característico que balanceaba sus caderas, pero... Había huido como perseguido por un depredador.

Aclaró su garganta y procuró esconder la decepción, que se volvió humillación y la puso del color de la grana cuando notó que el grupo de la oxigenada se reía abiertamente de ella.

Lo habían escuchado, claro. Y también Jack, que estaba a su lado tratando de mezclar bebidas para hacerle un trago que ahogara la vergüenza y la sacara del momento. Winona dibujó su sonrisa más brillante y escondió detrás la feroz sensación de derrota y desencanto.

Podía tolerar la burla y las chanzas de estas mujeres, que no eran nada para ella. Podía entender el intento de sus amigas de hacerla entrar en razón. Podía vivir en la tierra de la incertidumbre y las fantasías esperando que el cuento se le volviera realidad.

Lo que no podía soportar era la mirada de conmisericordia de Billy Jackson y la urgencia por evitar su presencia.

Hasta ahora había sido un juego. Ella deseándolo con fuerza, creyendo que era cuestión de persistencia y de mostrarle que había más en ella que una dulce pueblerina. Había desplegado su mejor versión hoy, y él la había ignorado.

No, no te engañes. Corrió en la otra dirección con desesperación. Si eso no era un mensaje fuerte y claro... Caray. Esto... Esto dolía. Contuvo el deseo de sobarse el pecho y fingió interesarse en la banda que comenzó a tocar y concitó la atención general.

Se balanceó al compás de la música y sorbió el Margarita inocuo y con demasiada

tequila para su gusto. Vio a Billy reír con los Sullivan, Matt y Joe, primos de Rex, y por el espejo lo vio comerse con los ojos con una de las habituales de los viernes, con la que sabía que ya había ligado.

Nadie diría que se le estaba rompiendo el corazón en pedacitos al observarla, pero Winona era buena escondiendo cómo se sentía de verdad. Esperó a Beth, y cuando esta vino, habló un poco más y se comprometió a venir la siguiente mañana a desayunar juntas, y finalmente, se despidió.

Recorrió la distancia hasta su casa en tiempo récord, y agradeció que las lágrimas se derramaran en la soledad de la calle y sin testigos. Su orgullo ya tenía suficientes golpes.

CINCO.

Billy saludó a dos hombres que fumaban afuera del bar, y luego ingresó al local. Estaba abarrotado, como nunca. Chasqueó la lengua y meneó su cabeza, y luego se decidió a sortear el mar de cuerpos para alcanzar la barra.

La taberna de Beth había mejorado mil por ciento. Su propietaria había ampliado del sitio, que no era nada más que un pequeño bar cuando su padre lo regenteaba. Ahora era un salón enorme y subdividido con escalones y muy bien ambientado que apuntaba a satisfacer las necesidades de diversión de una ciudad pequeña y sin demasiados alicientes.

No que a él le molestara esto, pues para Billy la calma de New Essex era paradisíaca. Todo quedaba cerca, en un radio de pocos kilómetros, y en el caso de querer rascar una picazón más fuerte, como le ocurría a él de tanto en tanto, viajar a poblados cercanos o la capital del estado era sencillo y rápido.

Los sonidos de guitarras y bajos afinando se escuchaban desde el escenario y daban cuenta del espectáculo que se avecinaba, y que ya tenía a varios parroquianos entusiasmados y ubicados en las mesas más cercanas.

Los sombreros de ala ancha, botas lustrosas, y hebillas brillantes mostraban que muchos de los vaqueros de los alrededores habían decidido darse una vuelta por aquí esta noche.

—Ey, Billy, ¿cómo estás?

—¿Me invitas a una bebida, guapo?

—¿Para cuándo la repetición, vaquero?

Los saludos, los gestos de reconocimiento y las proposiciones se hilaron a su paso, a los que Billy respondió con cabeceos, sonrisas y breves contestaciones sin consecuencia. Las dos chicas que lo detuvieron en el trayecto eran encantadoras y el sexo con ambas había sido placentero, pero prefería evitar los acercamientos más íntimos, porque estos solían generar esperanzas innecesarias. No estaba buscando nada permanente, y era mejor prevenir que lamentar reproches amargos.

Al acercarse a la barra vio a los hermanos Matt y Joe Sullivan, los primos de sus patrones, que ni bien se percataron de su presencia le hicieron gestos para que fuera con ellos.

Giró para hacerlo y fue entonces que vio a Santino recostado contra la barra, apoyado en su cadera y con actitud laxa, hablando a una mujer de melena brillante y en un tono miel que se desparramaba por su espalda y le llegaba a la cintura.

La sinuosidad de las curvas abruptas que unían el fino talle a las caderas anchas no le pasó desapercibida, y felicitó mentalmente al cateto por tener el tino de acercarse a la que obviamente era un fino ejemplar de hembra.

Justo cuando retomaba la marcha, la mujer giró su cabeza y Billy casi infarta de la

impresión, porque la ninfa enfundada en pantalones apretados y maquillada con arte para destacar rasgos hermosos no era otra que Winona.

— ... prefiero que me llames por mi nombre cuando te dirijas a mí—escuchó que ella le decía a Santino, y su voz sonó tensa, con rastros de molestia.

¿Qué le había dicho ese tonto como para que ella, de habitual gentil y serena, hubiera impuesto hielo a su tono?

Su obvio fastidio le hizo fruncir el ceño y decidido, cambió el destino de sus pasos, porque no podía permitir que uno de sus subordinados molestase a una mujer, y menos una tan adorable como Winona.

—¿Está todo bien aquí?

El idiota de Santino se encrespó como un puercoespín, pero que su presencia fue bienvenida fue obvio en el cambio que el lenguaje corporal de Winona experimentó. Para empezar, su llegada pareció eclipsar por completo a Santino, que resopló como el niño que era.

Los siguientes minutos entre ambos fueron a la vez gratos, fina tortura y de inquietud para Billy, porque Winona lo trató con una intimidad a la que no estaba habituado. De hecho, ella hizo lo posible por acercarse, tocarlo, e intentó invitarle a una cita.

Esto lo intuyó, lo vio venir sin dificultad, porque en su entusiasta decisión ella era ingenua. No había un pelo de sofisticación en Winona, y por ello su intento fue cristalino y él pudo zafarse, anticipándose a la invitación expresa, en el movimiento más cobarde y menos caballeroso de su vida.

La dejó con la palabra en la boca, sin más, llevándose la bebida que ella le pagó y cortando el intento de conexión, usando la presencia de los Sullivan como salvavidas.

Fue más que consciente de la forma en que la luz se apagó en los increíbles ojos verdes de la maestra, y la decepción brutal que sus odiosos modales provocaron, y se detestó por ello, pero...

No podía dar falsas expectativas a esa mujer hermosa y especial que tenía tanto para ofrecer a un hombre que la mereciera. No era él, de eso tenía que darse cuenta en algún momento, y si dependía de él ayudarla a despertar de la fantasía, pues... Que así fuera.

Suspiró y se acodó en el mostrador al lado de Matt, saludándolo con un movimiento de cabeza, y lo mismo con Joe. La conversación derivó de inmediato a temas del rancho, caballos, el clima, y la siguió con facilidad a un nivel superficial.

Su cabeza todavía daba vuelta en bucle al reciente encuentro, y la auto calificación de *bastardo* subía más y más.

Barrió con su mirada más de una vez el lugar de la barra donde ella estaba, y no se le escapó que la sonrisa que esbozaba al conversar con Beth no era natural. Billy conocía bien la calidez del gesto; él había sido destinatario de este por años.

Se obligó a sacar la vista de encima de Winona y la fijó en los hermanos, en la banda que comenzó a tocar, e incluso en la mujer sexy y curvada que le hacía ojitos desde una de las mesas.

Había venido a esto, ¿o no? En busca de liberación a sus urgencias, de un ligue que le drenara la tensión sexual.

—¿Cómo es que tienes tanta suerte con las mujeres, Billy?—le dijo Joe y él se encogió de hombros.

—Pues ni tanto. Si lo consideras, la mayoría me busca por un rato.

—Pues no me importaría que esa chica me usara como quisiera—gruñó Matt, y los tres se enfocaron en la osada, que ahora se pasaba la lengua por los labios en un gesto tan obvio que Billy no pudo menos que calificar como barato.

Esa era la razón por la que nunca podría darle a la hermosa Winona la oportunidad que quería con él. Ella no se percataba de que él no merecía tocarle un cabello.

Aunque la deseaba, y de esto no cabía duda alguna, Billy no sentía que fuera justo que un hombre tan gastado y acostumbrado a ligues desalmados tuviese derecho a rozar esa piel increíble que parecía de seda fina, a besar sus labios rosa o a disfrutar del éxtasis que tenía que ser el entrar en ella y pujar como...

Joder, por favor, ¿por qué no podía controlar la imaginación? Tenía la polla como un trozo de hierro, y si esto le pasaba a menudo cuando jugaba con los recuerdos de la maestra, en su presencia podía comportarse. De lejos y fantaseando con ella, para nada. Se acomodó con discreción, y se dio la vuelta hacia la barra, prestando única atención a su trago.

—Si no vas a aprovechar esa oportunidad, lo haré yo—indicó Matt.

—No tengo problema con eso—dijo, parco, sintiendo que su humor se ponía gris.

—No está interesada en ti, Matt, ¿no es obvio?—sentenció Joe, ganándose un empujón de su hermano.

Billy no prestó atención a su ida y vuelta, metido en su cabeza. ¿Cuándo iba a aprender que comenzar a pensar en lo que no debía no tenía sentido? Y creer que él y Winona podían tener algo era un absurdo injusto para ella, pero también para él. La soledad se llevaba mejor cuando no había expectativas, y él no podía pensar con seriedad en una relación como la que la maestra pretendería.

Ella era del tipo de noviazgos largos, la clase de mujer a la que se le compraba el anillo más brillante y se le rogaba de rodillas por una oportunidad. Era de esas con la que uno armaba una familia, y tenía una casa con cerca blanca y los dos niños.

No era un ligue de una noche, y él no podía entregar más que eso. Así que aunque todavía tenía la espinita clavada al recordar la decepción en el rostro hermoso, consideró que había hecho bien.

—La maestrita está despampanante esta noche—dijo Matt, su espalda contra la barra y su vista clavada en el sitio donde Winona y Beth charlaban—. Siempre he creído que es bonita, pero hoy... Joder, se la ve hermosísima. Creo que mejor pruebo suerte con ella. ¿Qué me dices?

Billy sorbió un trago de su whiskey con deliberada lentitud, lo que no le resultó fácil, porque la mandíbula estaba tensa. Tragó el líquido, que le supo a hiel, y carraspeó, mirando al ranchero, que esperaba su respuesta con expectativa.

Joe Sullivan era un buen hombre. Con una posición económica muy cómoda, atractivo, suponía, trabajador. No se le reconocían vicios o defectos de carácter, y era apreciado por la comunidad.

Suponía que Winona merecía alguien así. Sólido, establecido, honesto, interesado. Pero la mera idea de que él la tocara o de verlos juntos... Hostia puta, la posibilidad le molestaba, y mucho. *Jodido perro del hortelano, eso eres, cabrón. Ni comes ni dejas comer.*

—Winona es una mujer muy especial, sin dudas—sentenció, y la buscó con la mirada, pero no la encontró.

—Off, perdí la oportunidad, se fue muy temprano. ¿Crees que sería buena idea seguirla y...?—Billy lo miró con mal encubierta exasperación, y Matt meneó su cabeza—. Probablemente no.

SEIS.

—Buenas noches, caballeros. Qué gusto saludarlos. Hacía buen tiempo que no venían por aquí.

La mirada de Beth se movió para abarcarlos a los tres, aunque se detuvo ligeramente en Joe.

—Hola, Beth. Siempre radiante y dulce—dijo Matt, y el tono zumbón hizo que ella achinase sus ojos.

La tabernera era una mujer no especialmente bonita, si se miraban sus rasgos por separado, pero su rostro anguloso, sus ojos azules, su cabello negro y su personalidad intensa la hacían particular.

No era el conjunto que a Billy le gustaba en particular, y si bien reconocía la bondad en ella y su sentido de la justicia, rechazaba un pelín su tono demandante. Beth comandaba cualquier habitación en la que decidiera ingresar, o se retiraba. Dos dominantes juntos, no cuajaban.

—No hay dulzura en mí, y es lo que me permite vivir de esto, señor Sullivan—respondió ella con tono más formal—. ¿Puedo servirles algo? Jack tomará un descanso.

—Una ronda de whiskey, por favor, Beth—intervino Joe, compuesto y mesando su barba con una mano y su cabello con la otra—. No prestes atención al gilipollas de mi hermano. Se cayó de chico y nunca fue lo mismo.

La risa clara de Beth se mezcló con la expresión de herida protesta de Matt, y Billy sonrió. Estos dos, Joe y Beth... Había algo ahí. Sus expresiones se suavizaban al observarse, su tono se hacía más calmo, y los ojos no dejaban de catalogarse.

Sí, Beth sería perfecta para Joe. ¿Ahora eres un casamentero? ¿El gurú amoroso de New Essex?, se burló de sí mismo. Nah, era una percepción, y no requería ser muy brillante, solo perceptivo. Él lo era, de ahí su capacidad para lidiar con el personal y los clientes del rancho.

Esperó que Beth vertiera los tragos y se alejara para mirar a Joe.

—¿Es impresión mía, o te gusta Beth?

El ruido de Matt atorándose y tosiendo demostró que no había visto venir esto, pero Joe hizo un gesto a medias entre la confusión y la aceptación.

—Siempre he pensado que es bonita y muy, muy emprendedora. Me gustan las mujeres directas.

—¡Esa mujer pondría a temblar a un regimiento, Joe! No podrías controlarla aunque quisieras, y ...

—No tengo intenciones de controlar a mi pareja, Matt, idiota—se exasperó Joe—. ¿Cómo te hago ver que tienes una visión antigua y retrógrada de lo que es una pareja? Si no

cambias, vas a pasarla mal, porque hoy las mujeres están empoderadas y se hacen respetar.

—¡Jódete, Joe!—gruñó Matt—. Sabes lo que quiero decir, palurdo. Una cosa es empoderamiento, otra es dominación, y te lo digo, no vas a traer a esa mujer al rancho a que nos gobierne.

Billy sonrió a su pesar, porque no había visto a estos Sullivan comportándose como niñatos. Matt era un dramático, y Joe tenía una mente más moderna de lo que creía. Y probablemente se sentía solo. Tendría que ajustarse a la intensidad de Beth, si es que sus sospechas de que había más que un fuerte interés tenían asidero.

—Buenas noches, espero no molestar—interrumpió Wes, detrás del cual estaban Santino y Monroe, otro de los empleados del rancho.

—¡Whiskey para todos, Beth!—gritó Matt, con tono perentorio que fue contestado con una interjección.

—Creímos que no vendrías esta noche, viejito. Parecías agotado—le dijo Wes en tono de chanza, haciendo que sus compañeros rieran y Billy sacudiera la cabeza.

—Eso quisieras—contestó—. Pero tengo mucha más energía de la que ustedes creen. Además, ¿para qué privar a las mujeres de este pueblo de mi apuesta figura?

Hubo risas y palmadas, más pullas.

—Pues eso no es más que una amarga verdad, y lo comprobé hace minutos. Las mujeres de esta ciudad están ciegas, joder—rezongó Santino.

—¿Y eso?—arrugó Wes el entrecejo.

—Tenía a las mujeres de aquel sector comiendo de la palma de mi mano.

Señaló el lugar donde estaban Cindy y su grupo, y donde estaba Winona.

—Uy, sí, seguro—rio Monroe.

—Lo juro, miren... La maestra esa, la rubia bonita...

—¿Winona?—arrugó Joe el entrecejo, y Billy tuvo ganas de dar una palmada en la cabeza a Santino.

—Sí, esa. Estaba conversando con ella y tenía su atención e interés total. No podía dejar de mirarme. Entonces, esa bomba, Cindy...—varios silbaron y se acomodaron la entrepierna sin recato—. Ella me habló y me hizo ojitos dulces, pero luego estuvieron helados. Ya saben, la clásica táctica del frío-calor.

Lo miraron sin entender.

—¿Qué?—dijo Matt, meneando su cabeza.

—Pero, ¿qué es lo que dices, idiota? ¿Qué invento es ese?—agregó Monroe.

Billy suspiró, y no supo si reír o cortar a Santino, que deliraba, claramente.

—Se mostró cercana, para engancharme, y luego retrocedió, para obligarme a trabajar por ella.

—Ah, sí, miren, allá está, esperando a Santino—señaló Wes a la platinada mujer, que estaba bailando acaramelada con uno de los rancheros del oeste del estado.

Wes y Monroe empujaron a Santino, que bufó, y se arregló la camisa, indignado.

—No me interesa esa Cindy, de todos modos. Mi meta es convencer a la maestra.

—Pues ponte en la fila, jodido—dijo Monroe—. Estaba preciosa hoy, y me parece que ya no pena por nuestro capataz.

—Monroe—dijo Billy con voz grave y clavando su mirada en él para frenarlo.

—Vamos, es obvio como te ha mirado por años. Pero hoy estaba distinta, y no le molestó que la dejaras con la palabra en la boca. Joder que eres rudo, Billy—dijo Wes, meneando la cabeza—. Eso quiere decir que podemos intentar acercarnos sin preocuparnos porque nuestro capataz nos haga sombra.

—Yo la vi primero—se quejó Santino, y hubo resoplidos.

—Te desafío—dijo Monroe—. Un mes, el que logre su atención gana. Te apuesto doscientos dólares a que no te dará ni la hora.

—Escuchen, esto no es correcto, no pueden...—intervino Billy, molesto y sintiendo su preocupación crecer, pero Wes ya estaba haciendo las apuestas y antes de que pudiese disuadirlos, Santino, Monroe y también Matt, que decidió sumarse, estaban dándose la mano y deseándose suerte.

¿Qué mierda acababa de pasar?, pensó, azorado y sintiendo sus emociones agitándose sin control.

—Joder, señoritas, parecen una bandada de gallinas, ¿qué los tiene tan alterados?—dijo Beth, acercándose, con curiosidad obvia.

—No quieres saberlo, te lo aseguro—gruñó Billy, acodándose en el mostrador y tamborileando con impaciencia.

Esto no iba a resultar bien. Santino era un buen muchacho, pero atropellado y le faltaba madurez. Para él esta apuesta sería una manera más de competir con sus colegas. Monroe era honrado y gentil, pero no tenía intención alguna de sentar cabeza.

A diferencia suya, consideró, que lo hacía porque era mayor y sus gustos sexuales eran peculiares, las razones del vaquero tenían que ver con su volubilidad y complejo de picaflor.

Matt Sullivan parecía sentado en sus ideas chauvinistas, o al menos eso pareció en relación a Beth. Ninguno trataría a Winona como ella se merecía. Como la joya que era. Apretó los labios y contuvo el deseo de pegar cuatro gritos y desarmar este absurdo que acababan de montar.

—Beth, tienes que darme el número de la maestra, de Winona—dijo Matt—. Son amigas, ¿no es así? Las vi charlando.

Beth puso las manos en la cadera y entrecerró sus ojos, sacudió su cabeza.

—A ver, Matt, voy a tratar de decirlo lento y claro para que lo entiendas. Yo. No. Tengo. Que. Hacer. Nada. De hecho, yo decido lo que me conviene o quiero hacer. Y no veo una razón valedera para darte el teléfono de mi amiga Winona.

—Haces bien, Beth. Winona no aprobaría que le dices su teléfono a cualquiera—dijo Monroe, desplegando encanto—. Por cierto, tengo entendido que habrá una feria en unos días a beneficio de la escuela. Voy a ofrecer mis servicios, seguro hay algo en lo que podré colaborar.

—¡También yo!—dijo Santino, sonriente, y Beth los miró a todos, y luego a Billy.

—Okay, alguien dígame, ¿qué está ocurriendo y por qué parece que tiene que ver con Winona?

—Estos idiotas acaban de iniciar una competencia para conquistar a la maestra—dijo Joe, mirando a Beth con fijeza, que agrandó sus ojos y luego parpadeó rápido.

—¿Por qué?—sacudió su cabeza, sin entender.

—Porque es preciosa—dijo Matt.

—Porque estamos solteros y podemos—dijo Monroe.

—Parece que los que giramos en la órbita de Rex y sus hermanos estamos celosos de la felicidad que les trajo el sentar cabeza—dijo Wes, diplomático, porque entendió, como Billy, que Beth estaba a punto de estallar.

—Si alguno de ustedes disgusta, molesta, o hace llorar a Winona, me encargaré personalmente de que sufra consecuencias nefastas y dolorosas, ¿lo entienden?—les miró con ferocidad, y los tres apostadores asintieron, Matt con rostro ofendido, Monroe rodando sus ojos y Santino con confusión. La mirada de Beth giró hacia Billy—. ¿Tú no tienes nada que decir frente a este desatino?

—Este es un país libre, Beth, y Winona una hermosa mujer. Es lógico que tenga admiradores.

—Sí, por supuesto. Mas no cualquiera puede lidiar con la sensibilidad de Winona, y menos hombres o niños que no tienen definidos su futuro.

—Ey, estás siendo deliberadamente ofensiva—gruñó Matt—. Nadie pretende dañar o lastimar a Winona, joder.

—Para nada—afirmó Monroe—. No entiendo por qué actúas como una mamá gallina, por seguir tu analogía con las aves. No haremos nada que hiera a Winona, ¿no es así, Santino?

Este estaba mirando a un grupo de chicas que ingresaba con ruido, y reaccionó cuando Wes le dio un empujón con su hombro.

—¿Eh? Perdón, me distraje.

—Creo que ya sabemos quién quedará en el último puesto—murmuró Joe, que se dio la vuelta para hacer un gesto con su vaso a Jack, que estaba de vuelta en la barra.

La noche estaba arruinada, decidió Billy, de un humor de perros y desestimando la

razón que lo había traído a la taberna. No tenía ningún deseo de un ligue, y en su lugar, su cabeza no paraba de dar vueltas.

SIETE.

Adoraba su casa. Era su bunker, el lugar donde refugiarse y reagruparse cuando su ánimo decaía. Aquí podía volverse loca y desmelenarse, por lo general. Era una pena percatarse de que esta noche su espacio no la contenía como quisiera.

La ansiedad la había ido ganando paso a paso desde la taberna, y cuando llegó y buscó sus llaves estaba ya frenética. Era una mezcla rara la que sentía; por un lado, ganas de trepar por las paredes, y por otro, una pesadez en su cuerpo que era peligrosa, porque la llevaría a la cama y con ella, a la tristeza.

Su sonrisa registrada, habitual cuando rodeada de gente, había desaparecido. Había sido una noche de mierda, sin más. Un desastre.

Había salido de aquí con determinación y esperanza de lograr que Billy la viera de verdad, y hete aquí que había sido públicamente humillada. Algo así. Esperaba que mantener su fachada compuesta y la sonrisa constante hasta que los labios le dolieron hubiese desestimulado a los clientes de Beth de pensar que había sido herida en su orgullo y en su auto estima.

Joder, qué sumatoria de momentos incómodos. Ese vaquero, Santino, la tonta de Cindy, y Billy. Este era el que de verdad le dolió.

Al menos era una actriz consumada en eso de no mostrar los pedazos de su alma cuando esta se desgarraba. La experiencia era madre de algunas cosas buenas, suponía.

La de veces que tuvo que esconder el dolor atroz en su cuerpo, fruto de golpes de su padre, o fingir que no importaban las palabras feroces.

<<Eres idiota, no haces nada bien.>>

<<Debería haber abortado cuando pude, me hubiese evitado tener que soportarte.>>

<<No hay cena hoy, ni el resto de la semana. Tu maestra me cuestionó por esos moretones. Gilipollas, te dije que nunca levantes las mangas de tu blusa.>>

Podía seguir y seguir, su dolor en espiral hacia abajo, pero no debía, no. Tenía que sosegar y no imprimir su pasado en los sucesos recientes. No tenían nada que ver uno con el otro. *En ambos estoy presa de mis emociones y sin poder cambiar...*

No, Winona, por ahí no vayas, ordenó su lado racional, haciéndose fuerte, por fin, recordándole que era resiliente. Esto no es lo mismo, no lo es. ¡Cálmate! Cálmate, eso es. Sentada, respirando, sin apuros, sin exigirte. Estás en tu casa. Respira hondo y concéntrate en el aquí y el ahora.

<<Ojos cerrados. Deja tu rostro sin tensiones. Abre ligeramente tu boca para destrabar tu mandíbula. Tápate la nariz izquierda, e inspira largo, y exhala hasta vaciar tus pulmones. Eso, otra vez, a tu ritmo. La respiración lunar calma, equilibra las emociones...>> La voz de su instructora sonó clara en su cabeza, impresa en su memoria como esos recuerdos

bondadosos que hacen bien.

Se dejó envolver por los beneficios del pranayama de yoga por un rato largo, hasta sentir que la vorágine de pensamientos negativos se replegaba al cajón oscuro donde estaban las pesadillas y los malos recuerdos.

Más compuesta, continuó meditando. Si algo tenía era tiempo. El insomnio era su compañero en noches como esta. Abrió sus ojos y echó una mirada alrededor, y encontró los ojos amarillos de *Menta* mirándola desde su puff de peluche.

Sonrió e hizo sonidos para atraerlo, y por una vez el felino se dignó a venir a ella y dejarse acariciar detrás de las orejas. Lo abrazó contra su pecho y se dejó invadir por la tibieza del pelaje, disfrutando del ronroneo satisfecho.

—Somos tú y yo, *Menta*. Lo que te quiero, bombonazo—susurró, y luego suspiró, dejando libre a la mascota, que no toleraba caricias por largo plazo.

Se incorporó y miró alrededor. La sala de estar estaba impoluta, pero de seguro podía mejorar la limpieza de los azulejos de la ducha y los artefactos. No había nada como la actividad física mecánica para drenar malas ideas.

Era muy avanzada la madrugada cuando el cansancio la rindió, y se dio una ducha caliente rápida y se colocó su ropa de dormir más tibia, hundiéndose luego en el confort de su lecho.

La suavidad de sus sábanas y la envoltura del cobertor de plumas la hizo suspirar con gusto, y se instó a hacer la lista larga de bendiciones en su presente.

Uno, las heridas del pasado han cerrado de la mejor forma, y cuando aparecen no me hunden en la desesperación.

Dos, tengo salud de hierro

Tres, mi trabajo, que adoro, me da tranquilidad financiera.

Cuatro, tengo mi casa, sin deudas.

Cinco, tengo un grupo de amigas que me quieren y respetan. Esta es una bendición.

Seis, soy una mujer agradable y medianamente bonita que puede conseguir una pareja si se aboca a ello.

¿Ves, Winona? Ya tienes seis sin pensarlo nada, y puedes seguir. Los niños, la escuela, vives en un lugar paradisíaco de paisajes brutales, puedes viajar si así lo decides, Menta.

Guau, esto de poner las cosas en perspectiva funcionaba de manera invariable. Sonrió con debilidad, pero un pelín más animada.

Lo que debes hacer es dejar atrás tu obsesión con Billy Jackson. Sí, no es sencillo, porque trabajar sobre las fijaciones no es fácil, pero tampoco es imposible. Has leído tanto, has hecho terapia por años y lo sabes. Un paso a la vez.

No sería sencillo, consideró. El apuesto vaquero le gustaba desde que había vuelto a

New Essex, y no hubo otro hombre que atrajera su atención como él. No entendía por qué.

No era el más apuesto de los solteros. De hecho, mientras sus patrones estuvieron solteros, ellos eran los más deseados de la región, y nunca Winona les dirigió más que miradas casuales.

Tal vez si lograba desentrañar racionalmente el porqué de su largo enamoramiento con alguien que le hablaba en monosílabos y la esquivaba cuando podía, podría exorcizarlo. Sí, esa podría ser una tarea importante, decidió.

Y ya que no tenía más que hacer, porque el sueño no vendría mientras no tuviera alguna certeza o decisión tomada, se abocó a poner a Billy bajo la lupa.

Es atractivo, eso no se discute. La rebasaba como por una cabeza, y era ancho y muy masculino con su musculatura poderosa. A ver, no es que tuviese los bíceps o muslos de un hombre de gimnasio, no.

Su cuerpo estaba cincelado por el trabajo al aire libre, por cabalgar y lidiar con animales grandes a los que tenía que enlazar, capar, marcar, cosas así.

Sus ojos avellana combinaban imposibles marrones, verdes y ámbar, y parecían cambiar con los atuendos que usaba, en especial sus camisas, que se ajustaban tan bien a su pecho y espalda, remarcando, potenciando.

La nariz estaba un pelín torcida. Un golpe a caballo, al parecer, cuando joven. No le restaba atractivo.

Pero lo que lo diferenciaba en una multitud era esa cadencia al caminar, ese paso nunca apurado y sexy que la hacía mirar su trasero, cuando iba, y sus muslos y bueno, lo que se adivinaba de su paquete cuando venía.

Y esa cualidad de comando que vibraba en él, que se desprendía de su voz grave, profunda, que la ponía toda tembleque.

Billy se ensuciaba las manos y hacía su trabajo a la perfección, era un gentil caballero que encantaba a las damas con sus modales y enfundado en sus jeans, su sombrero y sus camisas. El paquete que anhelaba para sí.

Joder, se suponía que este ejercicio era para disecar su obsesión, no para ponerla a mil. Se removi6 inquieta, apretando sus piernas, pero la picazón de su pelvis tenía causas internas.

Qué cansina era su cabeza, por mil cojones. De 0 a 180°, en un lado y de inmediato en el otro. De estar segura de que tenía que dejar de pensar en Billy y penar por él a buscar su consolador en la mesita de noche.

No te culpes por sentir deseos, Winona. Es perfectamente natural que quieras explorarlos y de adulta reconocer que tu necesidad sexual es una más, como comer y dormir. Y todo el mundo tiene fantasías. Sí, la tuya es recurrente, pero no la vas a exorcizar en una noche. Billy puede seguir siendo alimento para el orgasmo mientras buscas otros intereses. Mañana

comienzas a trabajar para encontrar al hombre de tus sueños.

Era cierto, por supuesto. Pensar así la relajó y la preparó para permitirse disfrutar. Comenzó bajando sus pijamas y las bragas hasta las rodillas, y separó sus piernas, llevando su mano derecha a su intimidad, que acarició con suavidad, sus yemas humedeciéndose con el fluido que denunciaba su excitación.

Sus dedos trazaron la forma de su vulva y buscaron el punto exacto que provocaba que su respiración se agitara y despertaba los nervios de su coño, que llevaban placer exquisito al resto de su cuerpo. Su tripa, sus senos, su garganta, todo se entibiaba y sentía al unísono en un crescendo de sensaciones.

Su dedo mayor siguió trabajando su clítoris con la sabiduría de años en el asunto, y su mano izquierda trepó por su piel, acariciándola, y se posó en su seno derecho, pinchando y haciendo círculos sobre el pezón, y entonces sensaciones partieron de allí al sur, y colisionaron unas con otras, y Winona gimió largo y redobló la apuesta.

Su espalda se arqueó y sus piernas se abrieron más, funcionando cada parte de memoria y colaborando para el irremediable clímax, que se veía no muy lejos. Sin dejar de excitar sus senos, su derecha abandonó la vulva para tomar a Mr. Pleasure, su dildo.

El segundo con ese nombre, a decir verdad, aunque este era más grande que el anterior. Lo había comprado luego de escuchar una conversación entre dos chicas en el bar, una de las cuales describió a detalle lo bien dotado que estaba el capataz de los Sullivan, con pelos y señales.

La indignación por la falta de decoro y los celos que sintió no impidieron que usara la información para hacerse con un miembro de la envergadura mencionada. Una compra impulsiva pero muy satisfactoria.

Por supuesto que no iba a cometer la idiotez de llamar a la polla artificial con el nombre del que la llevaba loca, pero un nombre debía tener, y Mr. Pleasure fue.

Placer era su objetivo, y lo lograba cada vez. O tal vez eso era porque las imágenes que colaboraban con la situación eran tan bonitas. Era factible.

No fue diferente esta vez. Cuando hizo correr el largo por su vulva mojada, se estremeció, y se demoró en el disfrute, hasta que la urgió ser penetrada, por lo que colocó la entrada en su coño y empujó, sus caderas en el aire, sostenida en sus talones y hombros, gimiendo mientras su mente invocaba la imagen de ese hombre que la enervaba.

El que tal vez nunca la follaría ni le devolvería el interés, pero, ¿qué más daba en este momento? Podía soñar, eso era gratis. Sus manos ásperas tocando su piel, sus dedos toscos entrando en ella. Su tono sureño impulsándola a tomarlo más y más profundo.

OCHO.

Billy apoyó su frente en la cerámica de la ducha y dejó escapar un gruñido, al que siguió otro, casi animal. Su mano envolvía la polla como un guante y se movía arriba y abajo con ritmo, llevando el prepucio hacia atrás y retornando con él.

Sus dedos estaban pegajosos con el líquido preseminal que parecía no parar de brotar, y lo que sentía en su escroto era fuego líquido. Llevó su otra mano a los testículos y los estimuló, masturbándose sin piedad.

Si le hubiesen dicho que terminaría solo en su baño y haciéndose la paja luego de haber recibido al menos tres propuestas serias para follar de parte de mujeres atractivas no lo hubiese creído.

Es que había ido al pueblo en busca de un ligue, esa fue su intención. ¿Por qué cojones desechó las oportunidades y se condenó a correrse con su mano derecha?

Gilipollas, eso es lo que era. Pero no estaba solo en ese tren, porque esos tres que lo habían puesto de un humor de perros no eran menos idiotas que él, aunque por razones diferentes.

Que el común denominador fuese Winona Hardin era el problema, vaya que sí. Billy no sentía que pudiese corresponder a la devoción que intuía en esos ojos que acariciaban al mirar, pero tampoco parecía ser capaz de dejar pasar la realidad de que otros tuviesen intenciones románticas con ella.

Sexuales, esas eran sus intenciones. Santino estaba en plena efervescencia hormonal, y Monroe era un sexópata, o algo así. Y ese Matt Sullivan, le daba mala espina, con sus comentarios de hombre de los 50.

Resopló, maldiciendo, y pinchó su perineo para controlar su excitación. Estaba haciendo mal, muy mal.

Su cabeza no paraba de dar vueltas y escupir sapos y culebras para las intenciones de esos tres, y a la vez alimentaba las imágenes que lo ponían a cien mil, la polla durísima y los gemelos llenos y doliendo.

—Jodido hipócrita eres, capataz—murmuró, y se dio la vuelta, recostando su espalda ahora, y separó más sus piernas, resignado a usar el banco de imágenes que le pasaban por la cabeza en bucle.

La maestra con su cabello suelto, de rodillas entre sus piernas, mirándolo con adoración y sumisión, tomando su polla con las manos pequeñas y suaves, acariciando el largo de su miembro con sus yemas, trazando la vena desde la base a la punta.

Winona abriendo su boca y pidiendo permiso para succionarlo. Joder, joder, esto era... Tan sensual que rebasaba la lógica y no quería pensar en si era justo, bueno o lo merecía.

Imaginar esa boca cálida, esos labios curvándose al tomar su miembro, su boca abriéndose más de lo habitual, desacostumbrada a tener algo tan ancho y largo... Paraíso mental.

Sus movimientos se hicieron más erráticos, los ojos cerrados, entregado al placer que la fantasía convocaba. Sus caderas se movieron con frenesí, deseando follar esa boca deliciosa y seguramente virgen, o poco experimentada.

Podía enseñarle tanto. Si se lo permitiera... Si se diera la luz verde... La idea de atar sus manos detrás de su espalda y ordenarle que le devorara el pene, de alcanzar el clímax con los ojos clavados en los femeninos, elevó su excitación en varios puntos.

Lo que quería hacerle... Lo que gozarían... La llevaría al límite y le prohibiría correrse. Solo cuando él lo permitiera. Le devoraría el coño y la pondría loca de placer y anticipación, hasta finalmente penetrarla.

La mera noción de entrar en ella fue demasiado, y el grito fue paralelo a la liberación, su semen caliente explotando y haciendo un desastre de su mano, su pelvis y su estómago. Respiró con pesadez, y abrió la ducha para que el agua diluyera las huellas de su orgasmo.

Se sentía más liviano, sí, pero... Joder, el momento sería perfecto si no fuese seguido por la culpa y la molestia consigo mismo. No podía quitarse a esa mujercita de la cabeza. Esto ya estaba afectando su libido y tenía ribetes de ridiculez.

¿Qué es lo que te pasa, Billy? ¿Por qué no puedes dejar ir la idea de follar con la maestra? ¿Cómo es que todos los argumentos que construyes y usas para alejarla no se te graban?

El sonido de un vehículo acercándose, las luces de este reflejándose en el vidrio de su ventana y luego los golpes de las portezuelas y las voces de hombres avisaron de la vuelta de Santino, Wes y Monroe.

Joder, qué ruidosos eran esos bastardos. Rex iba a estar molesto en la mañana, estuvo seguro de ello, y no lo detendría cuando les llamara la atención. Lo tenían merecido, pensó, y gruñó su molestia, tomando una toalla que envolvió en sus caderas y fue en busca de una botella de agua, que bebió como si estuviese seco por dentro.

Cubierta la urgencia del clímax, sus ideas se aclaraban, pero estas no le dieron la calma que solían. Los argumentos de ¿por qué no?, parecían irrelevantes a esta hora de la noche. Sí, estaba en la segunda mitad de sus treinta, pero eso parecía importarle solo a él, que a veces se sentía más cansado de lo que a su edad debería.

Sí, su pasado era cuestionable, y si eso lo sabía solo él, parecería suficiente. Las memorias vinieron a él con la velocidad de un tren bala, y lo impactaron como uno. Taylor, su novia de la adolescencia, esa rosa bella y joven que le había hecho creer en la magia.

La había querido con locura, con entrega, sin consideraciones de estatus o expectativas. Con la convicción errada de que bastaba *sentir* para tener. Habían sido un fuego que ardió fuerte,

intenso, pero se consumió rápido.

Los encuentros a escondidas, la entrega mutua, su pedido de mano desechado, la humillación... Los recuerdos se hilaron como fotogramas en su mente. Sus manos se tomaron del respaldo de la silla con tal fuerza que sus nudillos blanquearon, y sus dientes crujieron por la presión al chocar unos con otros.

<<Nunca serás digno de nuestra hija, que es dulce y gentil. Eres una bestia de carga. Vete del pueblo o te denunciaremos e irás preso de por vida. Agradece que no te mato>>, había rugido el padre, su faz contorsionada de odio. <<Ella tiene solo dieciocho, ¿en qué pensabas? Los abogados se encargarán de deshacer el desatino.>>

No encontró consuelo en los suyos, que lo vieron como si fuese un monstruo. Su madre era una mujer atada a las tradiciones y a las convenciones sociales. Probablemente hirió tanto su sensibilidad como su posibilidad de ser bien considerada por la alta sociedad de Alabama.

<<¿Cómo pudiste creer que alguien como ella te vería y elegiría? Esos impulsos tuyos son una desviación, tu padre ha visto lo que lees>>, había acusado su progenitora. Eso fue demasiado.

La vergüenza y la convicción de que algo andaba mal en él lo había perseguido por años, hasta que encontró otros como él. No animales presos de sus instintos, sino hombres con fetiches como los suyos.

Winona le recordaba a Taylor, era eso. Era delicada y hermosa como aquella. No tenía prejuicios, era gentil con todos, su presencia iluminaba los sitios en los que ingresaba. La maestra no se percataba de ello, pero él lo percibía, así como lo había visto en Taylor.

No podía cometer el mismo error. Habían pasado casi veinte años, y la desilusión feroz habían hecho callos en él, lo habían vuelto esquivo al compromiso y distante. No podía dar entrada a nadie porque el dolor de la pérdida era feroz.

Tanto como quería acercarse a Winona y decirle que la veía, que la quería en su cama, que la deseaba con locura, las paredes que se había construido se elevaban. Su actuación con ella la pasada noche era una muestra. La había herido, hondo, y eso lo rebelaba.

Y estaba preocupado, no se lo podía negar a sí mismo. Esos tres hombres estaban interesados. Bastó que ella se soltara el cabello y vistiera un poco más osada que de costumbre para que saltaran a la pista y procuraran hacerse ver. Pista en la que solo debían danzar él y Winona.

Celos. Lo que le estaba devorando y le consumía eran celos de lo que podía pasar. De que alguno, probablemente Monroe o Matt, obtuviera lo que le correspondía a él. Abrazarla, besarla, follarla hasta dejarla sin aliento. Tenerla entre tus brazos, yaciendo en su lecho.

Se paseó nervioso por el reducido espacio de su sala, ajeno al frío que comenzaba a

hacerse sentir en su cuerpo desnudo. *Tienes que decidirte, cabrón. ¿Qué va a ser? ¿Retrocedes o saltas al ruedo y tomas lo que te corresponde? ¿Lo que te pertenece?*

Winona era suya, mentalmente lo era. Ella no había tenido ojos para alguien más, lo hubiera sabido. Sus amigas no eran sutiles, la prueba de ello eran Marie y Dakota, que solían dejar caer migas de información sobre dónde estaría o que haría su amiga.

Migas que él fingía ignorar, pero... ¿No era cierto que solía tragar el anzuelo?

Si se decidiera a probar... Si hiciese caso a sus instintos y a la sutil invitación que solían ser la mirada brillante y la sonrisa palpitante... Tenía que ser con las cartas sobre la mesa. Tenía que decirle quién...

No *quién*, eso lo sabía. *Cómo* era, que lo movilizaba, que le gustaba. Si ella retrocedía espantada sería la prueba de que no eran compatibles, ¿verdad?

Tenía que considerarlo, analizar más a fondo la situación. No podía dejar que una apuesta ridícula y la posibilidad de perder lo que tenía lo incitara al error. *No seas cateto, Billy. No tienes nada, jodido, nada. ¿Qué podrías perder?*

NUEVE.

Winona apuró el paso, molesta consigo misma por haber olvidado programar el despertador. Era media mañana, y si bien era sábado y no trabajaba hoy, la reunión para desayunar en la cafetería de Marge era un clásico del que no quería perderse un minuto.

El insomnio había dado paso al sueño muy tarde, así que en rigor había dormido unas cinco horas.

Se alegró al ver a Marion y Daisy llegando en ese momento. No sería la última en ingresar, y tampoco se debía haber perdido de mucho. Era norma que el cónclave, o “aquellarre”, como le llamaba Spencer, el sheriff y novio de Marion, no empezara a sesionar hasta estar completo.

La reunión incluía cotilleo regado de mucho café y las exquisitas creaciones de Marge, y era una puesta al día y momento de catarsis para la que lo necesitase el día de la reunión.

Intuía que hoy le tocaba, porque Beth se había sorprendido cuando se retiró temprano de la taberna, y no lo dejaría pasar. El sonido del claxon la hizo mirar a la calle, y vio el vehículo gigante con el toro grabado en la puerta.

Ted traía a Dakota, como venía haciendo desde que el doctor recomendó que no hiciera esfuerzos importantes.

—Hola, Winona—saludó Marion agitando su mano antes de alcanzarla, y luego le dio un abrazo, al que se sumó Daisy.

—Cariño, ¡qué bonitas estás? ¿Te hiciste algo en el cabello?

Daisy era la dueña de la ferretería y la mayor de ellas, ya casi en sus cincuenta, y era un encanto de mujer, siempre dispuesta a ayudar y aconsejar sin juzgar.

—Solo me solté la melena y coloqué unas gotas de brillo—respondió, encogiéndose de hombros.

El impacto que un pequeño cambio producía en la percepción de los otros lo comprobó anoche, porque más allá de que no estuvo cómoda y la pasó mal por la actitud de Billy, recibió halagos varios y miradas de interés.

Y había decidido que eso contaba, porque por lo general era invisible

—Pues te queda precioso—dijo Marion, sonriente—. Ese color es tan particular y va tan bien con tus ojos, Winona. Apuesto a que causaste sensación anoche, ¿a que sí?

—Pff, es una manera de verlo—respondió.

Seguro que sensación de incomodidad, por lo menos, si atendía a la huida de Billy.

—Chicas, esperen por mí—les gritó Dakota, a la que Ted estaba bajando del alto vehículo con extremo cuidado, como si fuese de cristal.

Las tres sonrieron y se acercaron, Daisy tomándola del brazo y Marion palmeando a Ted

en el hombro y haciendo sonidos como si espantara un animal curioso que pretendía meterse en donde no debía.

Winona meneó la cabeza, divertida ante el gesto ofendido del grandulón Sullivan. Dakota les había contado que había pedido más de una vez participar de los desayunos, interesado en las donuts y los chismes.

—Cuidado con el pastel en el horno—dijo Ted, tocando la gran panza y agachándose para dar un beso que hizo que las tres que miraban se derritieran.

—Anda, ve, tonto, que estaremos bien.

—La cuidaremos como se merece—dijo Marge, con las manos en la cintura, y les hizo gestos para que ingresaran.

Beth y Marie ya estaban en la mesa habitual con sendas tazas de café. Era común que las primeras en arribar fueran estas dos: Beth, porque se levantaba temprano a recibir a los proveedores y limpiar la taberna, y Marie porque siempre tenía alguna urgencia veterinaria temprano.

Luego de los saludos de rigor se ubicaron y comenzaron a dar cuenta de las pastas, por lo cual más que charla hubo sonidos de gusto, cabeceos y suspiros, regado por el café dulzón y fuerte que era la especialidad de Marge.

—Okay, ahora sí puedo decir que comienza el día—dijo Marie, una sonrisa enorme—. Y me siento humana. Tuve que salir petando a asistir un parto y no me dio tiempo ni para un café.

—No puedes saltarte el desayuno, Marie—rezongó Daisy—. Es la comida más importante del día, y más cuando tienes que trabajar con tanta presión.

—Estoy desayunando, mamá—rio la veterinaria, levantando su taza.

—Esto es brunch, ya lo hemos dicho decena de veces—intervino Marion.

—Términos de ciudad moderna—rezongó Marge, vertiendo más café—. Dakota, no más café para ti.

—¡Pero si es descafeinado, tú misma lo dijiste, es sano y ...!—levantó los brazos al aire, indignada, y hubo risitas.

Marge denegó con decisión.

—Ted y yo hablamos, y es final. Nada que sobreexcite a mi renacuajo, y eso incluye demasiada azúcar—hizo un gesto a las donas, y Dakota suspiró con largura y finalmente cedió.

—¿Tú y Ted de acuerdo?—Beth elevó una ceja—. ¿Qué está pasando en esta ciudad?

—Es un cateto, sí, pero uno que quiere a Dakota, y en eso coincidimos.

Marge colocó su mano en el hombro de la nombrada y apretó con gentileza. Winona se emocionó al ver la manera en que Dakota era cuidada y querida, a pesar de que era relativamente nueva en la ciudad.

Era la misma buena vibra y empatía que la habían recibido de vuelta a ella, y no se cansaba de agradecer por estas amigas.

—Ay, no miren—rezongó Daisy—. Ahí está la señora O'Hara, y viene hacia acá.

—Joder, ¿qué quiere ahora?—rezongó Beth, rodando sus ojos, y hubo risitas, que se evaporaron cuando la mujer estuvo junto a ellas, con una gran sonrisa y la expresión típica que componía cuando quería averiguar algo jugoso y venía a la fuente.

No es como si alguna de ellas tuviese novedades para contar, pensó Winona, pero con la matrona más cotilla de los alrededores husmeando, algo debía haber. No era una mala persona, y sí era generosa y gentil cuando se requería su ayuda, pero podía ser muy cansina.

—Hola, jovencitas. Disfrutando de su encuentro semanal. Dakota, querida, ¿cómo es que ese muchacho Sullivan te deja salir con ese embarazo tan avanzado?

—Señora O'Hara, ¡qué gusto! No se inquiete, estoy bien. Y Ted es mi esposo, no mi tutor—respondió Dakota con una sonrisa edulcorada que hizo poco por disimular su fastidio.

En defensa de la setentona, había nacido y vivido en esta pequeña ciudad toda su vida, educada en una familia muy religiosa y chapada a la antigua. *Al igual que Marge, y el resultado es bien distinto*, pensó luego Winona, pero espantó la idea.

—Mmm, sí, bueno, sé que los matrimonios tienen otras reglas hoy día—suspiró—. En mis tiempos era bien distinto. En fin...—su mirada se clavó en Winona, que parpadeó bajo la inquisición silenciosa de esos ojos—. Querida, espero que los preparativos de la feria estén encaminados. He donado uno de mis famosos pasteles de avellanas.

Marge habló entre dientes algo ininteligible y hubo sonidos ahogados que varias ahogaron en café. Winona y O'Hara continuaron en un concurso de miradas, sin que la primera supiera qué decir, pero esto se solucionó de inmediato:

—Déjame decirte que mis preferencias están con el joven Sullivan, Winona. Es un hombre asentado, propietario, con sus finanzas solucionadas, y buen mozo. En rigor, los tres son hombres atractivos, aunque la edad... No sé qué piensa ese chico, el vaquero joven. La estabilidad es una cosa importante, tenlo en cuenta.

Winona parpadeó una, dos, tres veces, y luego sacudió su cabeza, como despertando. ¿Qué decía esta mujer?

—¿Perdón? Señora O'Hara, no entiendo...

—Seguramente escuchó lo que pasó anoche en la taberna, pero me temo que fue malinterpretado—intervino Beth, rápida, y tanto Beth como la curiosa se volvieron a mirarla.

—¿Entendí mal, entonces? ¿No hay una apuesta entre esos tres hombres?

—Eso es, no la hay. Usted sabe cómo son los comentarios, pasan de boca en boca y se deforman.

—Oh... Bien, si tú lo dices, Beth—asintió, aunque no del todo convencida, y volvió a

mirar a Winona—. Una pena, estás muy bonita, querida. Ese peinado te favorece.

—Gracias—le dijo, y la mujer les hizo un saludo y siguió su camino.

Los ojos de todas fueron a Winona, y ella se encogió de hombros, y luego miró a Beth.

—¿Qué fue eso?

—Bien... Puede ser que la información de O'Hara no sea tan desacertada—carraspeó—.

En verdad...

—¿Qué dices, Beth? No pasó nada que ...

—No cuando tú estabas, pero sí cuando te fuiste. Santino, Monroe, Matt y Joe Sullivan, además de Billy, estaban bebiendo. Escuché que algunos comentaban lo bonita que estabas... Que lo estabas, eh, todo un cambio con poco esfuerzo, ¿no creen?

Las demás asintieron, y Winona hizo un gesto imperioso, porque no podía permitir que la conversación se desmadrara. Billy estaba en el grupo de los que comentaban su aspecto.

—¿Y?

—Una cosa llevó a la otra. Santino, Monroe y Matt están interesados en salir contigo, una cita, no sé. Y apostaron.

—¿Quéee?

—Pero ¿qué?

—¿Apostaron? ¡Idiotas!

DIEZ.

Winona escuchó a sus amigas reaccionar, pero solo pudo parpadear, su corazón latiendo fuerte y sus manos encogidas en puños. ¿Apuesta? ¿Sobre ella? Esos hombres... ¿Qué pensaban? Esta no era una peli de colegios privados. No entendía. Y Billy... ¿Él escuchó y no dijo nada?

—¿Winona?

—Querida, habla, di algo—Marie le tomó la mano y la apretó con gentileza.

—No... No entiendo.

—¿Qué tendrías que entender? Esos catetos bebieron de más y les pareció que estaban en algún hipódromo o concurso—gruñó Beth—. No le des importancia. Creo que tienes que pasar de eso. Las charlas de borrachos no tienen consecuencias, te lo digo.

—Mm. Sí, supongo... Pero me molesta que hayan mencionado mi nombre y me expusieran sin necesidad—dijo, bajito—. Ya ves, el rumor corrió.

—Ese rumor murió aquí recién, Winona—aseguró Marion—. No perdamos tiempo con tonterías. Explotemos la parte buena: estabas tan linda que causaste revuelo.

—¡Eso, así se piensa! Lo estaba, se los digo. Nuestra maestra sacó sus garras anoche. Billy no paró de mirarte—dijo Beth, y Winona hizo un gesto de desilusión.

—Pues sería para ver si me le acercaba, porque debieron ver lo rápido que se fue cuando le empecé a hablar. Le invité a un trago y cuando me dispuse a lanzarme para invitarlo a una cita, huyó al otro lado del bar. Seguro que Jack lo vio, Beth.

—No me lo dijo—dijo esta, más seria—. No me di cuenta de eso, por cierto.

—Winona... Hay más hombres, y mejores—dijo Daisy, con suavidad—. Tienes que empezar a mirar a tu alrededor. La vida se pasa rápido y a veces nos perdemos de oportunidades hermosas por esperar lo ...

—Imposible—completó ella la frase, asintiendo, y pinchándose la palma de la mano para no moquear y mostrarse como una tonta sin remedio—. Sé que tienen razón. Estuve pensando mucho, y creo que es hora de avanzar.

Asintió, y se enjugó una lágrima. Hubo manos apretando la suya sobre la mesa y suaves palabras de aliento.

—Le caería a hostias a ese cateto—gruñó Dakota, enfurruñada, y Winona sonrió.

—No, no, esto es culpa mía, tengo que reconocerlo.

—No, no te sientas así. No siempre hacemos lo conveniente, y además, ¿a quién no le ha pasado mirar al lado equivocado? Las relaciones son difíciles, y eso cuando cristalizan. Si vieras la de decepciones que tuve hasta que conocí a Spencer—dijo Marion, enfática.

—Decepciones hemos tenido todas, de eso también está hecha la vida—dijo Marie—. Mi matrimonio anterior fue un infierno, lo sabes.

Una a una sus amigas se lanzaron a sanarla con sus anécdotas y relatos de tristezas, y al cabo de una hora, Winona había recuperado el ánimo, y se sentía cobijada y acompañada.

Estaban por marcharse, incorporadas y despidiéndose, cuando fueron interrumpidas por Matt Sullivan, que apareció de repente a su lado.

—Señoras—saludó con un movimiento de su cabeza y sus dedos en el sombrero, y de inmediato sus ojos se posaron en ella—. Winona, justo quería hablar contigo.

Ella se aclaró la garganta y sintió el rubor subiendo desde su cuello, y los gestos de las demás con sus ojos y bocas la distrajerón. Conocía esos mensajes, por supuesto. *¡Anda! ¡Adelante! ¡Contesta!*

—Oh, ¿conmigo? ¿Por qué motivo?

Él miró alrededor y luego volvió sus ojos azules hacia ella.

—Si me permites que te invite a un café, te explico.

—Es que... Acabamos de...

—¿Ves, Winona? Te dije que tendrías oportunidad de tomar más café. Es que nos cuidamos por Dakota y su panza—dijo Daisy, dejándola sin salida—. Pero Winona necesita más cafeína.

—Nos vemos.

—Winona, nos hablamos.

Una a una la abandonaron, y entonces no tuvo más que claudicar, y dibujó una sonrisa de circunstancias, aceptando la invitación. Se sentaron en una mesa más cerca de la ventana, y no se le pasó por alto que las traidoras demoraban en marchar y cuchicheaban.

—Gracias por aceptar el café—dijo Matt, sonriendo, y ella asintió, mirándolo con curiosidad. Era un hombre apuesto, no cabía duda—. Sé que estás a la cabeza de la organización de la próxima feria, y quiero ofrecerte mi ayuda con eso.

—Oh. Sí, claro, siempre se necesitan más manos. Muchas gracias por ofrecerte.

—Lo hago encantado. Mis vaqueros pueden colaborar con el armado del escenario y los puestos de ventas.

—¿De verdad?—Winona agrandó sus ojos y el entusiasmo la ganó. Armar la infraestructura demandaba muchísimo tiempo y esfuerzo físico, y de habitual eran ella y algunos voluntarios los que se ponían la tarea al hombro—. Eso sería maravilloso.

—No se hable más. Gracias, Marge—agradeció a la mujer que estaba llenando las tazas, y asintió sin hablar.

La mirada de la pastelera estaba fija en Winona, tanto que temió que vertiera café. Desvió la vista cuando Marge le hizo un gesto con la cabeza. La instaba a aprovechar el momento. Hostias, la mujer no tenía el más mínimo sentido del disimulo, pensó.

—Entonces, ¿qué dices si intercambiamos teléfonos? Para estar en contacto y que me

puedas avisar de lo que necesites.

—Sí, claro.

No había terminado de decirlo que Matt le estaba extendiendo su dispositivo, que ella tomó para guardar su contacto, y lo devolvió. La mirada con la que él la envolvió era halagadora, y se sintió bien, para nada incómoda.

El hombre miraba de los hombros hacia arriba, ninguna incorrección o alusión a nada físico, pero le hacía notar su atención.

—Okay, perfecto—Él tecleó en el móvil y de inmediato sonó el de Winona, que miró el mensaje, un breve saludo en la pantalla.

—Muy bien, estamos conectados. Escucha, lo que necesites, de verdad, estaré encantado de colaborar.

—Créeme que lo tendré en cuenta. Vas a lamentar el ofrecimiento—sonrió ella, y él se echó hacia atrás, un gesto agradable y confiado en su faz.

—No, no lo creo. Dime, y espero no sonar muy directo, porque apenas si habíamos cruzado palabra antes, pero... ¿Considerarías salir en una cita conmigo? Entenderé si dices que no, pero me gustaría.

Ella se sonrojó y parpadeó, sin saber qué decir, tomada por sorpresa. El vaquero era atractivo, no se podía negar. Un hombre que despertaría interés obvio en cualquier mujer, aunque se lo veía muy poco por New Essex. Pero ella...

Pero nada, Winona. Hazte fuerte y recuerda que decidiste dar un giro y comenzar a mirar más allá de tu nariz.

—Mmm. Me gustaría, aunque...

Lo que habían comentado la señora O'Hara y Beth se le vino a la mente, y apretó los labios, endureciendo sus facciones. Él notó su incomodidad, porque elevó una ceja en actitud de pregunta.

—Te aseguro que no tengo intenciones ...

—Llegó a mí cierta información... Eh, digamos que preocupante... Sobre una apuesta en la taberna.

Él resopló y sacudió su cabeza.

—¡Cuánto cotilla hay en esta ciudad!—gruñó, y se adelantó, colocando sus poderosos antebrazos que ella no pudo dejar de apreciar porque las mangas de su camisa estaban subidas—. Pero algo de real hay, pero voy a explicarlo, no te vayas, por favor—dijo con voz calma, y su mano tocó la de Winona, que había hecho gesto de incorporarse.

—Me parece no solo de un tremendo mal gusto, sino muy humillante que hayan tirado al aire una apuesta sobre mí—elevó su voz, y de inmediato se conminó a bajarla, porque los escasos clientes que permanecían en la cafetería miraron en su dirección.

—Tienes razón, y lo lamento, de verdad. En mi defensa... ¡Que no lo es!—se corrigió de inmediato al verse fulminado por la mirada furibunda de Winona—. Fui un tonto, un niño, y el alcohol tuvo algo que ver, además de la competencia.

—Esto es absurdo, voy a...—señaló, y se incorporó, gesto que él emuló.

—Te ruego que me des la chance de enmendar mi estupidez, que reconozco con humildad. Mira, de verdad me interesas, te lo aseguro. Estabas muy bonita... Lo estás—dijo, y un leve rojo se coló en sus curtidas mejillas, ¿o era su idea?, pensó Winona—. El caso es que esos dos vaqueros, el jovencito, Santino, y su colega Monroe... Me molestó mucho que pretendieran... Tenía la idea de acercarme anoche, pero sus comentarios demostrando su interés en ti, más el hecho de que te fuiste temprano, lo impidieron.

—¿Y la apuesta? Eso no se entiende, alguien normal...

—Oh, lo reconozco, cuando me desafían o me siento sin argumentos reacciono como un cateto. Me gustas, me pareces encantadora y sé quién y cómo eres y te manejas. Por boca ajena. Quiero conocerlo por mí mismo. Como docente, supongo que eres de entender errores y ayudar a enmendarlos.

La frase final y su gesto casi compungido hicieron que su fastidio se diluyera. Suspiró y pensó por un instante, para luego asentir con su cabeza.

—Una cita.

—¡Sí!—festejó él, triunfante—. Te aseguro que no te arrepentirás.

—Eso espero—murmuró Winona—. Bien, debo irme.

—¿El jueves te parece un buen día?

—Está bien, siempre que la velada no se extienda. Los días de semana son complicados, y me levanto muy temprano. Imagino que tú también.

—Así es. Bueno, esto es... Perfecto—dijo, con satisfacción en su rostro—. Te escribo para coordinar detalles. Gracias por aceptar, y te aseguro que no te defraudaré.

El ranchero se dio la vuelta y saludó de salida a Marge, que vino a ella rápido.

—¿Y bien?

—Tengo una cita—le contestó, a medias entre el asombro y la sorpresa, no solo por la jugada invitación de Matt Sullivan, que no dudó en ir adelante cuando ella lo confrontó con la apuesta, sino por su propia aquiescencia.

—¡Perfecto! Ese muchacho es apuesto y, bien dirigido, tarea que una dama como tú podría realizar sin problemas, puede ser un muy buen prospecto.

—¡Marge! Es solo una invitación, no pienso que pueda...

—Pues comienza a pensarlo, querida—la abrazó y Winona se recostó a la mujer, disfrutando de su presencia tranquilizadora—. Esto es lo que necesitas, nuevas ilusiones. Debiste mandar a tomar por culo a Billy hace mucho, tonto vaquero que no ve lo que tiene adelante.

—Billy nunca ha sido mío como para hacer algo así.

—No, y tenlo presente, porque para sacarlo de tu cabeza tienes que ponerle corazón a lo que se viene.

—Eso quiero.

—Sé que sí, Winona. Anda, ve a disfrutar tu día.

Eso haría, sí.

ONCE.

Billy montó en su caballo con un aire de determinación, las riendas firmemente sujetas entre sus manos callosas, aunque su humor no era el mejor.

El sol brillaba alto en el cielo y era un día frío y luminoso, de esos que solía disfrutar, por lo general recorriendo el rancho y cumpliendo sus tareas sin pensar demasiado, como no fuera en lo que debía hacerse.

Mas estos días no eran los de siempre. O él no se comportaba igual. Su mente estaba en otro lugar, enredada en pensamientos de Winona y la inesperada situación que se había generado el pasado fin de semana.

Había una competencia instalada y librándose por su atención, no había sido calor del alcohol o el momento en la taberna de Beth. No, eso estaba claro, porque los comentarios y mutuas pullas de Santino y Monroe afirmaban que la apuesta seguía, y los planes se trazaban para el venidero viernes.

Resopló, y el aire se llenó con el sonido de los cascos golpeando el suelo mientras se dirigía hacia el corral. Había mucho por hacer y no podía permitir distracciones, consideró. En dos horas estaría aquí el cliente que había comprado un lote del ganado de carne, y había que revisarlo y encerrarlo.

Había asignado buena parte del peso de la jornada a los dos apostadores, ordenando a Wes y los otros tres vaqueros tareas simples de alimentar y acicalar a los caballos y yeguas de pedigrí y de sus potrillos, lo que implicaba esfuerzos menores, para júbilo de estos.

Las chanzas de los favorecidos no se habían hecho esperar, y fueron paralelas a los gestos molestos de Santino, que parecía un niño enfurruñado, y de Monroe, que se había quejado abiertamente de la injusticia.

A medida que se acercó al corral les pudo ver separando a los animales que acababan de traer de la pradera, y las huellas de que había sido duro estaban en sus camisas sucias, sus cabellos sudorosos y los gritos de uno al otro. No tendrían fuerza para mucho más que cenar al finalizar, presumía.

Bien, pensó. Así no pensarían tonterías ni tendrían tiempo de elaborar estrategias para la conquista de la maestra. Las que necesitarían, pensó, porque esos dos no tenían conversación interesante y sus ideas no iban más allá de caballos, vacas, música country y follar. No tenían lo que se necesitaba para conquistar a una mujercita delicada y culta como Winona.

¿Y tú sí?, ironizó. *¿Eres un dechado de virtudes ahora?* Estaba siendo un capullo, lo reconocía a la interna, y le fastidiaba no poder controlarse. No se comportaba más adulto que Santino, para ser honesto.

Intentaba que no le afectara, que la idea de alguno haciendo sonreír o tocando a Winona

no lo molestara, pero era imposible. Y eso le enfurecía, porque el control era algo de lo que Billy se enorgullecía.

Se apeó de su caballo con un gesto brusco, la mirada fija en los dos hombres que lo observaban con cierta cautela. No necesitaban palabras para entender que Billy estaba de muy malhumor.

La habitual camaradería había quedado en un segundo plano, y había cortado en seco los intentos de aflojar las tensiones o acortar el paso del tiempo con chanzas o bromas. No era él, o la versión laxa y relajada que conocían.

—¡Santino, Monroe! —llamó, su voz resonando sobre el corral. Ambos hombres detuvieron sus monturas y le miraron—. El cliente llega en breve. Vuelvan a contar el ganado y controlen los números de cada animal.

—Ya lo hicimos, Billy—contestó Monroe, con paciencia, pero su gesto denunció su molestia—. No somos unos pichones sin experiencia, joder. Llevo diez años haciendo esto.

Tenía razón, claro. El vaquero era eficiente y hacía bien su trabajo, pero Billy estaba decidido a agotarlos hasta que se arrastraran a sus camas.

—Pues háganlo otra vez. No queremos enviar una res que no corresponde, ¿o sí?

—Eso pasó solo una vez—se quejó Santino, y Billy lo fulminó con la mirada.

—¿Crees que eso lo hace una rareza? Pues considera esto: no debió pasar, ni debe volver a ocurrir.

Santino y Monroe intercambiaron miradas, pero asintieron en silencio. Sabían que no podían desafiar la autoridad de Billy, especialmente cuando estaba en este estado de ánimo, pero Monroe no pudo evitar el comentario:

—¿Qué jodida mosca te ha picado, Billy? Nos has tenido en la punta de la montura toda la semana.

—Bah, no hago más que lo necesario para que el rancho no se venga abajo. Hala, a trabajar.

No dio más atención a las quejas, que eran audibles por lo bajo, y desmontó, dejando a *Tripp* atado, para luego trepar a la empalizada de madera y desde allí mirar el trabajo.

No era propio de él quedarse quieto y no colaborar, pero en esta ocasión no movió un dedo y le deleitó ver a Santino, que bajó de su caballo, esforzándose por no resbalar en la bosta fresca de las reses, que balaban a medida que eran apartadas unas de otras.

No podía mantenerse en pie y pretendía conquistar a una dama como Winona. No tenía idea de lo que quería y dejaba que su polla fuera la brújula que dirigía su vida. Tenía que caminar y vivir mucho para volverse un hombre de verdad.

Lo sería, de eso no tenía dudas, porque era buena gente, tenía buena madera. Pero no era lo que la maestra necesitaba.

—Hola, Billy.

La voz suave de Marie lo sacó de su concentración, y devolvió la sonrisa que la veterinaria le dirigía.

—Buenas tardes, Marie. Has vuelto más temprano.

—Pues sí, y es que Rex retorna en breve.

Billy cabeceó. El ranchero había partido hacía dos días, y su esposa e hijos lo echaban de menos. No importaba cuanto sus viajes se espaciaban y cada vez implicaban menos tiempo en Helena y en las oficinas de la enorme corporación que dirigía, eran muy unidos.

—Ese helicóptero suyo ya debe estar cerca entonces.

—Eso creo. ¿Cómo va todo por aquí?

Su mirada curiosa aquilató el trabajo que se desarrollaba en el corral mientras trepaba los maderos para sentarse al lado del capataz.

—Este ganado será embarcado en breve. El remolque no tarda en llegar.

—¿El toro con la herida mejoró?

Asintió. Tener una veterinaria en el rancho, que además era parte interesada en el mismo, era más que útil.

—Tu personal no parece muy contento.

Santino y Monroe estaban agarrados en un intercambio de gritos.

—No les pagan para que estén felices, sino para que trabajen duro.

—Mm. Es que no es el clima habitual, me extrañó. ¿No debería haber más manos colaborando?—La miró, y ella levantó sus brazos—. No pretendo decirte cómo hacer tu trabajo, mis disculpas.

Joder, era un cabrón, no tenía derecho a ser tan brusco con una dama tan encantadora.

—No, Marie, disculpa, es que estoy un poco...

—¿Tenso? ¿Malhumorado?—añadió ella, con una sonrisa, y Billy meneó su cabeza y quitó el sombrero para revolver su cabello con saña.

—Ted mencionó que estabas que mordías, justo esta mañana.

—Convengamos que hay algunos que tocan los cojones a diario. ¡Perdón, una vez más!

Ella miró adelante, quitando el foco de él, por fortuna, pero si creía que iba a tener un respiro, se equivocó.

—¿Y a qué se debe que esta semana estés tan... impaciente, hosco?

—Nada en particular.

—¿Es algo puntual con estos dos? Porque Ted estaba muy ufano de que gracias a que tú tenías tus dientes clavados en los cuellos de Santino y Monroe, él se iba temprano a su casa.

—Nah, son buenos en lo suyo. Un poco bocazas—agregó.

—Pues sabes que, en relación a eso, me llegó un rumor—Marie volvió a mirarlo—. Me

enteré que el viernes anterior estos dos y Matt Sullivan hicieron una apuesta vinculada con Winona. ¿Sabes algo al respecto?

Asintió, y miró al frente.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?—contestó, fingiendo incompreensión, esperando que Marie se fuera.

—¡Por Dios, Billy! Tú estabas, quiero que me digas qué pasó, los términos que usaron. Estabas ahí, eso me dijeron. Me preocupa que algo así traiga malos ratos a mi amiga. Que haya consecuencias desagradables para ella.

—No las tendrá, al menos en lo que yo pueda incidir. ¿Por qué crees que estoy haciendo que estos dos se cansen y no tengan tiempo de nada, como no sea comer y dormir?

—Eso intuí, aunque no estaba segura. Como tú eres tan cerrado en relación con tus emociones.

—No soy cerrado—dijo, mirándola y negando lo que era real. *Niega hasta que lo creas*—. No hay nada para comunicar, y no puedes pretender que haga catarsis en uno de esos brunch que comparten.

—¿Brunch, Billy?—rio, cubriendo su boca con una mano—. ¡Qué sofisticados que estamos!

—El jodido de Ted suele hablar de esos desayunos. ¿Puedes creer que quiere que lo inviten? Un grandulón como él, capaz de domar un toro, interesado en eso—meneó su cabeza.

—Ted no tiene temor de asumir su lado femenino—dijo Marie, lanzando una risita, y él no pudo evitar reír.

Sí, Ted Sullivan no tenía miedo a nada, y lo que otros pudiesen pensar de él le valía madres. En especial si lograba pasar más tiempo con Dakota, que no dudaba era su intención.

—Sin embargo... Volviendo al tema, porque me preocupa... ¿Crees que su afán por lograr una cita con Winona tiene base sólida, o es solo competencia?

—Un poco de ambas. Pero sin duda están atraídos. ¿Cómo no, si ella es...?—se cortó antes de seguir, y encajó sus mandíbulas, furioso por la filtración.

—Es preciosa y tan encantadora. Cualquier hombre se sentiría en el paraíso con ella a su lado, porque además, es lista, divertida.

—Mmm.

—Una mujer por la que algunos no dudarían en sentar cabeza.

Jodida Marie, parecía que le leía la mente, aunque esa idea fuese y viniese en su cerebro, enredada a otras más oscuras y que echaban abajo cualquier posibilidad real.

—Mira a Matt Sullivan, por ejemplo. No dudo de que debe estar interesado, porque sale muy poco de su rancho y no había escuchado que marcara interés por una mujer antes.

—Sí, puede ser.

—Además, fue muy directo con Winona cuando la invitó a salir, y reconoció lo de la apuesta.

¿La invitó a salir? Ese bastardo se había movido como una serpiente en el pasto, pensó, su frustración creciendo. ¿Es que no trabajaban en su rancho?

Maldición, creyó tener las cosas controladas al evitar que Santino y Monroe fueran al pueblo, y el jodido Matt Sullivan tomó la delantera.

Un sentimiento difícil de clasificar hizo que le ardieran las orejas, sus dedos se clavarán en los maderos y sus dientes crujieran. Celos. Lo consumían, no los podía controlar.

Se maldijo a sí mismo por permitir que esas emociones lo dominaran, pero estas no eran lo único que embotaba y llenaba a su cerebro. Las imágenes de la maestra eran recurrentes.

Winona había pasado a ocupar sus pensamientos más que cualquier otra cosa, y la idea de perderla ante la competencia lo llenaba de una furia que apenas podía contener.

Era consciente de que le gustaba, tal vez demasiado. De seguro más de lo que debería. Su mente calenturienta la convocaba por las noches, en la oscuridad, y lo conminaban a tocarse y crear imágenes que lo excitaban sin remedio.

Pero, además, y esto era lo que le inquietaba, su cabeza planteaba otras intimidades. Momentos simples compartidos, como paseos al atardecer, cenas bajo las estrellas, o cabalgatas al atardecer y sin prisa. Esto era nuevo, a diferencia de las fantasías sexuales con la maestra, que no le eran ajenas.

—¿Me escuchaste, Billy?

Miró a Marie y asintió.

—Sí, sí. Bueno, tal parece que el primo de Rex tomó la delantera. Lo noté interesado, sí, aunque algo... El ambiente en el que vivimos y trabajamos es muy machista, y en su caso... Digamos que me pareció bastante chapado a la antigua en sus ideas.

—Rex me ha dicho que es un hombre muy decente y honorable. Eso que me dices es preocupante, más en estos tiempos. Winona parece muy dulce, pero es una mujer moderna e independiente.

—Como debe ser—asintió—. Tal vez no sería mala idea que le hicieras saber esto, para que esté alerta—agregó.

Y deseche la invitación de manera terminante e inmediata, pensó. Tal vez no era mala idea que se diera una vuelta por la ciudad y... *¿Y qué? ¿Sugerirle que suspenda la salida con ese gilipollas?*

—Bueno, no sería correcto, creo yo. Es una mujer inteligente, sabrá qué hacer.

—La gente puede disfrazar sus mañas y defectos—insistió.

—Sí, eso también es cierto. Bueno, no te quito más tiempo. Trata de aflojarte un poco, Billy. Tal vez necesitas distraerte un poco.

—Puede ser—asintió, y la observó marcharse, sus ojos volviendo luego a la tarea adelante, sin verla.

Había considerado viajar a Helena el siguiente fin de semana y gastar algo de energía, dejar sus tensiones fluir en el club, participando en alguna escena, pero... Esto no pasaría. Tenía que estar en New Essex y atender lo que ocurría con Matt y Winona. Y eventualmente, Monroe y Santino.

Suspiró largo y decidió que no ganaba nada quedándose quieto y pensando gilipolleces. Tenía que cansarse si quería dormir y dejar de pensar.

DOCE.

Para el jueves estaba tenso y molesto, y no se toleraba a él mismo. Los demás lo evitaban y las miradas de costado y cuchicheos no se disimulaban. No lo habían visto así antes.

Hasta Wes, que de normal era bastante prescindente de los asuntos que no le concernían, le había preguntado qué le ocurría, y si bien le contestó que nada, eso estaba lejos de ser verdad.

Esto de no saber qué pasaba con Matt y Winona lo tenía en ascuas, y finalmente decidió tomarse la tarde libre, algo que despertó suspiros de alivio y expresiones de algarabía. Jodidos, los tenía mal acostumbrados con su mando flexible.

Condujo su vehículo con velocidad, e hizo sonar su bocina para saludar a la abuela de Dakota cuando pasó por delante de su granja, y repitió el sonido al cruzar el carro de Gina, la esposa de Brad. Había escuchado que el hermano de Rex volvió el día anterior, y supuso que lo vería el día siguiente.

El salir del rancho ya estaba teniendo efectos positivos, pensó. Su tensión disminuía, su malhumor se diluía, y comenzaba a pensar en términos positivos. Este sitio era el mejor del mundo, y él se estaba haciendo mala sangre con tonteras.

Winona era una mujer grande y sabia, se daría cuenta de que esos tres no eran para ella. Además, se recordó, había estado a punto de invitarle a él a una cita, estaba seguro. De no haber sido tan cobarde, sería él quien estaría sentado en una mesa elegante conversando y pasándola bien.

Recuerda también que la dejaste parada sin permitirle decir palabra al respecto, y has esquivado sus intentos por años. La expresión de su rostro cuando la cortó no la había visto antes.

Detuvo su camioneta frente a la cafetería de Marge. Esta hora era tranquila y podría disfrutar de un café sin molestias. Se quitó el sombrero e ingresó, la campanilla sonando fuerte en el lugar semi vacío.

La cabeza de Marge asomó por la puerta que comunicaba a la cocina, y entonces vino a él, limpiando sus manos enharinadas en el delantal.

—Buenas tardes, Marge.

—Hola, Billy, qué sorpresa verte aquí a esta hora, y en un día de semana.

—El rancho está tranquilo y necesitaba algunos productos. Ya sabes, para los animales.

—Oh, pensé que eso lo solía llevar Marie.

—Son muchos animales, Marge. Nunca es suficiente. ¿Qué dices si me preparas una de esas tazas grandes de café y me traes unas rosquillas de esas con jalea?

—Al instante—respondió, y Billy se sentó en uno de los taburetes junto a uno de los mostradores que miraban a la calle.

La escuela estaba a unos cien metros, y tomaría este tiempo para reconsiderar sus opciones. Sería natural que fuese allí a ofrecer sus servicios. La feria se avecinaba, así que probablemente todas las manos eran bienvenidas.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Marge se colocó la bandeja debajo del brazo y recostó su costado al mostrador, y Billy la ignoró mientras daba un sorbo largo a su brebaje y disfrutaba del sabor rico y cargado y la fragancia fuerte. Esto era mucho mejor de lo que bebía a diario, vaya que sí.

—Matt Sullivan invitó a Winona a una cita, gilipollas. ¿Vas a dejar que se te escape así, nada más?

El comentario fue hecho con voz clara y sin inflexiones, sin que la cara de Marge se distorsionara, pero tuvo la contundencia que esta deseaba, de esto Billy no tuvo duda.

Su respuesta fue atragantarse y toser como un condenado, y suponía que cualquiera en su sano juicio actuaría igual.

—¡Por mil cojones, Marge!—tosió más, y se incorporó, y luego tomó una de las servilletas para limpiar las gotas de café que se esparcieron por el mármol del mostrador—. ¿Es que no tienes un pelín de tacto?

—Bah, eso no es algo que me haya caracterizado nunca, y a mi edad, ¿para que comenzaría con ello? Al pan, pan, y al vino, vino, ese es mi lema. Es que no lo entiendo, joder. Esa mujercita es de lo mejor de esta ciudad, no hay otra más adorable, y tú...—rezongó, meneando su cabeza—. Tú eres un tonto, Billy.

—Estamos de acuerdo en eso, no te lo voy a discutir—contestó—. Y también coincido en que ella es una joya. Justo por eso, me propuse no acercarme, no dar alas a una expectativa que no podré cumplir.

—¿Por qué no, hijo? Eres un hombre trabajador, honesto a carta cabal. Bastante guapo. Podrías tenerlo todo, y dejas que se te escape. Ese Matt es algo gilipollas, a mi juicio, pero es un Sullivan y tiene buenas cualidades. Yo mismo aconsejé a Winona que intente conocerlo.

La miró, agraviado, y ella rio, sacudiendo su cabeza.

—¡Ah, pero qué tontos son los hombres! Tú me caes bien, pero ella me cae infinitamente mejor. Merece alguien que la cuide, la quiera, la atesore, y si tú no estás dispuesto, no es justo que pierda el tiempo. ¡Espabílate, Billy! El reloj corre y no espera a nadie—gritó mientras se perdía en la cocina.

Billy suspiró y asintió en silencio. Marge no edulcoraba nada, pero tenía toda la razón. Si él pudiera encontrar el coraje para enfrentar las voces del pasado que le susurraban que no era bueno para ella.

Puedes protegerla, al menos. Advertirle de la apuesta, y decirle que esté con los ojos

bien abiertos. Que le convenía espantar a esos tres. Ella era demasiado mujer y algo ingenua, no podían tratarla como un trofeo en una competencia sin sentido.

Decidido, engulló la rosquilla y a grandes zancadas se acercó al centro educativo, donde ingresó con calma y tratando de evitar que las espuelas de sus botas, que olvidó retirar, alteraran el ambiente.

Al final del largo y ancho pasillo distinguió a Winona con otra de las maestras, y a un grupo de vaqueros que de inmediato relacionó con el rancho de Matt. Enarcó las cejas y se acercó más, lo suficiente para escuchar.

—... les agradecemos muchísimo. Los maderos están en el patio. Si pueden trasladarlos y comenzar a montar la caseta principal sería genial.

—Por supuesto, señora, lo que usted mande. El patrón nos encomendó colaborar en todo lo necesario.

—Es maravilloso, gracias a ustedes terminaremos más rápido y de seguro quedará perfecto—dijo Winona, su voz algo rasposa.

—Si me siguen, les muestro donde está todo—dijo la otra maestra, y el grupo se alejó para salir por la puerta que dirigía al exterior.

Jodido Sullivan, pensó, irritado. Sin duda, sabía cómo rodear de atenciones a una mujer. Winona parecía radiante y mega agradecida ante el gesto del ranchero. Se adelantó e hizo ruido deliberado, y ella lo notó entonces. Para su desconsuelo, su rostro se puso serio.

¿Cuándo, oh, cuándo eso había ocurrido? Nunca. Winona solía mirarlo con una intensidad que lo dejaba sin aliento, con esos ojos verdes tan expresivos que parecían leer su alma.

Pero en ese momento, ella apenas le dirigió una mirada, y Billy sintió un pinchazo de dolor en su corazón. Marge tenía razón. La había cagado. Ya no comandaba la atención de la maestra, tal vez la había perdido en el instante en que actuó como un asno el viernes. O cada vez antes de esa. Sí, debía ser una sumatoria.

¿Era posible que Matt Sullivan hubiese ganado su lugar en tan poco tiempo? ¿Eso pasaba? ¿Era posible? No sabía, joder, lo suyo eran los ligues y la atmósfera controlada del club.

¿Sería que la había perdido por no aprovechar la oportunidad de luchar por ella? Intentó entablar una conversación con Winona, rehacerse.

—Hola, Winona, he escuchado que están buscando ayuda para la feria. Si quieres...

Pero ella asintió distraída, con la mente claramente en otro lugar. La irritación se apoderó de Billy.

—Oh, hola, Billy. Seguro. Puedes ir con los vaqueros de Matt y ver cómo colaborar. Gracias, de verdad.

—A tus órdenes, siempre—agregó, y ella sonrió, y luego se retiró, dejándolo en medio del pasillo, en algo que se pareció mucho a una revancha. Y bien que se lo merecía.

Una oleada de descontento consigo mismo lo invadió. No le gustaba nada la forma en que las cosas estaban cambiando entre ellos, y se sentía impotente ante las emociones que no podía controlar.

TRECE.

El bullicio y el entusiasmo impregnaban cada pasillo y salón, y Winona contemplaba con satisfacción el avance de los preparativos para la próxima feria. Era un evento crucial para la escuela, una oportunidad importante para recaudar fondos y lograr recursos que permitieran brindar mayores oportunidades a los alumnos.

El equipo de trabajo era incansable en lo relativo a proyectos y los insumos no duraban mucho. Renovar era crucial cuando se lidiaba con pequeños que necesitaban colores, texturas, sonidos y estaban ávidos de conocer y aprender.

Sí, organizar algo extra y tan grande como una feria consumía tiempo y energía extras, parte del cual sus colegas retaceaban a sus familias, por lo cual la oferta de Matt Sullivan de enviar a sus hombres para agilizar los preparativos había sido una bendición. Sabía que esto facilitaría las cosas, y aquí estaban.

Hombres grandes y fuertes que ya estaban en el proceso de transportar lo más pesado y armar los stands. Este gesto del ranchero lo había reivindicado ante los ojos de Winona, que se había amigado con la idea de la cita con él, y de hecho, la esperaba con cierta expectativa.

Suspiró y se enderezó, considerando qué hacer. Su grupo estaba en una clase de gimnasia y tenía unos minutos. Justo en ese momento escuchó el sonido de unos pasos y al levantar la mirada se encontró con Billy. La sorpresa de verlo de improvisto y en un espacio que consideraba suyo la clavó en el piso.

La presencia del capataz siempre tenía un efecto impactante en ella, con su aura de autoridad y su porte seguro, eso ya se sabía, y hoy no fue diferente. Sí lo fue su respuesta, porque en lugar de derretirse, se encontró reprendiéndose por reaccionar a él como un cervatillo ante una luz cegadora.

Se había prometido a sí misma no dejarse llevar por sus emociones y no permitir que él ocupara más espacio del necesario en su mente y en su corazón. Era un tema de salvaguardia y de dejar lastres que la ataban a lo imposible.

Así que desplegó una sonrisa de urbanidad, y esperó que él hablara y despejara la intriga por el hecho de que estuviera aquí a comienzo de la tarde de un día de trabajo, cuando seguramente tenía responsabilidades en el rancho.

—Hola, Winona, he escuchado que están buscando ayuda para la feria. Si quieres puedo...

Ahí estaba, la razón detrás de su visita: refrendar lo que Marie y Rex ya le habían dicho, que estaban a disposición. Cumplía órdenes, nada más. ¿Qué creyó, que venía a declararle su amor inquebrantable? *Francamente, Winona, es que eres tan naïve.*

Hizo su mayor esfuerzo por reaccionar con desapego y naturalidad, y no mostrar cómo

la afectaba su voz y la transportaba a fantasías nocturnas.

Lo logró, aunque con esfuerzo, y como creía que lo fundamental para tener éxito en su estrategia de salida de su crush con él era no estar mucho tiempo a su lado, fue breve y escueta en sus respuestas. Asintió, sonrió, y le dio las gracias:

—Oh, hola, Billy. Seguro. Puedes ir con los vaqueros de Matt y ver cómo colaborar. Gracias, de verdad.

Eso, así estaba bien. Hablando con naturalidad, tal como acababa de hacerlo con los vaqueros de Matt. Con desapego, como si Billy no fuera parte de su ... *No es parte de nada tuyo*, se corrigió. Él no era nadie en su vida, salvo una fantasía, un deseo viejo y sin posibilidades.

A tus órdenes, siempre, fue la respuesta masculina, algo cortada, y Winona pensó que no había una frase más irreal que esa. No había *siempre* entre ellos, y ella jamás pudo decir o hacer algo que torciera las acciones de Billy Jackson. Vaya si lo intentó, a su modo tímido y apocado. Cada vez quedó con las manos vacías.

Pero recuerda, Marie te contó que él ha estado haciendo lo necesario para evitar que Santino y Monroe vengan a molestarte con eso de la apuesta. Sí, un gesto amable, y al que no quería dar demasiada importancia.

Probablemente lo hacía para evitar problemas para su gente y asegurarse de que los trabajadores se mantuvieran enfocados en sus tareas. No porque le preocupara ella o sus emociones.

Lo breve no le quitó la impresión de que había un cambio sutil en la actitud de Billy. No podía poner el dedo en el *qué*, pero algo fue diferente en él hoy. Menos firme, más abierto, dubitativo, tal vez, aunque no podía asegurarlo.

Ella actuó con prescindencia para protegerse de la confusión y los sentimientos encontrados que su presencia le despertaba, y tal vez él lo detectó y lo desconcertó. Era factible.

Él se había acostumbrado a que Winona lo mirara como si fuera una persona especial y a recibir atención exclusiva de su parte. El cambio tenía que sorprenderlo. Bien, eso estaba muy bien, consideró. Punto para ella si era así, y si no, poco importaba.

Decidida, caminó en procura de sus alumnos, y se sumergió en el grato trabajo de leer, hacer manualidades, contar, dibujar, y esto apartó pensamientos ingratos de su mente y la centró en lo que era real en su vida.

Como la cita de esta noche. Era un subidón el pensar en comenzar algo, aún sin que esto fuese seguro o tuviese posibilidad de continuación. Solo el hecho de dar un giro a su vida y despegarse de su rutina era un desafío.

Lo normal de sus noches en la semana eran libros y más libros, alguna maratón de series en alguno de los servicios de streaming, música y charlas por WhatsApp. Hoy, esta noche de jueves, empero, tenía una cita elegante con un ranchero atractivo.

Mente abierta y dispuesta a dar una oportunidad a la charla y al hombre. Si no había buena energía entre ambos, de seguro la comida y el ambiente del sitio elegido garantizaban un lindo momento.

Matt había preguntado si las 17 era una buena hora para recogerla, y le indicó que irían a un restaurante muy reconocido de la ciudad que estaba a media hora de New Essex. Winona conocía el sitio por referencias.

Era el lugar donde Rex Sullivan había llevado a Marie en su primera cita, y esta no había dejado de elogiarlo. Así que Winona estaba expectante y necesitaba enfocarse en eso y no en visitas inesperadas e intempestivas que la sacaban de su sitio zen.

A las 16 terminó su jornada y se dirigió a su casa con celeridad. Lo había dejado todo dispuesto, elegida su indumentaria en la mañana luego de muchas consideraciones. No es que tuviese un guardarropa tan extenso, pero quería verse y sentirse distinta.

Una ducha quitó el rastro del cansancio y la grima de pegote y colores de sus manos, y entonces procedió a colocarse los pantalones campana en color marrón claro y la chaqueta a juego con detalles hermosos en costuras y botones.

Debajo, una blusa marrón oscura y ajustada al cuerpo, asimétrica, que dejaba un hombro al descubierto. Se miró con apreciación, y soltó su cabello, que peinó hasta que quedó brillante, y recogió una porción con un broche adelante, para despejar su rostro.

Sus aretes clásicos bastarían, consideró, y luego se abocó a maquillarse con sencillez: bases, rubor, algo de color en sus párpados y pestañas, y brillo de labios. El resultado la dejó muy satisfecha, pero de todas formas tomó una fotografía y la envió al chat de sus amigas. Las respuestas entusiastas no se hicieron esperar, lo que la calmó un pelín.

MARIE: *Wow, Wi, estás muy hermosa*

MARION: *¡Esa gama de colores te favorece muchísimo!*

DAKOTA: *Estás radiante.* 😊

DAISY: *¡Qué bonita mi Winona! Ese vaquero no va a saber qué lo golpeó.* ❓❓❓❓

WINONA: *Gracias a todas, estoy haciendo mi mejor esfuerzo por brillar.*

BETH: *Perfecta, Winona, y tú siempre brillas, amiga. Disfruta mucho.*

Cuando el timbre de su puerta sonó, respiró hondo y tomó su bolso, decidida. Matt Sullivan se acomodaba la chaqueta. Estaba en su estilo, con jeans, sombrero y botas, pero todo era nuevo y caro, la buena sastrería se reconocía.

Tenía, además, un ramo de flores en sus manos, que le tendió de inmediato.

—Buenas tardes, Winona. Traje estas flores para ti. Son del jardín de mi rancho.

—Oh, ¡muchas gracias!—El detalle la deleitó, y hundió su nariz en ella, aspirando la fragancia deliciosa—. No te imagino como jardinero.

—Mm, no, pero Fiona, la señora que gestiona nuestra casa desde que éramos niños,

tiene uno muy bonito, y me preparó esto especialmente para ti.

La sonrisa calma y la actitud relajada que él exhibía calmaron un poco sus nervios, y sonrió sin forzarlo.

—Pues dile que le agradezco. Si me permites un minuto, las coloco en agua y ...

—Aquí te espero—aseguró, sin querer forzar su entrada, lo que la alivió.

Invitar a alguien a su reducto era una decisión que no tomaba con liviandad. Rápida, buscó un florero y acomodó las flores, y se sintió más segura. Este hombre no se molestaría en estos detalles si lo que quisiera fuera un simple ligue y ganar una apuesta absurda.

CATORCE.

La ciudad de Bozeman se ampliaba frente a ellos a medida que el vehículo de Matt avanzaba. Una amalgama de luces y movimiento los rodeó, y el contraste con New Essex fue obvio.

Winona observó la abigarrada red de colores y personas que transitaban, y le trajo memorias de su vida fuera, por Portland, entre otros sitios. Parecía otra vida, lejana, pero ahí estaba, en su memoria.

Le había disgustado vivir allá, perdida la cualidad más íntima de ciudad pequeña y la socialización vuelta impersonal contacto. Se adaptó, por supuesto, pero no le encontró nunca aprecio a la vorágine de las urbes grandes.

Esta no es una gran ciudad, a pesar de que lo parezca con relación a tu medio, y el motivo para estar aquí es pasajero y placentero.

Miró a Matt, que manejaba con una mano en el volante y la otra tocando los botones para regular la música, que había sonado durante el trayecto entero luego de que le preguntó qué tipo le gustaba.

Que estaba preparado era obvio, porque cuando le dijo que el pop y el rock, además del country, las canciones no pararon. Eso contribuyó a distender el ambiente entre ambos, y Winona se encontró hablando del clima, de los amigos comunes que tenían, de sus respectivas labores.

—Espero que el restaurante colme tus expectativas. Me lo recomendó Rex.

—Seguro que sí.

En cuestión de minutos estuvieron frente al local, y Winona sonrió al ver que ya desde el exterior parecía relajado, pero elegante.

Había luces de faroles en el camino de acceso y mucha madera, lo que le aportaba calidez a la fachada, que se complementaba con toques de piedra que agregaban solidez.

—Permíteme que te ayudo con la puerta—dijo él, y bajó antes de que pudiera protestar.

Se encogió de hombros y aceptó el gesto caballeroso, y bajó tratando de no trastabillar en sus tacones, que eran el único detalle de su atuendo que la incomodaba, por falta de hábito.

Él se adelantó un poco para aclarar los detalles de la reserva, y Winona aprovechó para apreciar a su alrededor. La decoración apostaba al tema vaquero, con sus manteles de cuadros, servilletas de tela en tonos tierra y centros de mesa con flores silvestres, y la atmósfera era encantadora.

Había una orquesta instrumental que estaba tocando y tres parejas se mecían morosamente al compás, mientras un número nutrido estaba en sus mesas, servidos por el buen número de meseros que transitaban la sala.

Les acompañaron a la mesa y comenzaron tomando un vino, que regó el festín que vino luego, y que ambos degustaron sin timidez.

Una fiesta culinaria, eso fue, comenzando con la sopa de maíz ahumado con trozos de tocino crujiente, y siguiendo con el salmón a la parrilla con una marinada de miel y mostaza para ella y estofado de venado con verduras de temporada para Matt.

Finalmente, y a pesar de las protestas de Winona, que se sentía a punto de estallar, un exquisito helado de bourbon con nueces tostadas.

—¿Desean algo más? ¿Té, café?

—Un té estaría muy bien—dijo él, y Winona asintió.

—Había escuchado a Marie hablando maravillas de este lugar, y no exageró nada.

—Sin dudas que no. Dime, Winona, y perdona mi franqueza...—él carraspeó—. Me he sentido muy cómodo contigo, espero te haya pasado igual.

Ella asintió. La charla entre ambos fluía fácil, él era educado y culto. Guapo también. No había pensado que habría esa profundidad en él, o al menos esa seguridad y apertura, en algunos temas.

En otros, no estaba tan segura. Cada vez que ella habló de su vida, aspectos muy básicos como trabajo o aspiraciones, él exhibió algo de... No sabía si decir subestimación, pero... Remarcaba los roles femeninos y masculinos, en una manera chapada a la antigua. Sus modales eran algo bruscos, en especial cuando se dirigía al mesero.

—Sí, ha sido un encuentro agradable.

No uno que le volara la cabeza o le pusiera estrellas en las pupilas, o que la hiciera pensar que le permitiría besarla, para ser honesta. *Algo pasa contigo, Winona, porque este hombre es un partidazo, al decir de muchas, Marge incluida.*

—Tal vez quieras venir a mi rancho uno de estos días. Tenemos lugares muy bonitos. Podríamos cabalgar un rato.

—Pues es que voy a estar muy ocupada estos días—señaló, con tacto—. Ya sabes, la feria.

—Mmm—asintió él, y la miró con mayor intensidad, tanto que ella desvió la vista—. De seguro puedes encontrar algún momento para esta invitación, que te dejo extendida. De verdad me interesa explorar esta... conexión.

Ella parpadeó y sonrió, sin responder verbalmente, porque le pareció muy descortés decir de sopetón que no había tal conexión porque faltaba algo... Una chispa, un vínculo emocional más fuerte que el de la conversación cortés alrededor de buena comida.

—¿Te parece si retornamos? Mañana es un día muy complicado.

La hora que siguió fue cada vez más incómoda para Winona, que ya deseaba estar en su casa y no quería mostrar que se sentía frustrada con ella misma por no dar valor a Matt.

Pero no podía fingir que le interesaba, porque no fueron pocos los instantes en que miró a su alrededor pensando que lo único que cambiaría del momento era a su acompañante. Claro que restringió con severidad el pensamiento, que la volvía a foja cero.

—¿Hay algo que te moleste, Winona? No he podido evitar notar que estás más distante. Si hice algo que te fastidió...

Negó con énfasis. ¡Qué rudo de su parte, evidenciar ante su cita su falta de entusiasmo con una cara larga! Totalmente inmaduro, se reprochó.

—Para nada, Matt. Ha sido una noche hermosa. El lugar, la comida, la música, divino.

—Para mí lo fundamental fue la compañía—señaló él, mientras torcía el volante para estacionar frente a su casa.

Winona tragó saliva y se odió por ser tan quisquillosa y empechinada en sueños sin futuro.

—Eres un hombre encantador, Matt, pero el caso es...—tragó saliva—. No siento que haya mucha química, es decir... Creo que los temas de los que podíamos hablar quedaron saldados hoy. Tal vez es mi impresión—se apuró a agregar cuando vio su rostro desconcertado.

—Bueno... En mi cabeza la cita fue mejor, al parecer—se mesó la cabellera—. Me pareces una mujer muy hermosa y dulce.

—Gracias, de verdad. Tú eres muy guapo y tienes cualidades brutales que...

—Otra va a apreciar más, supongo que es lo que vas a decir—señaló él, y ella pareció achicarse en el asiento, deseando que la tragara la tierra, pero a la vez diciendo que hacía bien, porque no podía dar falsas esperanzas—. ¿Es que alguno de esos vaqueros se me adelantó?

—¿Quién?

—Santino o Monroe.

—Oh, no, no, para nada. No los he visto, ni me interesan. Ese es tal vez el quid, creí que podría encarar esto de las citas con determinación, pero...

—Mira, no te inquietes, lo entiendo y no pasa nada, de verdad.

—¿En serio? No quiero parecer una desagradecida, pero...

—¿Por qué sería así? Si estás pensando en mis vaqueros ayudando en la escuela, olvídalos. Irán las veces que sea necesario, y no es condicional, lo prometo. Te agradezco la sinceridad, aunque confieso que... No te tenía tan frontal y decidida. Normalmente es el hombre el que...

—Matt, deberías comenzar a pensar un pelín más sobre tus visiones de los roles de género—dejó fluir sin intención de molestar—. Varios comentarios tuyos parecen un poco... Fuera de época.

Él elevó una ceja, y torció la cabeza.

—Me dejas algo en qué pensar. No es la primera vez que me lo dicen. No lo hago desde

una postura de machismo consciente, lo juro.

—La tradición y la crianza pesan mucho. Bien, no te quito más tiempo. Fue una noche muy agradable, te lo aseguro.

—Punto para mi organización, entonces, aunque lo de la repetición parece fuera del tablero. Buenas noches, Winona.

—Buenas noches, Matt.

Cuando estuvo en su sala, suspiró, y se quitó los talones, aliviada. *Fue una buena noche, se dijo. Saliste, te diste la oportunidad de hablar largo y tendido con un hombre. Sería más que afortunado que el primero con el que cenas fuera el que le pondría la tapa a tu crush con Billy. Estas cosas toman tiempo.*

QUINCE.

Billy se sentó a la mesa en la casa principal del rancho un poco más temprano de lo habitual. Rex y Marie no habían terminado aún de poner la mesa y la comida estaba calentándose en el horno, por lo que esta vez sí fue aceptada su oferta de ayudar.

Nada especial, solo cortar un poco de lechuga y disponer otras verduras en respectivas bandejas. Lo hizo sin hablar, porque su ánimo estaba gris, tanto como el cielo nocturno de hoy, sin estrellas a la vista.

—Ey, ey, vaquero, calma, que esa pobre lechuga no te ha hecho nada—le dijo Marie, sonriente, y lo envió a la sala.

Se sentó a la mesa y comenzó a hacer los honores a la comida, en especial la carne asada, que estaba exquisita, y procuró seguir la charla entre los esposos, pero sus intervenciones fueron con monosílabos y gestos.

Sentía los ojos de los dos sobre él, y no dudaba de que se preguntaban qué le ocurría. Su persona era de normal abierta, divertida, no esta parca versión, pero un hombre tenía derecho a tener sus momentos y épocas, creía él.

Se le iba la cabeza a la charla de la tarde, una que más pareció un monólogo, porque Winona había actuado con bastante indiferencia y desapego. Joder, eso le había dejado mal, se sintió... Herido.

Déjate de sensiblerías baratas, Billy, o mejor, ¡jódete! Así debió sentirse Winona cada vez que tú fuiste un cateto con ella.

—¿Está la carne a punto, como te gusta Billy?—inquirió Marie, y cuando levantó sus ojos encontró los inquisitivos de la veterinaria fijos en él, y asintió.

—Por supuesto que lo está—gruñó Rex—. Y de no ser así, no diría una palabra. Tiene la suerte de que lo invites a una cena gourmet todas las semanas. ¿En qué otro sitio lo tratarían así?

—En ninguno—asintió, y dejó escapar una risa irónica—. Aunque la atención mejoró ostensiblemente cuando llegaste, Marie.

Esta lanzó una risa divertida y tomó la mano de Rex entre las suyas, que le devolvió el apretón. Joder, lo que esos dos se querían era tan obvio en gestos tan pequeños.

La vida de Rex giraba en torno a ella y sus hijos, y en segundo lugar venía lo demás. Quería algo así. La idea, nunca expresada con tanta firmeza, fue como un sacudón mental.

—Oye, Billy, no lo tomes como una intrusión, pero te noto distinto. Más serio, menos jovial... ¿Te pasa algo?

Si le pasaba algo... Vaya que sí. Estaba inmerso en una calesita de pensamientos y emociones que le resultaba difícil de procesar.

Su vida normal era simple. Levantarse, cabalgar, trabajar con el ganado, beber, follar... No esta... Esta mezcla rara de memorias dolorosas, deseos frustrantes y anhelos, además de decepciones que lo tenían todo enredado.

El golpe en la puerta le evitó responder, y Rex resopló molesto.

—Adelante—gritó, y el que entró fue Monroe, haciendo un gesto de saludo.

—Rex, necesito ir a la ciudad.

—Pues ve, ¿quién te lo impide?—rezongó Rex, y los ojos de Monroe se deslizaron para mirarlo con la misma expresión con la que un niño se quejaba ante un adulto de otro que lo hostigaba, o algo así.

—¿Terminaron de engrasar las riendas y remendar las monturas pequeñas?—intervino, su vista clavada en Monroe, que estaba disfrutando, el idiota.

Como si a Billy le valiera madres lo que Rex le dijera en este tema. El patrón era Sullivan, pero tenía confianza ciega en él, y le dejaba manejar a los hombres. Algo que no estás haciendo bien estos días, que los has tenido en un castigo constante.

—Wes se ofreció y...

—¿Desde cuándo delegas tu tarea?—le espetó con más dureza de la necesaria, lo que provocó un silencio incómodo en la mesa.

Se arrepintió de inmediato. La vergüenza se sumó a la lista de emociones que le atormentaban. No podía permitirse estallar de esa manera con los otros trabajadores del rancho, no era justo que se desquitara con ellos.

—Seguramente a Wes no le importa, y somos conscientes de que han trabajado extra estos días—señaló Marie con tacto en su tono, procurando superar el momento tenso, y a la vez haciendo notar que no pasó por alto que tuvo a Santino y Monroe muy activos.

—Gracias, Marie. Rex ¿está bien si voy, entonces?—insistió Monroe.

Rex miró a uno y otro, un poco desconcertado, y finalmente indicó con su barbilla hacia Billy.

—Tú decide, eres la autoridad.

Billy asintió y luego de unos segundos, cedió

—Está bien, pero mañana temprano hay que trabajar con los Mustang.

Después de todo, ¿qué haría Monroe en la ciudad que afectara a Billy? Winona estaba en una cita, consideró, y la idea le generó malestar.

Su autorización distendió el rostro de Monroe, que probablemente esperaba una negativa cerrada, y Billy se forzó a mostrar una semi sonrisa mientras el vaquero se despedía y salía de la estancia.

No podía pelearse con la gente con la que trabajaba, a la que estimaba, por razones idiotas que solo estaban en su cabeza y tenían que ver con asuntos personales. Suyos, no de los

demás.

—¿Qué cojones fue eso, Billy?—rezongó Rex, pero esta vez su respuesta fue evitada por el sonido que emitió Marie, como un hurra, que se complementó con un aplauso entusiasta.

Ella tenía su mirada fija en su móvil, que por una vez estaba a su lado y no en una de las repisas, como era habitual cuando se cenaba.

—¡Disculpas, pero estaba esperando esto! Una de mis amigas tiene una cita esta noche, y estamos muy pendientes.

—¿Oh? ¿De quién hablamos? ¿No me digas que Beth...?—Rex levantó una ceja, y Marie negó, con una sonrisa.

—Nah, aún no, pero ya llegará. Es muy exquisita. No, es Winona. Tu primo Matt la invitó a cenar, ¿es que no te lo dijo?—ella frunció el ceño—. Tenía entendido que te llamó ayer, y supuse... Me olvidé de preguntarte luego.

—Matt, ¿eh? Pues sí me llamó y me pidió sugerencias sobre algún restaurante. No mencionó a su acompañante. Le recomendé el nuestro—indicó, mirando a Marie, que asintió alegre.

Billy encajó sus mandíbulas con decisión, no queriendo demostrar el malestar que sentía. Ese jodido ranchero, preguntando por sitios románticos y caros para impresionar a Winona.

Como si ella fuese tan simple como para dejar pasar sus chauvinistas formas porque la llevara a beber vino caro y comer porciones minúsculas.

—Es que está perfecta, miren—dijo Marie, y no le dio otra chance que la de mirar, porque giró la pantalla para mostrar la fotografía.

Claro que estaba perfecta, pensó, sus ojos pegados a la imagen, adelantándose para ver mejor de manera impensada. Con un pantalón y chaqueta, tacones, su cabello hermoso y suelto.

Tan elegante y femenina, frágil y rotunda a la vez. Ese gilipollas de Matt iba a disfrutar de su compañía y de su belleza, consideró, y un leve dolorcillo en el abdomen le indicó que esta idea no le hacía nada bien.

—Ese restaurante al que la va a llevar es hermoso. Ideal para una primera cita. Algo romántico, con buena música y comida—Marie echó sal en su herida—. Matt es un buen hombre, podría ser el candidato perfecto para Winona.

El comentario aumentó la frustración de Billy, que se retorció internamente, lamentando haber dejado escapar la oportunidad de invitarla.

Debería haber sido él quien la tomara del brazo y la guiara al interior de un restaurante, o quien la invitase a bailar. *No eres tú porque fuiste un cobarde infeliz*, se dijo con aspereza.

—Es un poco mayor para ella, ¿o no?—dijo, porque quería cortar la burbuja en la que estaban, donde las alabanzas a Matt ya se adivinaban.

—Pues no lo creo—intervino Rex—. A sus treinta y ocho, es el candidato ideal para Winona. Ella superó los 30 hace poco, ¿o no, Marie?

—Tiene 32 sí.

—Oh... Creí que...—Billy entrecerró sus ojos, sorprendido ante la revelación.

Por alguna razón había asumido que Winona era bastante más joven, quizás alrededor de los veinticinco años. Lo suyo era una tontería tras otra, decidió, dando tanto por sentado.

Uno de los argumentos en su cabeza para rechazar la idea de acercarse a ella había sido la diferencia de edad. Hete aquí que él, con sus treinta y seis, era menor que el jodido Matt Sullivan.

Y ella estaba con él ahora mismo, explorando la posibilidad de una relación. Esto lo hizo sentir más desplazado y fuera de lugar. No podía comer más, ni tolerar más charla, decidió, y por ello se incorporó de golpe.

—Billy, ¿qué...?

—Marie, Rex, gracias por la cena, estuvo deliciosa—indicó, muy tieso, y extendió una sonrisa mecánica, dejando atrás la casa principal. Miró hacia la vivienda de los vaqueros y vio que el vehículo de Monroe no estaba.

Deambuló un rato por los galpones y caballerizas, tomó unos cuantos minutos para cepillar a Tripp y darle más avena. Se paró en medio del patio central, en la oscuridad, y trató de forzarse a irse a dormir, pero... No solo sabía que no lo iba a lograr, sino que la ciudad lo llamaba.

Finalmente, decidido a sacudirse el peso de las incógnitas, dejó el rancho y se dirigió al pueblo. Condujo con cuidado, sin acelerar la marcha, sabedor de que lo que le interesaba averiguar demoraría.

Una vez en la población, dudó que hacer, para luego decidirse por entrar en la taberna, que estaba animada, aunque no repleta. El clima perfecto para beber sin prisa y pasar el tiempo, pero ver a Santino y Monroe lo detuvo.

Había sido un bastardo con ellos, y lo único que lograría aquí era confrontar, porque a más bebida, más se inflarían sus ánimos y sus ganas de decirle cuatro o cinco cosas que Billy sabía que se merecía.

Así que retrocedió y se dirigió a su vehículo, reacio a ir a otro bar. Era un hombre de costumbres, qué se le iba a hacer.

DIECISÉIS.

Manejó por las calles de la ciudad, sin un rumbo establecido, perdido en sus pensamientos, hasta que se encontró frente a la casa de Winona. Allí se detuvo, observando el edificio con una mezcla de anhelo y resignación.

Decidió esperar un tiempo. La curiosidad y el deseo de saber le estaban jugando malas pasadas, y las imágenes que se le cruzaban no eran nada alentadoras. Pasó casi una hora, y cada minuto se le había hecho eterno y le hizo considerar opciones desagradables. ¿Qué tal si él la llevaba a un hotel? ¿O a su rancho?

Cuando finalmente las luces de un vehículo que aminoraba la marcha anunciaron la llegada de Winona, Billy suspiró aliviado, para luego contener la respiración.

Estaba a unos cincuenta metros, sus luces apagadas, en un trecho no iluminado de la calle, por lo que no había posibilidad de que ella le viera. ¿Cómo justificaría el estar al acecho? Sus dedos tamborilearon sobre el volante, nervioso y molesto.

Transcurrieron unos minutos en que nada pasó, o al menos nada visible para él, que no distinguía ni siquiera formas adentro del vehículo, lo que intensificó su molestia. Matt podría estarla besando, estrechándola entre sus brazos, y él como un imbécil miraría de lejos.

Pero entonces las portezuelas se abrieron y la figura de Winona emergió, recortada contra las luces de la fachada del edificio. Billy se adelantó, y su mirada se llenó de ella, deleitándose al ver en directo a la hermosa mujer que se le estaba escapando como agua entre los dedos.

Sintió enorme alivio al ver que se despedían sin gestos de afecto. El temido beso que Billy pensó que tal vez tendría que soportar, no existió, y Matt se dio la vuelta para dirigirse a su carro, desde el que se despidió de Winona con un sonido de claxon.

No hubo invitación para entrar a la casa, y eso jugaba a su favor. No sabía cómo había ido la cita, qué pensaba Winona, pero al menos, no habían avanzado, y él podía todavía intervenir.

Esperó unos minutos, pero luego tomó dirección al rancho. Aunque el alivio lo acompañaba, el peso de sus emociones seguía presente, y esto no se modificó al llegar a su casa, y acostarse.

La noche pareció deslizarse con extrema lentitud, y la cabeza de Billy se perdió en un laberinto de pensamientos que giraban en torno a Winona. Sus párpados se negaban a cerrarse, sus ojos buscaban respuestas en el techo oscuro de la habitación, pero solo encontraban más preguntas.

¿Qué quería con ella? Debía tenerlo claro, porque era la clave para accionar. Que verla con otro le pegaba muy mal, estaba comprobado. Que la deseaba y solo fantaseaba con ella,

también.

¿Cuánto hacía que no follaba? ¿O hacía una escena con una sumisa dispuesta? Mucho. Por otro lado, ¿deseaba ella algo de él, o con él? Eso podía ser un problema.

Durante mucho tiempo, Billy había mantenido sus sentimientos cuidadosamente guardados, sepultándolos bajo capas de racionalización y autoengaño. Convencido de que una relación entre ellos sería más un naufragio que un puerto seguro, se había contentado con la admiración silenciosa, presente pero no expresada en palabras.

Sin embargo, los comentarios en apariencia inocentes de Marie habían sembrado una semilla de duda en su mente. ¿Acaso había dado por sentado demasiado? ¿Había subestimado el alcance de lo que Winona sentía por él?

El entusiasmo de las amigas por esta cita no podría más que ser producto del que sentía la protagonista. Pero no lo besó, no lo invitó a su casa, se animó.

La primera luz del alba filtrándose por la ventana le encontró sentado en la cocina, con una taza de café entre sus manos. El vapor ascendía, formando volutas que se perdían en el aire, como los pensamientos que lo consumían.

En el silencio apenas roto por algunos trinos y mugidos lejanos, una verdad se apoderó de él. Quería conquistar a Winona, y no solo en un sentido superficial. No solo su cuerpo sino todo lo que ella representaba. Quería sus sonrisas, sus secretos compartidos, sus diálogos íntimos.

Pero reconocer ese deseo venía con una carga pesada. Se culpaba a sí mismo por haber sido tan ciego, por no haber visto el tesoro que tenía frente a sus ojos durante tanto tiempo. Ahora, enfrentaba una competencia real en la forma de Matt, y sabía que tendría que luchar con uñas y dientes por lo que quería.

El tiempo se convertía en su enemigo, pero Billy estaba decidido a desafiarlo. Lo que sentía por Winona no era solo un capricho pasajero, sino un anhelo profundo que resonaba en el núcleo de su ser.

Y aunque el camino hacia ella tuviera obstáculos, estaba decidido a recorrerlo, paso a paso. *Anda, jodido, déjate de dramas, y concéntrate en trabajar.*

Iba a ser un día magnífico, pensó, mirando el horizonte mientras ensillaba a Tripp. Con un gesto de cariño, palmeó el cuello del caballo antes de acercarse a los vaqueros que ya se preparaban para partir hacia las pasturas.

Sintió sus miradas furtivas y una atmósfera algo densa, y se dijo que no era nada más que lo que había sembrado con su pésimo carácter. Y sus celos, por qué no admitirlo.

Le tocaba desarmar lo que había hecho, por lo que sonrió y dio los buenos días con calma, comenzando a preguntar tonteras que de a poco distendieron los ánimos.

A medida que la mañana avanzó, la habitual camaradería se reinstaló, y los vaqueros se

sintieron más confiados. El que recargara a Wes y los otros de tarea, y dejara las más livianas para Monroe y Santino colaboró.

Hacia el mediodía las cosas parecían saldadas, para alivio de Billy, que aceptó de buen grado las chanzas acerca de su edad y su humor y las sugerencias de que estaba atravesando la menopausia. *Andropausia*, había corregido Wes, que era muy lector, y los otros festejaron.

Cuando Monroe mencionó la apuesta, Billy aguzó el oído. El vaquero se enteró de la cita entre Winona y Matt Sullivan gracias a un comentario escuchado en la ferretería de la ciudad, la que gerenciaba Daisy, amiga de Winona.

—Así que el jodido ganó—rezongó Santino, y Wes rio y le palmeó la espalda.

—No lo ibas a hacer tú, niño. No tuviste nunca oportunidad.

—Pues, ¿cómo íbamos a tenerla? No pudimos ir a la ciudad en toda la semana—se quejó, y miró de reojo a Billy.

Billy se sintió observado, pero no dio trazas de percatarse de la velada acusación.

—Casi como si nos estuviera frenando alguien con intereses creados—dijo Monroe, y cuando Billy le miró, vio que sonreía como el gato que se comió al ratón, esperando su reacción.

—¿Qué significa eso? Detesto cuando haces esas frases largas y sin sentido—se quejó Santino, y Wes se rio, meneando su cabeza.

—Tú estás interesado en Winona, ¿no es así, Billy?—lo confrontó Monroe.

Tragando saliva, Billy se detuvo un momento, tomó aire y asintió con resignación, aceptando la realidad que se le presentaba. Qué día, joder.

Primero, aceptarlo ante sí mismo, y acto seguido, a sus vaqueros. A este paso, desnudaría su alma al atardecer frente a toda la ciudad de New Essex.

—Ah, pero no lo puedo creer—dijo Santino, y su expresión de agravio fue tan graciosa, que todos rieron.

—Un bastardo manipulador, eso eres—murmuró Monroe, sacudiendo la cabeza, pero sus palabras carecían de peso—. Y me corto una mano si eso que te tenía con un carácter de mil cojones no eran celos.

Wes, con los ojos entrecerrados, miró a Billy con una expresión enigmática.

—Lo he creído siempre. Espero que no te hayas despertado tarde.

—Eso espero yo también—respondió Billy con una sonrisa forzada, tratando de no dejar fluir sus emociones.

No tenía todavía todo tan claro como quisiera, y sabía que sus prejuicios y memorias aflorarían aquí y allá para hacerle el camino complicado.

—Bueno, se acabó el recreo—indicó, montando a Tripp de un salto—. Los Mustang no vendrán solos.

—Yihaaa, sí, señor—gritó Santino, haciendo que su caballo se elevara sobre sus dos

manos, y los otros tres sacudieron sus cabezas, pero hostigaron a sus caballos para alcanzar al más joven, que partió a la carrera.

A medida que avanzaban, el frío de la tarde se infiltró en sus huesos, pero la claridad del cielo despejado llenaba el paisaje de una belleza sobrecogedora. Los vaqueros montaban con habilidad, recortados contra la silueta lejana de las imponentes montañas que se alzaban en el horizonte, bañadas por la luz dorada del sol naciente.

El aire fresco y nítido llenaba sus pulmones mientras avanzaban por el terreno ondulado, siguiendo el lento ritmo del ganado que pastaba a su alrededor.

A pesar de la tensión que aún persistía entre ellos, Billy se permitió un momento de paz y asombro ante la majestuosidad de la naturaleza que los rodeaba.

El viento susurraba entre los árboles dispersos, llevando consigo el aroma fresco de la hierba. A lo lejos, el canto de los pájaros se elevaba en el aire cristalino, como una melodía que celebraba la vida y la belleza del mundo que los rodeaba.

Todavía con preocupaciones, Billy no pudo evitar sentir una sensación de calma y gratitud mientras cabalgaba junto a los vaqueros, unidos por el propósito común del trabajo.

Bajo el vasto cielo azul y rodeado por la serenidad de la naturaleza, encontró un respiro de paz en medio del caos.

Ya llegaría la noche y el momento de tomar decisiones y determinar cómo enfocaría su embestida para recuperar el favor de Winona y convertirlo en fervor. Solo para él.

DIECISIETE.

—Rex, necesito hablar contigo. ¿Es un mal momento?—dijo Billy, sentado en uno de los sillones de la casa principal.

Su voz firme no escondió su vulnerabilidad, pero no le importó. Había una larga historia de confianza y la camaradería entre ellos, y su patrón era el único en el que pudo pensar al momento de considerar una conversación franca y directa que despejara dudas y diera perspectiva.

Rex asintió con seriedad, sus ojos fijos en el rostro preocupado de su capataz.

—Por supuesto que no, Billy. Sabes que puedes confiar en mí, y en lo que te pueda ayudar, cuenta conmigo.

Billy tomó un respiro antes de abordar el tema que lo tenía desvelado, literalmente, porque ya iban dos noches en que le daba vuelta a las cosas. Pensar y masturbarse eran las únicas actividades a las que dedicaba energía mayor estos días en sus horas libres. Winona estaba en la base de las dos.

—Es sobre... Bueno, necesito permiso para retirarme temprano hoy—admitió Billy, desviando la mirada, pero luego volvió a enfrentar la de su amigo y patrón.

Rex arqueó una ceja, su expresión una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Algo en particular que necesites hacer y que sea grave o urgente?

Billy se removió incómodo en su asiento, buscando la manera de explicar.

—Es solo que... He estado lidiando con algo... Tengo mucho en mi cabeza, francamente, y necesito tiempo para aclarar mis pensamientos—confesó, su voz un susurro en la habitación silenciosa.

Rex lo observó con atención, probablemente tomando nota de la tensión que se reflejaba en los hombros de Billy, y en sus ojeras.

—Debo decir...—carraspeó Rex—. Te he notado más parco, más presto a estallar por minucias. Menos dispuesto a la tolerancia. En definitiva, menos tú—comentó, su tono suave pero cargado de preocupación genuina—. ¿Es por ese asunto de Winona?

Billy se pasó una mano por el cabello, asintiendo con resignación, y resignado.

—Parece que todos lo saben—murmuró, sintiéndose expuesto bajo la mirada penetrante de Rex.

El patrón soltó un suspiro, inclinándose hacia adelante con gesto comprensivo.

—La gente suma dos más dos, Billy. Los hechos son obvios—señaló, su voz llena de empatía—. La novedad de la apuesta corrió rápido, y tu actitud con Santino y Monroe cambió del día a la noche al día siguiente. Además, si te hubieras visto durante la cena el otro día—Rex rio, y luego elevó sus brazos, en muda disculpa—. Es que parecías un niño mirando dulces en un

escaparate. Tus ojos casi se salieron mirando la foto que Marie mostró, y cuando escuchabas sobre el restaurante, fingiendo que no te importaba. Eres un actor terrible—concluyó.

Billy se pasó una mano por la barbilla, reflexionando sobre las palabras de Rex.

—Nunca me jacté de lo contrario, aunque no pensé que fuera tan obvio—suspiró—. El caso es que estoy en una encrucijada—admitió, su voz cargada de incertidumbre—. Por años viví con la convicción de que lo mío eran la soledad y la diversión liviana. Rechacé la idea del compromiso como a la peste, y aquí estoy, dándome cuenta de que me equivoqué. Bastó que ...

Rex lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Bastó que otro quiera quedarse con tu juguete para que te dieras cuenta de que no jugabas con él, pero siempre lo quisiste y lo creíste tuyo—dijo, su voz firme pero amable—. Esto debe analizarse bien, Billy. A veces el orgullo nos juega malas pasadas. No sería bueno que este te empuje a hacer algo que lamente y la lastime.

—Nunca la dañaría—aseguró Billy, su mandíbula apretada con determinación—. He estado pensado mucho, y tomé una decisión. Por eso necesito salir, y tal vez mi trabajo esté un poco afectado en los próximos días, pero te prometo que lo compensaré.

—No digas más. Tienes días acumulados que no has querido tomar. Wes se encargará de todo cuando no estés. Dejemos a Ted, porque con el parto en ciernes... No va a prestar atención a nada más. Y lo entiendo. Ve, haz lo que sientas que debes—Rex le ofreció una sonrisa de apoyo—. Mi vida cambió cuando acepté que Marie me había dado vuelta el mundo, y no me arrepiento. Te deseo lo mismo.

—Gracias. Tengo mucho por compensar, me temo. Y a tu primo por desbancar, porque está en mi camino.

Rex asintió.

—No tiene chance, eso creo.

Billy salió del rancho con determinación palpable en cada paso. Tenía mucho por hacer, o más bien, mucho por rehacer. Durante años, había mantenido una actitud de indiferencia y distanciamiento hacia Winona como una forma de protegerse de la tentación que representaba. Se consideraba indigno de un futuro junto a ella, y por eso se había mantenido alejado.

Pero esta semana había sido reveladora, en muchos sentidos. La conclusión, luego de mucho análisis, era clara: iba por ella. Sin embargo, necesitaba una estrategia cuidadosa para acercarse a Winona, para sincerarse con ella y ver si aún había una oportunidad entre ellos.

Decidió que lo primero era tantear el terreno.

Estaba preparado para enfrentar la posible resistencia de Winona, pues debía estar reacia y herida, como una yegua arisca que necesitaba ser domada con paciencia y sabiduría. Y por Dios, estaba dispuesto a hacerlo. Incluso le excitaba la posibilidad, lo reconocía.

Winona merecía ser tratada como una reina, y ahora que había sacado la cabeza de su

propio trasero, estaba decidido a hacer precisamente eso. La incógnita de base era si ella aún estaba interesada en él, si quería tenerlo cerca y explorar una relación, o si el maldito Matt Sullivan lo había desplazado como centro de atención en la vida de la maestra.

Él no paraba de pensar en ella, y lo hacía con cada parte de su cuerpo. Sus dedos anhelaban hundirse en su cabello, peinar esa mata cuasi dorada y colarse por el cuello de su camisa, para tocar la piel que adivinaba de seda. Se obsesionaba con la manera en que su mente traía la imagen de sus labios.

¿Cómo se sentiría besarla? De seguro maravilloso. La fragancia que lo envolvía cuando estaba cerca lo obsesionaba, y como un hombre sin mucha afinidad por los olores fuertes, atesoraba ese sutil y envolvente que era sinónimo de Winona. Cuando su cabeza se obsesionaba con sus curvas y las porciones secretas de su anatomía, empero...

Ahí se perdía toda razón, y eran él y su mano en una cita permanente por las noches, corriéndose con ese rostro que estaba pegado a sus retinas y con la ficción de su voz gritando por él. Lo tenía loco, en definitiva, y la posibilidad de perderla era nefasta.

Estaba convencido de que los años de represión de emociones y deseos reales y puros hacía que estos estallaran famélicos y quisieran saltarse todo protocolo. Pero no podía.

Tenía que hacer algo inesperado, y significativo, pensó. Pero, ¿qué? Joder, nunca había sido bueno con los regalos. *Cómprale algo que la represente, que adore. Hazle una ofrenda de paz que sea introducción a la relación que deseas.*

Eso era fácil de pensar, mas el *qué* elegir se le escapaba. Sí sabía que no tenía que ser un gesto grandilocuente. Lo intuía por años de verla y escucharla.

Decidido a abrirse ante aquellos de su entorno que podían ayudarle, sabedor de sus debilidades, no dudó en buscar ayuda. No podía equivocarse, no más, si apostaba a recuperar la confianza e interés.

Luego de considerar opciones, se inclinó por comenzar por quien, a priori, podría considerarse una elección reñida con la lógica. Marge no formaba parte de ese círculo cercano que eran las amigas del brunch, como llamaba Ted.

No obstante, la mujer era mayor y conocía bien a todas, Winona incluida. Las quería y las trataba como una madre postiza, por lo que no dudó de que tendría consejos que darle. Creía contar con algo de su simpatía, y rogaba no equivocarse, pero si debía tolerar sus maneras y dichos nada edificantes, porque podía ser muy, muy directa, que así fuera.

Con paso rápido se dirigió hacia la cafetería, su pecho una mezcla de nerviosismo y determinación. Encontró a Marge ocupada limpiando una mesa, y luego de una brevísima vacilación, se acercó a ella, con el sombrero Stetson en la mano.

—Marge, buenas tardes—saludó, su voz menos firme y exenta de emoción de lo que hubiese querido. Joder con su corazón, se le estaba apoderando de todo. Debía parecer patético.

Siempre se había enorgullecido de su serenidad. Las cosas cambiaban, y cómo—. Necesito tu ayuda.

Ella lo observó con curiosidad, dejando los implementos de limpieza a un lado y llevando sus manos a las caderas. Había severidad en su expresión, pero debió verlo en un estado que no ameritaba un combate verbal, porque suavizó su faz y las finas líneas de su piel se hicieron más visibles al sonreír.

—Miren a quien tenemos aquí, Billy Jackson. Buenas tardes para ti, también, vaquero. ¿Qué es esa cara de velorio que traes, eh? Y, ¿dices que necesitas mi ayuda?—Inclinó levemente la cabeza—. Bueno, bueno... ¿Qué es lo que te está pasando, mi querido?—preguntó, sus ojos brillando de curiosidad.

—Estoy en una... disyuntiva. O mejor dicho, tengo un problema... Uno que yo generé... Joder, esto es difícil—gruñó, fastidiado consigo mismo porque no lograba verbalizar lo que quería ante la mujer que le miraba con ojos entrecerrados.

—Bien, un problema que tú creaste. ¿Ese... *problema* tiene nombre?—inquirió, y él asintió.

—Winona.

Marge agrandó ahora sus ojos, y luego sonrió abiertamente, asintiendo.

—Ah, sí, sí. Confieso que no vi venir esto, pero me encanta. Y sí, no me mires con esa cara seria, vaquero. Has hecho el tonto por años, cuando tenías la solución a esa vida solitaria que llevas a la mano. Porque tú eras consciente de que tenías la simpatía de esa chica tan dulce—dijo, su dedo índice levantado casi en acusación.

—La clave aquí sería ese verbo en pasado. *Tenía*—dijo, procurando evitar la diatriba y concentrar a Marge.

—Los hombres son tan previsibles—dijo ella, sin prestarle atención—. Como creías tenerla segura, la mantuviste a distancia. Ahora que ella levantó vuelo y te ha dejado atrás, no te muestras tan seguro de ti, Billy. Bien, me gusta eso—dijo, seria.

Joder, sí que era amarga. Pero lo merecía, así que encajó sus palabras.

—No soy tan seguro como aparento, o al menos no lo soy en esto que quiero intentar—confesó con sinceridad, bajando la mirada por un momento—. Sé que he cometido errores con Winona, pero quiero hacer las cosas bien esta vez.

La risa de Marge sonó cascada y deleitada.

—Por fin, vaquero, he estado esperando a que veas lo que tienes enfrente. ¿Cómo te dejaste adelantar, si esa mujercita es perfecta para ti?

El suspira y mira a un costado.

—Prejuicios. Mi vida... Mi historia... Creí no ser adecuado, en resumen. Tal vez no lo soy, eso decían mis padres y... En fin. La realidad me hizo dar cuenta de que prefiero intentar ser

adecuado con ella, fallar y redimirme, que perderla. Es tan absurdo...—meneó su cabeza—. La he observado por años.

—Lo que importa es que tomaste una decisión proactiva. ¿Qué vas a hacer?

—Necesito tanto consejo como sea posible. Pero pensé que lo primero es disculparme con sinceridad y sincerarme. Un obsequio ayudaría a suavizar el momento, supongo, pero no sé qué puede ser. No quiero nada grandilocuente o excesivo. Un detalle, algo que sea sensible, que atienda a lo que le gusta.

—Winona es una mujer increíble, y estas suelen ser de gustos sencillos, lo has pensado bien. No hay nada como el azúcar para endulzar, y resulta que acabo de sacar del horno las rosquillas que ella adora. Cuando queremos conquistar a alguien, hay que ir al corazón, y el camino a este está hecho de sabores, de olores, de momentos.

—Eso suena muy inteligente—indicó, más animado.

—Por supuesto que lo es, lo digo yo—se jactó la mujer—. Ven, te prepararé un empaque especial. Pero después de entregarla, la responsabilidad de jugártela y abrir tu corazón es tuya. Ella está herida. Tu último desplante fue atroz, jovencito, una pena.

—Lo sé, la cagué en grande—suspiró—. Fue un impulso. La vi tan preciosa, y ella pareció decidida a encararme. Tuve miedo, Marge, te lo aseguro. No estaba preparado. Mi cabeza no es un lindo lugar para estar, algunas veces.

—Hombres tontos, necesitan un despertar abrupto para entender—Marge lo miró con solemnidad—. Billy, Winona es una mujer especial, y merece ser tratada con el respeto y consideración extrema. No te equivoques, o te daré de hostias.

—Sí, intentaré estar a su altura. Y sé que eres de armas tomar, no te tomo a la ligera. Pero también que quieres a Winona, y tal vez, me respetas un pelín. Como lo hago contigo. Por eso estoy aquí—dijo, con un destello de determinación en sus ojos.

Marge asintió, y fue al fondo, de donde retornó con una bandeja de pastas que tenían un aroma increíble. Puso una en un plato y se la extendió, y él le hincó diente, deleitándose en la suavidad de la masa y la riqueza de la jalea y el chocolate.

La observó tomar dos y colocarlas en una caja primorosa que cerró y envolvió con una cinta roja en un complicado moño, y le extendió una tarjeta. Billy se limpió las manos con cuidado, mientras pensaba qué decir.

Finalmente, se decidió por algo que le sonó manido y que escribió con caligrafía descuidada, pero que Marge leyó y no encontró nada qué decir. *Winona, te ofrezco esto como un gesto pequeñísimo de devoción, y a la vez como una promesa de hacer mi mayor esfuerzo por lograr que tus ojos vuelvan a mirarme con el brillo que me encanta.*

—La responsabilidad de ganarte su confianza y lograr que te abra su corazón es tuya. Pero estoy segura de que si muestras tu sinceridad y tu determinación, Winona te dará una

oportunidad. Los sentimientos no mueren tan fácil, Billy, te lo aseguro. Pero lo hacen si no los regamos y los cuidamos.

Billy asintió con gratitud, sintiendo que su esperanza se renovaba.

—Gracias, Marge.

Ella le dio una palmadita en el hombro.

—Vas por buen camino—le aseguró, con una sonrisa—. Solo recuerda que una relación como la que buscas requiere valentía y esfuerzo, pero también te dará las mayores recompensas.

Joder, no podía esperar a que estas llegaran, y recién comenzaba.

DIECIOCHO.

Los días continuaban siendo buenos, fríos, pero con el sol omnipresente filtrándose entre nubes dispersas, pintando el amplio espacio junto a la escuela con tonalidades doradas y verdes.

La actividad frenética de personas armando stands para la feria llenaba el aire con un zumbido constante de voces y movimiento. Billy se detuvo justo en uno de los extremos, y deslizó su vista en busca de su objetivo. Con la caja entre sus manos, y tratando de que no se viera demasiado, se sintió objeto de miradas curiosas, pero se forzó a ignorar a los cotillas.

Cuando divisó a Winona, se le alegró el día. Radiante, pensó, sus zancadas adquiriendo nuevo ritmo para llegar a ella, y la cercanía atestiguó que el adjetivo le quedaba de maravillas.

Sin afeite alguno y natural, con su cabello recogido en un moño descuidado y sus mejillas encendidas de rubor por el frío, estaba preciosa. Miel, verde y rojo son colores favoritos, barruntó, los de la naturaleza y los de sus rasgos más bellos.

Sin embargo, el momento de admiración se vio cortado porque cerca distinguió al jodido Matt Sullivan, con un café en sus manos y dando órdenes a sus peones con una autoridad irritante.

¿No hay trabajo en su rancho? ¿O es que su hermano Joe debe hacerlo todo?, pensó Billy, súbitamente furioso mientras dirigía al patán una mirada incendiaria. Recibió desafío de vuelta, y esto le hizo desnudar los dientes como si fuera un predador confrontado por otro. Absurdo, se instó, *pareces un niño inseguro*.

Se rehízo del lapsus y pretendió pasar de él, pero el ranchero se le vino con paso rápido, y le habló con voz cargada de arrogancia.

—Estuve hablando con Santino, ya sé que te traes entre manos, cabrón. Debiste hacernos saber que te interesaba Winona, no operar desde las sombras para arruinar las chances de los demás.

Billy rodó los ojos, conteniendo su impaciencia. No estaba acá para discutir con Matt, y no le debía nada, jodido dramático. Tuvo su chance, gracias a un lapsus suyo.

—Corta el lloriqueo, gilipollas—rezongó, y el gruñido de Matt así como su entrecerrar de ojos avisó de que no estaba para bromas. Billy no quería provocarle, pero sí dejarle las cosas claras—. Mira, Matt, mis disculpas, eso estuvo fuera de orden—respiró hondo—. No tengo nada que decirte, salvo que Winona ha sido mía desde siempre, y no tienes oportunidad con ella.

Sí, sonó apasionado y cavernícola, pero a la competencia había que dejarle muy claro cómo iban las cosas. Marcar el terreno, como hacían los padrillos o cualquier macho de la naturaleza.

Billy tenía bastante por lo que redimirse con Winona, tenía que dar vuelta lo que había

hecho con ella, y eso era mucho trabajo como para, además, dar sitio a competidores. El rostro de Matt se contrajo en una mueca de disgusto, pero no se dejó intimidar. Billy no pensó que lo haría, porque era un hombre testarudo y apasionado, mas lo quería enterado de sus intenciones.

—¿Quieres asustarme, Billy? En otra vida tuya, cabrón. Acá la que determina si lo que dices es cierto es Winona. Haré lo que me salga, y lo que desee, al igual que ella—respondió con frialdad, rodando los ojos antes de dar media vuelta y alejarse, gruñendo por lo bajo.

Jodido Matt, consideró, meneando su cabeza, y enderezándose, comprobando que no había arruinado la caja con su impetuosidad. No miró a los lados, aunque sabía que debía haber murmullos variados. Los vaqueros podían ser más cotilla que damas aburridas.

Se acercó a Winona con determinación, concentrándose en lo que debía hacer. Llegar, hablar, extender el obsequio, lograr la oportunidad de la redención, ese era el plan. Si funcionaba, cualquier humillación pública valdría la pena.

Era consciente de que todo se caía si ella pronunciaba dos letras. *No*. Y la posibilidad estaba.

—Buenos días, Winona—saludó, su voz ganando gravedad, y por Dios que por un momento sintió la misma energía burbujeante que lo llenaba cuando estaba a punto de montar un potro bravo.

Absurdo. Esta era una mujercita hermosa y dulce, incapaz de herirlo o dañarlo. No físicamente, pero... No saldría indemne de una negativa. *Vamos, Billy, no hay peor cosa que no intentarlo*, se alentó. Respiró hondo.

—Hola, Billy—Ella le saludó con un movimiento de su cabeza, y finas hebras de cabello se desataron del moño, y ella las sopló para quitarlas de sus ojos.

—¿Podría hablar contigo por un momento?

Parpadeó y miró alrededor, como si aquilatará la actividad y la necesidad de su presencia aquí, pero la guardia que entrevió en sus ojos le contó que había más. Ella evaluaba la necesidad, la pertinencia, y no podía permitir que determinara que no existía tal, por lo que aceleró su estrategia.

Cuando uno domaba un potro, había un momento de afloje, de dejarle correr a sus anchas, y otro de atropellarle para desconcertarle y marcar presencia. Esto se imponía ahora, aunque la comparación fuese terrible.

No iba a conquistarla con fineza de pensamiento y recurriendo a estrategias que no conocía. Él no era un seductor de manual.

—Serán solo unos minutos, y es importante, te lo aseguro. Esto va muy bien y hay muchas manos.

Ella juntó sus manos y las restregó en un gesto que le pareció de nervios, y por fin, asintió, lo que le hizo elevar un puño de triunfo mental. *Pasitos pequeños, Billy*.

—Bien, sí, está bien. Vamos...—miró a todos lados, y luego señaló el patio de juegos de la escuela—. Allá, podremos sentarnos.

—Perfecto—asintió, y se acercó con naturalidad que no sentía, y colocó su mano en el bajo de la espalda, y ella abatió sus pestañas con rapidez, tomada por sorpresa.

Hizo como si no se percatara de la tensión en ella y le sonrió, presionando levemente para inducir la marcha, gesto que ella obedeció sin más. El dominante en Billy reconoció el gesto por lo que era, y por un breve momento su polla amenazó rebelarse y elevarse como un mástil.

La manera en que ella bajó sus ojos y aceptó su comando, la cercanía de sus cuerpos y el ser guiada físicamente, joder Si eso no eran rasgos de sumisión, se cortaría la lengua. *Cálmate, cabrón, no te adelantes. No tienes nada entre manos, no te lances a conclusiones apuradas.*

Como prueba de esto, no pasó más de unos segundos que ella apuró el paso, desprendiéndose de su mano, y caminó con celeridad hasta un banco ubicado a un costado de los juegos.

Billy no despegó sus ojos de la cadencia de esas caderas en movimiento y de sus glúteos firmes envueltos en el jean. Alimento mental para su banco de imágenes, pero también estímulo que le estaba provocando luchar contra su libido, y no era el momento.

Venía aquí a buscar una oportunidad, se aleccionó, quitándose el sombrero y ubicándose más lejos de lo que quisiera en el banco.

El patio de juegos estaba desierto, y Billy miró las hamacas y el tiovivo buscando inspiración para lo que tenía que ser el mejor discurso de su vida, y no era bueno con las palabras. *Lánzate.*

—Bien, aquí estamos. ¿De qué querías hablarme?—preguntó ella, con un tono un pelín seco y distante, las manos reposando en su regazo.

Billy le entregó la caja con las rosquillas, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho.

—Esto es para ti—indicó, con una sonrisa medida, y le dio la caja que hasta ese momento había estado pegada a su mano. El moño había sufrido en el camino, comprobó, pero lo importante estaba adentro—. Un gesto de buena voluntad.

Ella tomó el obsequio, la sorpresa obvia en su faz, y la grana le llenó las mejillas cuando leyó la tarjeta adosada.

—Un... regalo. Gracias, pero... ¿A qué viene esto? No es mi cumpleaños, ni...—se cortó.

Billy tomó aire y comenzó a hablar, modulando calmado, porque las ideas tenían que salir ordenadas, y eso no le era fácil.

—No necesita que haya una razón concreta. Te mereces tener mil regalos, solo por existir—Ella parpadeó, y Billy carraspeó. Eso había sonado simplón—. Quiero decir, han pasado

tantas oportunidades en que debí haber venido a ti con obsequios, así que este es nada más que un detalle... No es nada de valor... Sí lo es mi intención...—Oh, por Dios, estaba siendo patético—. Soy malo con las palabras.

—No lo parece. Siempre te he visto hablar sin cortarte—dijo ella, y esbozó una sonrisa corta, pero le dio empuje.

—No en una situación seria y en la que me juegue tanto—la seriedad de su tono hizo que ella lo mirara con sorpresa—. Quiero decirte muchas cosas, y la primera es perdón. Perdón por ser un gilipollas redondo, esa noche en la taberna, y todas las otras en que te hice pensar que... —la miró directo a los ojos—. Por todas las veces que fui un cateto contigo. He reflexionado mucho y quiero que sepas que nunca fue mi intención lastimarte o hacerte sentir humillada. Sé que eso pasó. Lo vi en tu rostro aquella noche, y me lo han dicho tus amigas.

Ella lo escuchaba en silencio, y sus dientes jugaron con su labio inferior, llevándose la vista de Billy allí, distrayéndolo con ideas que no quería alentar.

—No es necesario que te disculpes—le respondió con suavidad—. Eso... Eso ya pasó.

—Tengo que hacerlo—insistió Billy con determinación. Disculpas sinceras eran el primer escalón de su plan—. Quiero que me perdones. Lo necesito.

No bajó la vista, por el contrario, dejó que la honestidad de lo que sentía se volcara en su mirada. Sus ojos conectaron por varios segundos, y ella asintió.

—Te perdono, Billy.

—No quiero que haya rigidez o tensiones entre nosotros. De hecho...—tomó aire, y apostó a más—. Quiero que sepas que siento... Que albergo sentimientos intensos por ti.

Si no estuviese con un miedo de cojones, hubiese disfrutado el cómo sus bellos ojos se ensancharon y sus narinas se distendieron, así como la mano yendo a su pecho. Preciosa Winona.

—¿Sentimientos?—repitió ella, arqueando una ceja como demandando más.

Que no retrocediera y se negara de plano a seguir escuchándolo era un subidón, y avanzó.

DIECINUEVE.

—Sí, así es—afirmó con sinceridad—. Sentimientos que he callado y de los que he renegado, porque soy un idiota. Traté de mantenerme ajeno y alejado porque creí que...

—¿Qué creías?—lo desafió ella, con un tono de amargura en su voz—. ¿Que era una tonta redomada penando por ti que no valía la pena?

Sí, el decir que *renegó*... No había sido una buena elección de palabra.

—No, no—atajó Billy rápidamente, sintiendo que la cagaba y se le iba la chance—. Lo que pasó... Lo que hice o dije, o lo que no hice, está en mí. El problema era y soy yo. Tú eres perfecta, por eso... Es que yo nunca me vi suficiente para ti. Te he mirado, te he soñado, he fantaseado contigo...—graznó, y procuró contenerse, porque se le iba la pinza, pero... Jodidas emociones—. No tienes idea de lo que te he pensado, Winona.

Ella lo miró con estupefacción, dejando entrever destellos de emociones varias en sus ojos, pero de inmediato miró hacia adelante, como cerrándose a creerle. Luego, muy bajito, le contestó.

—Billy, esto que estás haciendo... Lo que estás diciendo... No me hace bien.

Lo miró, y en sus ojos vio humedad, que le pegó fuerte y duro, porque no quería volver a poner lágrimas en su mirar. No buscaba eso. Las únicas lágrimas que quería eran las de saciedad sexual cuando la tuviera bajo su comando, las de felicidad cuando le demostrara que podía adorarla.

—No quiero hacerte mal, por el contrario. Quiero que estemos bien, y eso para mí implica que estemos juntos. Me he dado cuenta de que actué como un imbécil, solo porque tenía miedo.

—Si hubieras venido a mí hace una semana atrás, habría estado tan feliz—indicó, aspirando con ruido, mientras se limpiaba el rabillo del ojo con un dedo—. Pero... He estado reflexionando, igual que tú, y me he dado cuenta de que por años hice el tonto, el ridículo. No quiero a nadie apostando por mí, ni a ti pensando que tienes que hacer esto para ganar mi favor. No lo necesitas, puedes tener a quien quieras.

—Te quiero a ti—le insistió Billy, con seriedad total, y algo de súplica en su mirada.

—No lo creo, en verdad, no lo creo—respondió ella con tristeza y porfía—. Si así hubiera sido, no hubieras actuado como si no existiera todo este tiempo. No fui precisamente sutil.

—Siempre fui consciente de tu presencia, demasiado—murmuró.

Quiso tomar su mano, pero ella la movió, no sin que antes él percibiera el leve temblor en los dedos. Temblor que no se coló en su voz:

—Lo lamento, Billy, no voy a arriesgar mi salud emocional—sentenció Winona con

firmeza, y el alma de Billy se le fue a los pies—. Me he dado cuenta de que no me he priorizado, y eso no es bueno. Luché mucho para dejar mi pasado atrás como para permitirme ser el trapo de piso de tus deseos.

Billy sacudió la cabeza con frenesí. No era lo que quería, joder. Jamás. Tenía que lograr que lo entendiera.

—Por favor, Winona, escúchame, solo...—Tomó aire y se instó a mantener el control. Era lo que hacía, ¿o no? Tenía que hacer las cosas bien—. Mira... Te pido la oportunidad de escucharme. Tú acabas de hablar de tu pasado... Déjame decirte que el mío me marcó... Amé muy joven, me casé, y perdí...—meneó su cabeza—. Si supieras lo que se sufre cuando uno es acusado de hacerle mal a quien ama, solo por ser inadecuado, pobre. Cuando tu propia familia te señala una y otra vez que no te mereces lo que deseas y amas, que eres poca cosa. Adoraba a esa chica, mi primer y único amor, o lo fue por años... Ella era una mujercita dulce y hermosa. Justo como tú—confesó Billy, abriendo su corazón como nunca lo había hecho con nadie.

Se le estrujaba el pecho al traer estos recuerdos, porque dolían, escocían. Aquel primer amor nunca tuvo posibilidad, pero esto... Billy sentía en sus huesos que aquí podía estar la redención y la revancha, con Winona, y la perdería si se acobardaba y no se jugaba entero.

Ella le miraba con asombro, con pesar y pena, empática como era. Dulce Winona, que ahora parpadeaba con velocidad, sus bellísimas pestañas largas y espesas velando sus ojos verdes.

—Oh, Billy, lo lamento tanto, de verdad. No tenía idea... Es duro, esto que me dices. Siempre has sido tan desinhibido, tan exento de problemas en apariencias. Risueño.

—Es parte de mi persona también. Soy... Te he escuchado decir esta palabra cuando hablas con tus amigas. Resiliente.

—Sí—asintió ella, y suspiró, atrapando el delicioso labio otra vez entre sus dientes superiores—. Mas yo... Estoy confundida... Tienes que entender. Tengo miedo, no quiero... Disculpa, tengo que volver al trabajo, me necesitan—le dijo, mirando al otro lado del patio desde donde una de sus colegas le hacía señas.

—¿Podemos seguir hablando de esto?—se apuró a preguntar, porque necesitaba algo, una pista de cómo seguir—. ¿Puedo escribirte?

Ella dudó, y luego asintió, retirándose con premura. Si el abatimiento pretendió instalarse en él, lo evitó con decisión. Esto no era un fracaso, sino un primer intento. Al menos ella había tomado su regalo y le había escuchado.

Ahora, tendría que trabajar para que ella recuperara el brillo en su mirada cuando lo miraba, y sembrar la semilla de la confianza en la posibilidad de intentar una relación.

Decidido, se ajustó su sombrero y abandonó el lugar por una salida lateral. Era consciente de que esta no era una batalla que pudiera ganar solo; necesitaba el consejo y el apoyo

de aquellos que conocían a Winona.

Marie, Dakota y Beth, las necesitaba de su lado. Suspiró largo, consciente de que presentarse ante ellas implicaba, como con Marge, críticas y cuestionamientos sobre su comportamiento pasado, pero estaba dispuesto a aceptarlos todos. Tenía que hacer lo correcto, por él y por Winona.

Su primer parada fue la taberna, donde sabía que encontraría a Beth a pesar de la hora. Estaba detrás del mostrador, ocupada en limpiar vasos. Al verle entrar levantó una ceja con curiosidad.

—Es muy temprano, Billy, nunca te había visto a esta hora.

—Hola, Beth. No vengo por bebida, sino por consejo.

—No me digas—hubo un tono agrio de chanza—. Las noticias vuelan, para que sepas, así que sé en qué andas, y no me termina de agradar la idea.

—Así que Marge te lo dijo—indicó, sentándose en uno de los taburetes—. Voy en serio, no necesitas preocuparte ni mandarme a tomar por culo.

Beth lo miró con atención, dejando la tarea, y colocando sus antebrazos sobre el mostrador, evaluando sus palabras y su expresión.

—Has sido un gran gilipollas, Billy. No veo por qué debería ayudarte—dijo con franqueza.

—Ah, no te cortes, Beth, dime lo que piensas de verdad—ironizó Billy.

—Sabes que lo haré. Mi amiga no necesita basura en su vida. Ella...

—Joder, Beth—dijo, herido en profundidad, y Beth meneó su cabeza.

—Me refiero a una situación, Billy, no a ti. Eres decente, un hombre honorable, lo sé. Pero has sido un idiota con ella. No ha sido bonito de ver, en especial cuando pusiste tristeza en su rostro.

—No fue mi intención hierirla. A mi modo, idiota, quería protegerla de mi.

—Eso suena realmente idiota, coincido. Hablas como si ella fuese una niña que no sabe cómo lidiar con sus emociones.

—Hablo como un hombre con baja auto estima en asuntos amorosos, Beth—dijo, furibundo—. Ella es perfecta. Hermosa, inteligente, independiente, dulce. ¿Qué podría ver e mí, salvo lo físico? Eso pensé, eso creí. Ahora confieso que no me importa, siempre que me mire.

—Guau, vaquero, esa profundidad emocional no la tenía en ti, y me pones nerviosa. Lo mío no es el apoyo psicológico, no soy tu barista habitual.

Deja a Beth ser una irónica de cojones.

—Eres peor que Wes—gruñó—. Gracias por tu apoyo.

—¿Por qué debería dártelo?—desafió.

—Porque creo que eso sería lo mejor para Winona—respondió Billy con sinceridad, sus

ojos reflejando una determinación renovada.

Beth lo observó un momento más.

—¿Crees que le harás bien? ¿Qué cambió? Es muy sospechoso que esto surja cuando hay otros hombres interesados en ella—le cuestionó.

—Te aseguro que tengo la cabeza donde debe estar. Sí, me despertó la posibilidad de perderla, lo confieso. He pensado mucho, he puesto mi vida en la balanza—le aseguró, su voz resonando con convicción—. Recién estuve con ella y me sinceré. Pero no parece querer saber nada de mí.

Beth asintió lentamente, su expresión suavizándose.

—Está herida, y está tratando de abrir su abanico de opciones. Matt está muy interesado — explicó, echando más sal en sus heridas.

Billy resopló con frustración.

—Beth, tú sabes que ese ranchero es un jodido machista y nunca la hará feliz.

—¿Y tú sí?—le desafió.

Billy resopló, molesto con la porfiada, que le hacía decir más de lo que quería. Como la buena amiga de Winona que era, rebuscando en sus intenciones, buscando fallas en su lógica y saber si iba en serio. *Noticias, Beth, voy muy en serio.*

—Lo intentaré con energía, sí. Mira... Hay cosas de mi pasado que me volvieron desconfiado, y también me hacen dudar de mí mismo. De mi valor—confesó con sinceridad y suficiente ambigüedad, dejando entrever el peso de su pasado en su presente—. Hace años que miro y pienso en Winona, pero me veía... No creí que pudiera hacerle bien. No me veía adecuado.

Beth lo miró, sopesando sus palabras, pero sin lástima, lo que agradeció. No era lo que buscaba.

—Lo poco que sé me dice que no hay perfección en las relaciones, se trabaja en ellas, Billy. Escucha, deja pasar unos días, dale tiempo de pensar. Yo veré cómo puedo ayudarte. Solo porque quiero a mi amiga feliz, y te creo—le dijo finalmente, ofreciendo una pequeña señal de esperanza.

—Gracias. También hablaré con Dakota y Marie. Voy en serio, lo juro—aseguró, agradecido y más decidido que nunca.

++++

La feria cobraba vida, los preparativos en pleno apogeo, con carpas, tráileres y puestos de comida desplegándose por el vasto espacio, las personas en un ir y venir constante, apresurándose a darle toque final a las decoraciones.

En medio de este bullicio Billy se acomodó el sombrero y avanzó a su puesto. Los

lenguajes del amor eran variados, había leído alguna vez, y hoy se abocaría a los actos de servicio.

Sería el ayudante más eficiente y dispuesto de la jodida feria, se lo había propuesto. Sabía que Winona había puesto mucho empeño en este evento, y la ayudaría a que sus expectativas se cumplieran.

No estaba solo, aunque el apoyo fuese condicional. Las mujeres del cerrado grupo de amigas de Winona, Marie y Daisy entre ellas, habían cedido a regañadientes, advirtiéndole que cualquier indicio de sufrimiento o afectación del carácter de Winona sería motivo suficiente para mandarlo a tomar por culo. Billy entendía la seriedad de la situación, y no estaba en su horizonte el permitirse fracasar.

Este día marcaba el inicio de su cortejo, y por ello se presentó muy temprano, dispuesto a demostrar su compromiso y valía. Que la ayuda era necesaria se mostró en el trajinar constante desde el mismo instante en que se acercó a uno de los stands.

Sin pausa y sin tregua, así pasaron las horas, y Billy aceptó realizar cualquier tarea que surgiera, desde servir bebidas hasta supervisar la zona de los caballos. Santino, Wes y Monroe, rodeados de niños, le dirigieron miradas implorantes que Billy ignoró, excepto para asegurarles que serían relevados pronto.

Cuando Santino insinuó algo sobre necesitar salchichas como respirar, Billy le lanzó una mirada fulminante. Winona estaba en el stand de la comida, y el niño pretendía divertirse con su situación, era obvio. Le gruñó y Monroe y Wes rieron, divertidísimos.

Billy aceptó que merecía eso por ser un cabrón con ellos, y no les dio mayor entidad. Su meta estaba a pocos metros, y estaba decidido a acercarse a Winona. Frunció el ceño al ver a Matt caminando con su hermano Joe más lejos. A sus vaqueros los podía controlar, con el rancharo, las cosas eran diferentes.

Finalmente, su oportunidad vino cuando Marie le hizo un guiño y le llamó a los gritos, pretextando que tenía que ir con los niños. Billy tomó su lugar en el stand con la velocidad de un Mustang en estampida, y miró alrededor con ojos entrecerrados. Más valía que a ninguno de le ocurriera venir a molestar.

Winona estaba atendiendo unos clientes, pero Billy percibió que su postura había cambiado apenas se acercó. Solo podía esperar que esto fuese positivo y tuviese que ver con expectativa y no con rechazo.

—Winona, no había tenido oportunidad de saludarte, y felicitarte, además. Esto es un éxito.

—Gracias, Billy—sonrió, más relajada, y asintió—. Esto va muy bien, sí. Te he visto trabajando duro.

¡Sí, señor, lo había estado mirando! *Bien, Billy, bien.*

—Es lo menos que puedo hacer. No solo porque es una causa noble, sino porque tú eres el corazón de esto.

Ella se ruborizó y bajó sus ojos brevemente, y hubo música en el pecho de Billy. La dejó ser, porque no quería atosigarla. Este no era momento para palabras grandilocuentes. Ella era tímida y no le gustaba estar en el foco de atención.

Lo que sí hizo, mientras preparaba salchichas y otros snacks, fue acercarse a ella y no dejar de hablarle.

—Estás muy bonita—comentó con sinceridad un rato más tarde, en un momento de calma, admirando su apariencia natural y sin artificios.

Ella lo miró y dijo un gracias bajito, y se dio la vuelta. Esto no lo ardeó.

—Esta camisa va perfecta con tus ojos. Me fascinan, tan verdes. Como los prados, tantos matices en ellos—agregó más tarde.

Quería que fuera consciente de lo mucho que lo atraía. Ella sonrió tímidamente, esta vez, obviamente halagada por el cumplido.

Esto le dio convicción, y aprovechó cada oportunidad para la charla inocua pero intimista, así como para rozar sus dedos o acercarse un poco más, deseando sentir su cercanía.

—Winona, quiero invitarte a una cita. Una en la que podamos hablar y en la que pueda explicarte, contarte más de mí, de mi pasado. Quiero que me conozcas bien—le dijo más tarde, cuando ya las trazas de incomodidad y tensiones se habían disipado.

—Billy, no...—ella suspiró, y Billy vio su esperanza desinflarse—. Mira, estoy muy confundida, ¿sí? No sé bien qué pensar o creer. Tienes que ponerte en mis zapatos—agregó, su tono con una mezcla de frustración y confusión.

Hubo un momento de silencio mientras ambos procesaban sus pensamientos. Billy se instó a rehacerse, y aceptar el golpe.

—Puedo hacerlo, pero... ¿Me darás la oportunidad más adelante? Déjame que exprese mi interés, al menos. No me cierres la puerta, a menos que estés muy segura de que es lo que deseas. Nada quiero más que redimirme ante tus ojos—casi rogó, dejando caer cualquier atisbo de orgullo o vanidad.

Eso no era nada al lado de lo que podía perder. O ganar.

Ella suspiró, y asintió. Okay, no estaba todo perdido. Una cita aun no, pero había más que podía intentar. No dejó que la negativa influyera en su trabajo y disfrutó de estar a su lado. Marie intentó volver, pero su mirada la ahuyentó, y la tarde pasó volando al lado de la que lo desvelaba.

Al final del día, hubo aplausos y júbilo cuando se anunció un estimado de la recaudación, y el cansancio se hacía evidente en los rostros y pasos más lentos de todos los presentes. Aunque Billy sintió una punzada de decepción cuando Winona declinó el que la

acompañara a su casa, se obligó a sí mismo a no dejarse abatir.

Esto era el comienzo, Roma no se conquistaba en un día. *Pasos de bebé, no de gigante de siete leguas*, se instó. Los palmetazos de Wes, el incesante hablar de Santino y el canto entre dientes de Monroe fueron su siguiente escenario, cuando les ayudó a subir los caballos a los remolques para devolverlos al rancho.

Una vez en su casa, y con la mente sumida en un torbellino de pensamientos, se dejó caer en el sillón hamaca de su porche trasero, buscando un momento de paz en la tardecita que ya se volvía noche.

El silencio solo era interrumpido por el suave trinar de los pájaros que buscaban refugio para dormir, añadiendo una sensación de serenidad al paisaje.

Su mente lo llevó directo al pasado, revisando cada detalle de su relación con Taylor, aquella muchacha que amó en su juventud. Había sido un amor casi... desesperado, lleno de pasión, y, visto desde la lejanía y la sabiduría de los años, de la necesidad de encontrar refugio mutuo de familias estrictas, y verbalmente abusiva en su caso.

Fueron dos jóvenes recién comenzando a ver cómo era el mundo, uniendo su atracción a la necesidad de escapar de un entorno hostil.

Se preguntó si su pasado habría dejado una marca indeleble en su capacidad para amar y ser amado. ¿Sería que su historia anterior había arruinado sus posibilidades de encontrar la felicidad?

Porque esta tristeza, esta sensación de poca cosa que lo envolvía al pensar en aquella época, era devastadora. No había hecho un proceso de luto por el joven desencantado y con el corazón roto que fue. Cerró esa etapa con decisión, por pura necesidad de supervivencia, y huyó lejos.

New Essex fue su salvación, pero su carácter cambió. Se volvió más llano, menos propenso a dejarse ver cómo era en realidad. A aceptar nada más que relaciones físicas y sin profundidad emocional. Hasta ella. O hasta que te diste cuenta de que la podía perder.

Se hamacó, pugnando para que la incertidumbre del futuro y las sombras del pasado que no lo abrumaran. La vibración en el bolsillo de su chaqueta lo trajo al presente. Un mensaje de Marie que le reconfortó. Rex era un afortunado, pensó.

MARIE: *Billy, demostraste tu compromiso hoy, y Winona lo notó, te lo aseguro. No te desanimas, los vínculos firmes toman tiempo.*

Le escribió de vuelta para agradecerle, y se incorporó para irse adentro. Ya estaba frío, y no iba a ganar nada con reflexionar hasta la hipotermia.

Fue a su cocina y se calentó café, mientras miraba sus opciones para la cena. Había probado poco bocado mientras trabajaba, y su estómago le demandaba resarcimiento.

Eligió algunas verduras que comenzó a trozar y retiró un bistec de la nevera y no dejó

de dar vueltas en su cabeza. Esta soledad de las noches, que solía pensar bienhechora, le pesaba en los huesos. ¡Cómo cambiarían sus días y sus noches, su vida en general, con Winona en ella!

La imaginó en su espacio, compartiendo momentos de intimidad y relajación. De charla y de diversión. Anhelaba esa conexión, se dio cuenta, la cercanía y calidez que solo ella podía ofrecerle como él necesitaba y quería.

Con ninguna otra había pensado en esto, y por tanto, eso hablaba volúmenes. Costara lo que costara tenía que hacerlo todo para conquistarla.

Cuando finalmente estuvo en su lecho y se recostó en él, su anhelo de compañía se hizo urgente. Lo que daría por tenerla a su lado, acurrucada contra su pecho, sus pieles en contacto íntimo, sus dedos recorriéndose.

Cuando las imágenes se hicieron más procaces, Billy se vio con ella encima montándolo como una vaquera, su cabellera cayendo encima del pecho masculino, su rostro sensual y su boca abierta. Y luego, él deteniéndola y controlando su orgasmo, de manera que la bella fruncía sus labios de forma encantadora.

Boca que luego tenía su miembro y lo consumía, tomándolo con dificultad, pero sin pausa, hasta que la llenaba y ella apenas podía respirar, su saliva humectando el largo de Billy, y algunas lágrimas asomando en los ojos verdes cuando el glándulo llegaba a su garganta.

Sí, joder, esas eran las únicas lágrimas que quería ver en ella. Correrse con este pensamiento fue natural, y trajo con él el cansancio y la satisfacción necesaria como para poder conciliar el sueño.

VEINTE.

Habían sido días intensos, llenos de sorpresas y descubrimientos. De hecho, estas semanas eran las más intensas que recordara en su vida en los últimos años, y había tenido sentimientos encontrados y vivido días que eran uno más excitante que el otro.

Lejos estaban la sensación de humillación y derrota que experimentó al ser rechazada sin palabras, o la incertidumbre de saber que tenía que cambiar su norte y aprovechar las oportunidades que se le presentaban en forma de admiradores. Eso fue Matt, y la cena compartida fue interesante y la disfrutó, más por la novedad y el ambiente que por real interés en él.

Había cruzado palabras con Santino y Monroe, y si estos parecieron lamentar la apuesta y le hicieron saber que no habían tenido mala intención, así como marcaron su admiración con bonitas y halagadoras palabras, también expresaron que daban un paso al costado por circunstancias que ella ya conocería.

La intriga que esto le provocó no demoró en dilucidarse, porque el mismísimo Billy había aparecido con un regalo y palabras que eran intención clara, o eso parecía. El impacto que le implicó que él verbalizara su interés en ella y le pidiera perdón...

Joder, ¡qué subidón verlo ante ella con una actitud tan distinta a la del desapareado asno que había sido por años!

Te mereces tener mil regalos, solo por existir.

Te he mirado, te he soñado, he fantaseado contigo.

Lo que esas frases habían provocado en ella, él no tenía idea. Winona las sentía como bálsamo sobre heridas. Su orgullo y cómo se veía a sí misma habían sufrido como consecuencia de ese metejón largo que tenía con él.

Mirar su largo penar por él y su lucha por llamar su atención desde otro punto de vista la había hecho darse cuenta de que su autoestima estaba erosionada.

Por lo tanto, que se la remendaran a fuerza de palabras bonitas y sentidas, además de invitaciones y regalos, no le parecía un alto costo. Lo merecía, vaya si lo merecía. Se había reconstruido tomando lo mejor de una infancia y adolescencia jodida. Había estudiado, era buena persona, estaba para sus amigos y aceptaba que no le tenía que gustar a todo el mundo, y que no todo el mundo tenía que gustarle.

Y sobre todo, había sido incondicional a este vaquero tonto y a la idea de que estaban destinados a ser. Sí, podía ser un poco simple o ingenua en su versión del amor, pero ella había sabido desde el inicio que si él le diera lugar, oportunidad... Sus piezas coincidirían.

Hete aquí que cuando esta convicción flaqueó en ella, Billy tomaba la posta. Debería estar entusiasmada, mucho, pero el sentimiento que predominaba en ella hoy era el temor. Ella

era sincera con lo que sentía, trataba de no mentirse, de ser honesta consigo misma, pero ¿cómo estar segura de que lo que Billy sentía era real?

<<No te haces una idea de lo pasmado que quedó Billy al verte vestida tan bonita, y al saber que ibas a ese restaurante con Matt>>, había dicho Marie, abundando en detalles cuando la vio personalmente luego de la cita.

Winona no dudaba del buen juicio de su amiga, pero la posibilidad de que fueran celos había aparecido como temeraria. Entonces, él se apersonó con sus rosquillas y sus disculpas enredadas con declaraciones que eran una invitación.

Marge había agregado información cuando fue por un café el día siguiente a la entrega del regalo. Le había dicho que <<el pobre vaquero está colado por ti, querida, me dio un poco de pena, pero eso no impidió que lo dejara negro con verdades que tenía que escuchar.>>

Luego, Beth había reforzado la idea de que el orgulloso capataz iba por ella y buscaba aliados para la conquista. <<Déjate mimar y atender, no le hagas el camino fácil, Winona. Es tu momento, disfrútalo.>>

Entendía eso, y le gustaba, más las constantes apariciones y el evidente interés, que ya era persecución, la desconcertaban. Había esperado que Billy notara su presencia por años, y ahora que finalmente lo estaba haciendo, ella se sentía confundida y no sabía cómo reaccionar. O accionar.

Por un lado, se sentía halagada por su atención, pero por el otro, no quería ilusionarse demasiado. Después de todo, ¿por qué justo en este momento, precisamente cuando ella ha decidido seguir adelante y no esperar más por él?

La incertidumbre y la confusión se agolpaban en su mente mientras intentaba concentrarse en su trabajo. Estaba atrapada entre el deseo de darle una oportunidad a Billy y el miedo a ser lastimada, otra vez. No podía dejar de preguntarse si esta nueva atención era genuina o una reacción a su cambio de actitud.

No obstante, una pequeña chispa de esperanza la sacudía y la instaba a decir que sí, como una luz que se negaba a apagarse, incluso en medio de su confusión.

Luego, la feria. Verlo tan comprometido, tan involucrado en su proyecto, porque Winona lo sentía así... Fue importante. Compartir todas esas horas juntos en una camaradería detrás de la que se escondía química y deseos, fue una prueba, y ella terminó orgullosa de su estoicismo.

También terminó con una contractura en sus cervicales por lo tensa que estuvo. Su presencia tan masculina ayudándola con lo mínimo que requiriera algo de esfuerzo, sus manos tocándola aquí y allá, su colonia colándose en su nariz y enervándola. Cada vez que sus ojos conectaron había sentido un vuelco en el estómago y un calor en su intimidad.

No había otro. No prestó real atención a alguien más, Matt incluido, que estuvo

charlando brevemente. La atracción magnética que siempre ha sentido hacia él la tironeaba, y no quería sino ceder. Solo la precaución la detenía. No podía permitirse ser vulnerable ante alguien que podía lastimarla solo con mirarla sin expresión.

La idea de que Billy pudiera estar actuando impulsado por una apuesta o por el deseo de demostrar su masculinidad ante otros hombres la enfermaba. Hubo momentos en que se vio utilizada como un peón en un juego de poder entre los vaqueros, y eso hería su orgullo.

Sin embargo, una parte de ella no puede evitar considerar que había algo más detrás de las atenciones de Billy. Era honesto, eso se sabía. Las afirmaciones de sus amigas sobre las intenciones de Billy pesaban en su mente. Ninguna de ellas era tonta, por el contrario. Veían las cosas con neutralidad, o desde el rincón de Winona, porque la querían.

Y coincidían en sus apreciaciones. Él estaba genuinamente interesado en tener una relación con ella.

Estar en guardia no significa cerrarte. ¿Por qué negarte a vivir lo que has soñado? Billy no te engañaría, sabes que no. Y lo que ha dicho de su pasado, de cómo lo afectó... Eso fue impactante.

No tenía idea de que había tenido un amor tan fuerte, nunca lo escuchó hablar de ello. La manera en que lo dijo señalaba una herida todavía abierta, y las referencias a su familia y el abuso eran tristes. Tal parece que tenían eso en común.

¿Qué vas a hacer, Winona?, se preguntó, mirando por su ventana con una taza de té en las manos y la vista perdida en las montañas. Tal parece que no va a parar, ya te lo dijo, y la palabra la tienes tú. Ya rechazaste su invitación a cenar y a un paseo por el parque nacional.

La tercera invitación estaba en el chat de su móvil, y era una carnada que no estaba segura si quería eludir. Los últimos días los había comenzado y terminado con los mensajes del vaquero.

Buenos días, hermosa.

Buenas noches, descansa.

Estoy pensando en ti.

¿Te gustaron las flores y la selección de tés? Daisy me contó que son difíciles de conseguir y esos sabores te encantan.

Sonrió, y bebió un largo sorbo. Riquísimo.

Arropada por sus palabras y sus gestos, empujada por las palabras de sus amigas, y finalmente decidiéndose a dar un salto de esperanza, Winona fue por su móvil y tomó aire, mientras escribía:

WINONA: *Bueno, Billy, acepto tu invitación.*

Pasaron unos minutos hasta que obtuvo la respuesta, y esta vino con emoticones, lo que le hizo sonreír. Parecía que había entusiasmo.

BILLY: ¡Sí!   *Te prometo que no te vas a arrepentir. Paso por ti temprano en la tarde, si te parece. Me encargaré de la comida y bebida, abrigo, todo, no tienes que llevar más que tu encantadora presencia.*

Bien, eso se sentía... Agradable. Mucho. Cerró los ojos y se tiró en el sillón, llevando sus rodillas contra el pecho. Se dejaría atender como una reina, sin mover un dedo. Eso sonaba bonito. Ser independiente era maravilloso, pero agotador.

VEINTIUNO.

Que Billy estaba bien asesorados era obvio, porque elegir este paseo, nada menos, era indicativo de la intervención de Daisy y Marge, que sabían lo mucho que le gustaba caminar en la naturaleza y explorar lugares nuevos.

—Buenos días, Winona, y muchas gracias por aceptar, de verdad—él le tomó la mano y la apretó con suavidad—. Estoy honrado, y tengo todo listo.

Le abrió la portezuela y le hizo una seña para el asiento trasero, donde vio un canasto grande en el que había un mantel doblado, botellas, cajas de alimentos.

—Veo que estás preparado.

Subió y se colocó el cinto de seguridad mientras él daba la vuelta al vehículo. Lucía distinto, y Winona entonces se dio cuenta de que no le había visto vestido con indumentaria deportiva antes. No le quitaba un pelín a su atractivo.

—¿Llevas calzado cómodo? Tengo pensado que caminemos un poco. Daisy me dijo que el trekking es uno de tus hobbies.

Asintió, y levantó su pie, mostrando que llevaba sus zapatillas.

La hora de viaje transcurrió rápida, enfrascados ambos en compartir detalles de sus trabajos y anécdotas, los dos caminando de puntillas sobre el asunto de fondo que les conectaba.

Era agradable, mucho. Ambos charlando sin presiones, escuchando la suave música que sonaba envolvente, seductora en la cadencia y en los temas. Miró la radio para comprobar que lo que sonaba era una playlist armada especialmente, y el detalle le gustó.

Observó las manos grandes que tomaban el volante con ligereza, y las imaginó recorriéndola, sin prisa.

—¿Estás bien?—le preguntó, y lo miró y asintió, sonriendo—. Ya estamos aquí—indicó, e hizo las maniobras para ingresar al parque.

Había grupos de personas ya comenzando su trayecto por el sendero que se adentraba en el sitio, y Billy tomó el canasto y le indicó adelante.

—El camino tiene cinco kilómetros, pero no es necesario que los cubramos todos—le dijo, y ella elevó sus cejas.

—¿No te sientes en forma, Billy?

La sonrisa abierta fue la respuesta perfecta.

—Desafío aceptado, Winona.

Ella aspiró hondo, dejando que el aire fresco que olía a pinos y resinas la llenaran. La caminata les llevó por un sendero que comenzó sencillo, pero se fue tornando complejo por las raíces y las piedras. El frío fue desapareciendo de sus cuerpos y hablaron poco, salvo para señalarse mutuamente detalles.

Desembocaron en un lago que era un inmenso ojo de agua iridiscente donde reflejaban nubes y la vegetación, y se sentaron un rato, bebiendo té y dando cuenta de emparedados.

—Ahora sí, con lo que comiste el canasto ha quedado bastante más liviano—dijo él con un guiño, y ella abrió su boca en un gesto de falso agravio, llevando su mano al pecho.

—¿Estás diciendo que como mucho?

—Lo suficiente y necesario para mantener este cuerpo seductor en perfecta forma—le contestó, y ella se ruborizó hasta la raíz, pero le encantó el comentario.

El estiró su mano y tentativo, tomó su palma. Ella envolvió sus dedos en los masculinos, y así, de la mano, caminaron un poco más, hasta que alcanzaron las Red Rock Falls, las cataratas cayendo con ruido y como una cortina blanquísima sobre rocas de color rojo oscuro, haciendo nacer arco iris.

—¡Es precioso!—murmuró ella, inclinándose para ver mejor, y él la tomó por los hombros, acercándola contra pecho.

—Cuidado, Winona.

El contacto de sus manos la movilizó a pesar de las gruesas capas de ropa que la envolvían, y la presión ineludible del cuerpo de Billy, grande y duro, le hizo cerrar los ojos. Esto se sentía la perfección, pensó, y no dudó en demorarse en la posición, sin apuro por separarse.

—Mira allá—él le habló contra el oído, su aliento tibio cosquilleándole en la oreja.

Le señalaba un alce macho acercándose al agua que corría luego de caer. Era un ejemplar magnífico, y detrás aparecieron la hembra y una cría. Winona se apuró a tomar su móvil y tomó varias fotos. A sus niños les encantaría ver una imagen tan adorable.

—¡Qué bello!

—Sin ningún lugar a dudas—asintió él, poniéndose a su lado, pero mirándola con mucha fijeza, procurando que no quedara duda de que la estaba ponderando—. Ven, descansemos un poco antes de emprender la vuelta.

Otra vez de la mano, la condujo a un claro entre la vegetación, donde había unas rocas sobre la que se sentaron, sus muslos pegados y sus brazos tocándose. Por un instante ninguno de los dos habló.

Como en un inocente juego, sus dedos se unieron, meñique con meñique, luego las manos se enlazaron, y el espacio entre sus cuerpos se hizo nada. Se miraron de costado, sus ojos muy fijos, como en un hechizo que ninguno quiso diluir, y entonces él giró su torso para que su mano derecha alcanzase el rostro femenino, que dibujó con algo de torpeza.

Primero los labios, luego la nariz, las cejas. La piel de Winona pareció despertar vibrando al son de su toque.

—Winona...

—¿Sí?—contestó, mirándolo, sin encontrar sus ojos, porque estaban fijos en sus labios.

—Quisiera besarte, si no te molesta.

¿Molestarla? Joder, no podía pensar en algo que deseara más justo ahora. O sí, pero todo tenía que ver con él y ella, las manos, los labios, las pieles.

—No me molesta—susurró, elevando y adelantando su cabeza para quedar en la posición perfecta para recibirlo.

Los labios de Billy eran bien dibujados y gruesos y besaban de maravilla, tanto que los colores del entorno, que ya eran muchos y bellos, se volvieron caleidoscopio, o eso le pareció a Winona, que se aferró a su cuello con ambas manos.

La tibieza en su boca se desplazó por la mandíbula, por los tendones de su cuello, hasta sus senos y desde allí a su intimidad, que despertó, incitada.

Esto era lo que había esperado por años, y un hambre feroz la impulsó a la demanda, por lo que sus manos ya no solo sostuvieron, sino que atrajeron con impaciencia a Billy hacia sí, y le comió la boca, echando al olvido la prudencia del vaquero, que hacía todo con pies de plomo.

Fue un abandonarse en el otro, los brazos volviéndose mutuos cepos y los pechos colisionando, y besaron los labios, pero lengua, dientes y yemas participaron en la primera comunión de sus cuerpos.

Ella besó con el apetito de años, y él con la sensualidad y la urgencia de lo que se contenía. Porque vaya si Winona no supo de su furioso interés. Billy succionó, mordisqueó, alisó y suavizó con su lengua, y se volvió dueño de su cavidad.

Y ella lo permitió, sin quedarse atrás. Duró minutos, se sintió como horas, y a la vez segundos, porque no podía ser demasiado largo. Cuando se separaron, ambos jadeaban, y sus ojos estaban clavados en el otro, algo desorbitados, y toda hormona vinculada a la sexualidad estaba despierta y a la orden.

—Eso... Eso fue...

—Eso estuvo impresionante—dijo él, ronco, afectado.

—Sí...

—Mm... Tenemos que volver—murmuró—. Se hace tarde.

—Sí...

El choque volvió a ocurrir, esta vez menos urgente, más hondo, menos precario, más tierno, y Winona se abandonó en sus brazos. Él besó sus comisuras y siguió las líneas naturales de su piel, por el mentón, la mandíbula, el tendón de su cuello.

Solo las voces de un grupo grande de personas urgiéndose a avanzar y culminar el recorrido les volvió a la realidad, con los ojos algo difusos.

—Esto... No pensé que ocurriría hoy, lo juro, pero lo soñé. Fue mejor, mucho mejor, sin embargo.

Ella asintió, sin palabras, y él la ayudó a incorporarse. Hubo algo de duda, pero luego él

tomó su mano y la envolvió, y le besó la nariz, y de pronto... Todo estuvo en su lugar. Mientras caminaban de retorno, ambos pensativos, él no dejó nunca su mano.

Winona no podía dejar de tocar sus labios, y si la punta de su lengua le contaba de la menta que había saboreado en la boca de Billy, sus yemas le hicieron ver que tenía su boca tibia y algo hinchada.

—No me va a alcanzar, Winona—dijo él, mirándola con una intensidad que le oscurecía las pupilas, y ella se estremeció.

—Tampoco a mí—susurró ella, con estas palabras cediendo al sitio que Billy había establecido sobre ella. Sublime rendición.

El retorno tuvo más silencios, pero también más toques, suaves, románticos, leves. Las miradas no dejaban de buscarse y encontrarse, y las pupilas se hablaban, urgidas y empeñadas en recalcar en las bocas.

Winona no tenía más expectativa que la de completar la experiencia, y el cómo sus inseguridades y dudas habían sido vencidas a golpe de labios sería un tema de discusión y risas entre sus amigas, lo sabía. ¿Qué más daba? Su resistencia había sido estoica, considerando cómo lo quería, pero también inútil. *Gracias a Dios*, casi dejó fluir por sus labios.

VEINTIDÓS.

No cabía en sí de alegría, y si se contenía de demostrarlo era por pura voluntad. Esa boca divina, pulposa, tierna y dulce había sido lo que esperaba, y más. Infinitamente más. ¡Qué estúpido había sido! Podía haber gozado de esta mujer desde hacía tanto, y en su lugar, se había dejado ganar por tonterías añejas.

Se sentía oficialmente obsesionado, y su polla no tenía respiro, lo que era un problema, considerando que su ropa deportiva era muy flexible y lo mostraba todo bastante bien.

Esperaba que la hermosa que viajaba a su lado tuviese compasión de él y entendiese que no podía controlarse. No la reacción, pero sí el impulso, se aleccionó. No pondría presión a nada. Si tenía que esperar meses para generar confianza e intimidad, que así fuera.

El día había sido completo. ¿Qué más podía pedir un hombre que una bella mujer a su lado, disfrutando de un día rodeados de naturaleza y hablando de la vida y conectando? Eso habían hecho desde que partieron, y ahora que llegaban, el ciclo se cerraba, pero las cosas habían cambiado. Para bien.

—Bien, aquí estamos—dijo, y estacionó, apagando el motor.

El día moría en colores bellos detrás de las montañas. Hostia, pensó, casi como si una revelación le atravesara la cabeza. Este era uno de esos raros momentos de felicidad que uno tenía que atesorar, no había otra manera de definirlo. Sonrió con amplitud.

—Winona, supongo que lo notas... Me siento muy contento. Gracias, de verdad. Espero... Quiero que hagamos tantas cosas juntos. Cena romántica, baile, cine, cabalgatas... Uff... Me adelanto, y te confieso que eso no es habitual en mí. Has logrado que me sienta en la Luna.

—Guau, esa es toda una declaración—sonrió ella—. Ha sido muy bonito... Más que eso —se corrigió, y echó su cabeza atrás, pegándola al apoyacabezas, mirando adelante—. También estoy entusiasmada, en todo sentido—dejó fluir, y él hizo un gesto con sus ojos.

—No comentes nada, sé que este atuendo...—resopló—. Mira, ya te conté todo sobre mi otra vida...

—Es una buena forma de verlo. A mí me sirve considerarlo de ese modo, porque quedó atrás. No es renegar de ello, como te dije...

Sí, habían hablado mucho, asomándose cada uno a los abismos del otro, y de ello había resultado una comprensión mayor. Billy encontraba que hablar le ayudaba a drenar sus malas experiencias, y planeaba seguir con eso.

Le había indignado mucho el relato de Winona sobre su infancia, y le realzó ante sus ojos. Los seres como ella eran de luz, porque era lo que desplegaban a los demás, a pesar de los intentos de apagarlos.

—No, es amigarse con el pasado, lo entiendo. Confieso que lo que me tiene muy interesado es el presente, no obstante. No quiero parecer intenso... Lo soy—rio—. ¿Cuándo podemos vernos otra vez?

Ella se mordió los labios y él sintió la presión en su entrepierna. Parecía que había nacido un nuevo reflejo condicionado para él.

—Mañana y pasado tengo mucha actividad, pero el sábado...

—¿Te gustaría cabalgar conmigo?

—Sí, por supuesto—asintió—. ¿Santino y Monroe estarán allá? No quisiera problemas.

—No los tendrás, ellos son unos catetos, pero buena gente. Entienden a la perfección que tú...—se ruborizó, porque casi se le escapa *eres mía*.

No empieces con sandeces, Billy. Ella es una dulzura que debes cuidar y no tratar de inducir a tus gustos. Hizo un gesto con sus labios al pensar en las palabras de su padre: *perversiones*. Había bastado encontrar una revista de fetiches para que lo tachara de inmoral y desviado.

—¿Billy?

—Nada, estaba pensando en lo afortunado que me siento.

—Guau, señor Jackson, una mujer puede acostumbrarse a estas lisonjas constantes.

—Acostúmbrate, Winona, y no me exijas nada menos. Buenas noches, bonita.

Extendió su mano y acunó su barbilla, en una caricia suave que le dejara memoria de su piel. Iba a soñar con esto hoy, entre infinitas cosas que atesoró hoy sobre Winona. Cuando ya pensó que estaba todo dicho, ella se inclinó y le rozó los labios en un beso de despedida que fue promesa.

La miró perderse en el edificio, y suspiró, sintiéndose más liviano que nunca. El golpe en la ventanilla de su lado lo sobresaltó, y su buen ánimo se puso a prueba al encontrar el rostro sonriente de la señora O'Hara frente a sí.

—Buenas noches, Billy, ¿cómo estás?

—Muy bien, muy bien. Raro verla por aquí—le dijo, y la muy pilla ni siquiera pestañeó.

—Es una ciudad tan pequeña. Todo se sabe y se ve.

—Mm—dijo, sin compromiso.

—No pude dejar de ver que Winona vino contigo. Creí que... Oh, pero ya veo—su mirada estaba clavada en el asiento trasero—. Un picnic, qué maravilloso. Eres un caballero de los de antes, ya veo. Bien hecho, jovencito, esa mujer vale oro.

—Estamos de acuerdo en eso, señora—hizo un gesto de saludo y ella siguió caminando, tironeando con suavidad de un pequeño perro.

++++

Tomó al caballo que montaba Winona con suavidad por las bridas y tironeó de él para que le siguiera por el estrecho sendero que llevaba al lugar que más le gustaba del rancho. Era una jinete adecuada, pero no de las más hábiles, pero no lo inquietaba, porque el caballo era manso.

—Estamos llegando. Mira, Winona, esta parte del arroyo es bonita porque el ganado no llega aquí y por tanto el pasto crece sin problemas.

—Las flores son preciosas. Siempre he creído que hay mucha más belleza en las naturales y silvestres.

Ella desmontó y le dio las riendas, y se arrodilló, presta a arrancar algunas, que colocó tras su oreja.

—Una ninfa solo para mí—bromeó él, acercándose para sentarse a su lado—. Es perfecto, ves, muy mullido.

—Mmm—dijo ella, rodando sus ojos.

—¿Y eso?

—Vamos, vaquero, este es un movimiento clásico. Tanto Marie como Dakota me contaron sobre sus citas en la vastedad del rancho.

—Ah, ¿sí? Pero no parece que te haya asustado—dijo, y llevó su rostro para posar su frente en la de ella, aprovechando para besarla, y ella se derritió sobre su boca.

Sorbió su labio inferior y pasó la lengua por el superior, y luego la introdujo hondo, como si quisiera fundirla con la femenina.

—Sabes dulce—chasqueó su lengua—. Delicioso... Me pregunto...—sacudió su cabeza para espantar tonterías. Ahí estaba otra vez, derrapando hacia temas sexuales.

—Me interesa saber qué te preguntas, Billy. No es la primera vez que noto que te frenas y te contienes... ¿Hay algo que deba preocuparme?

—No, no, para nada—acarició su cabello, y se acostó de espaldas, las manos detrás de la cabeza, y ella se recostó de costado, apoyada en su antebrazo, mirándolo—. Es que besarte y tocarte me provoca y me hace tener ideas que... No quiero parecer alguien al que solo interesa...

—Tú crees que yo soy algo así como una virgen, ¿no es así, Billy? Que ignoro sobre el sexo, o que me asusta. No podrías estar más equivocado.

La forma en que lo expresó, la libertad con la que lo dijo y su propia confusión hicieron que se enredara con las palabras y pareciera un cateto.

—No es eso... Es que... Temo que cuando... Soy un hombre con fetiches y Lo que quiero decir es que me fascinas, que quiero todo contigo, todo, y ...

¡Qué cojones! ¿Se podía ser más imbécil? Furioso consigo mismo se incorporó, pero la mano de ella sobre su torso lo frenó, y lo que vio frente a él no fue horror, ni miedo, ni asco. No.

—Billy Jackson, no hubiese creído que este tema nos trajera inconvenientes. Por años

escuché de que eras un “portento”, un hombre muy dotado y que tenías una estamina envidiable.

Parpadeó, incrédulo, y sacudió la cabeza.

—Eso es lo que pude saber de ti a lo largo de los años, porque tus ligues no eran precisamente discretos.

—¡Put a hostia!—murmuró.

—¿Qué es eso de fetiches, dime?

Cerró los ojos y respiró hondo. Esto era, aquí estaba. El momento de quiebre. Lo provocó él. ¿Para qué tenía que decirle en alta voz? Su fijación con ello le había jugado una mala pasada.

—Winona... Escucha.

—¿Tiene que ver con ese club que sueles ir en Helena? Marie lo mencionó alguna vez.

—¿Lo hizo?—dijo, sus ojos muy abiertos.

—Sí. No creas que me escandaliza. Entre mis lecturas se encuentran algunas historias vinculadas con el BDSM.

—¿Ah, sí?

Una chispa de interés y la posibilidad de no haberlo arruinado todo lo hizo atender lo que ella le decía con mucho, mucho cuidado.

—Yo... Solía ir una vez al mes y jugar... Se hacen escenas, con voluntarias que son...

—¿En que estás tú?—le preguntó a boca de jarro, y él, suspiró.

—Okay, Okay...—se aclaró la garganta—. Soy un... Dom.

—Ohh, ¿de verdad? ¿Con todo y cuero?

Las pupilas de ella parecieron oscurecer el verde, y a Billy se le cortó la respiración. Joder, esta reacción... Ella estaba fascinada.

—No es mi elección, como no sea en mi chaqueta, botas, cinto y sombrero. Pero todo lo demás... Sí.

—Yo no estoy en eso del dolor—dijo ella con rapidez, pero la digresión fue significativa. ¿Sí en lo demás?

—No soy un sadista, Winona. Me gusta el control... Que mi sumisa obedezca cada una de mis órdenes y mis reglas.

—Okay...—a ella se le quebró la voz.

—Tú... ¿Alguna vez?

—No, no... Pero siempre he creído... Soy una mujer a la que no le asusta experimentar.

—Ahá. Lo entiendo, sí—La de ideas que esto le traía. La de opciones que abría—.

Winona, estoy que me salgo, espero que entiendas.

Se llevó la mano a la entrepierna, y apretó, graznando, porque ella estaba jugando con sus dos cabezas de la manera más ingenua que había visto. Entrecerró sus ojos. ¿O sabía bien lo

que hacía? Jodida Winona.

—Entiendo. Pero no sería bueno que algo ocurriese aquí, donde alguien podría vernos. Y tampoco me siento cómoda en tu casa, por ahora. Lo lamento, pero la idea de no tener... Libertad para...—se puso como grana—. Ya sabes, los vaqueros, Marie, Rex.

La miró con extrema fijeza.

—¿Me invitas a tu casa, Winona? Te lo estoy rogando—susurró.

—Encantada. Ya es hora.

Esta hermosa mujer... La revelación de su verdadero yo se iba revelando ante él con rapidez y un aplomo inesperado. Había contenido sus deseos, su lujuria, su interés por ella sobre la base de supuestos erróneos: su edad, su dulzura e ingenuidad que no tolerarían su forma de entender el sexo. Hete aquí que ella le demostraba que solo había conocido la superficie, que adoraba, pero había más capas por develar. No podía esperar.

VEINTITRÉS.

Okay, tal vez había sonado más segura de lo que de verdad se sentía, pero eso poco importaba en este instante. Estaban llegando a su casa, que fue destino desde el momento en que la salida a cabalgar derivó al tema sexo y Billy dejó entrever, de forma torpe, que tenía *fetiches*.

Habría sido gracioso de ver, y tal vez podría sonreír y deleitarse con la vergüenza que le hizo sonrojar. ¡Billy Jackson, orgulloso vaquero y que parecía estar de vuelta en el tema sexo, al que se consideraba un *semental*, *promiscuo*, *libertino*, de acuerdo a las edades de quien de él hablaban, se había puesto como la grana al describir sus deseos!

En este momento, sin embargo, Winona se sentía demasiado ansiosa y expectante como para relajarse. Había llegado el día en que ellos... Joder, ¡qué nervios! No había pensado que ocurriría hoy, ni mañana. No lo había pensado, punto.

Se habría depilado, o habría usado su lencería más bonita. ¡Oh, por Dios, llevaba puestas sus bragas de abuela! Es que el tanga no le resultaba nada cómodo para montar, se defendió de su alborotado yo que la increpaba por su falta de sensualidad y sentido del erotismo.

—¿Estás teniendo un debate interno para ver cómo me dices que no y abortamos esto? —preguntó él apenas cerró la puerta del apartamento, que ella había abierto con dedos tembleques—. Dímelo y no pasa nada.

—¡Oh, no, no!—Ni se te ocurra, Billy, casi gruñó—. Estoy algo nerviosa, nada más. Te aseguro que estoy en esto al cien por ciento.

—No sabes cómo me pones, Winona—susurró, y caminó hacia ella con la cadencia que adoraba, sus ojos brillando, su versión depredador modo on, y Winona sintió que se mojaba y se le enervaba cada vello de su piel.

Retrocedió, aceptando por instinto el juego de la caza, deseosa de ser presa de este hombre que no podía dejar de mirar. Cuando solo la pared estuvo detrás y Billy se pegó a ella, restregando su pelvis para hacerle ver lo que portaba, que era promesa carnal sin sutilezas, Winona suspiró.

Las manos de él se colocaron a cada lado de su cabeza, y él bajó la suya, llevando sus labios para besarla rápido, y luego se abocó a mordisquear su tendón y su clavícula, que delineó con la punta de su lengua, dejando un hilo de saliva que la entibió y conectó con su oreja, que él hostigó, y Winona gimió, sin dar crédito a las sensaciones pulsantes que logró allí.

—Desabotona tu camisa—le ordenó, y su voz...

Su tono de demanda no admitía réplica, lo que iba bien con ella, que no estaba para desafíos. Quería hacer, sentir, vivenciar. Sus dedos torpes por la ansiedad abrieron la prenda y las manos de él se colaron, por primera vez tocando su piel, su cintura, sus senos, y Winona dejó escapar un quejido de gusto que arrancó una risa grave.

—Mira esta piel tan suave... Tan tersa y sin marcas... Creo que algunos trazos rojos se verían bellos—la miró mientras lo decía, y ella parpadeó.

—No... al dolor.

—Oh, pero no hablo de dolor. Solo una molestia pasajera—Sus dedos como pinzas apretaron un pezón, y el leve dolor estuvo acompañado de otra sensación que la dejó... curiosa—. Hablo de las marcas leves de alguna palmada, o las de una cuerda de bondage, o el trazo que deja una gota de cera caliente... Sencillo. Ideas para el futuro—aclaró, y le tomó la boca, posesivo, devorador, mientras sus manos se abocaban a viajar en dirección sur.

Una en línea recta, la que desprendió el botón de sus jeans y bajó su cremallera, y se hundió en su sexo al traspasar sin problemas el elástico de sus bragas. La otra serpenteó y pasó por su cadera y dobló para encontrarse con su sacro y de ahí hacia abajo, también estirando las bragas, y abierta hizo círculos sobre sus glúteos.

Winona abrió sus piernas un poco más, encontrando que el jean la constreñía, y se sacudió, intentando que bajara por sus muslos. Él rio, y luego su voz demandó:

—Quieta, hermosa. No te muevas, déjame hacer.

Otra vez el comando la conminó a obedecer, natural, lógico. Inmóvil, lo dejó hacer. Él tomó la cinturilla del pantalón y lo deslizó moroso por sus piernas hasta los tobillos, y allí lidió con sus botas, con eficiencia, sin apuro, haciendo que elevara sus pies para quitar finalmente los jeans, y luego las bragas.

Desnuda de la cintura para abajo y con su camisa abierta y su sostén, Winona no se sintió ni un pelín avergonzada. Billy la miraba con la apreciación de un hombre que adoraba lo que veía, con hambre, y sus manos no dejaban de tocarla.

Se incorporó con lentitud, y una mano fue a su coño, y allí se quedó, sus dedos explorando su raja y haciéndola estremecer y humedecer más y más. El rostro se hundió entre sus senos y sus dientes mordisquearon muy leve, y luego su lengua se hundió en el escote y la parte superior de sus mamas, entibiando con su aliento y mojando.

Luego succionó los pezones a través de la tela, y Winona era pura reacción, gemidos, retorcerse con ligereza y aceptar que él la tocaba con sabiduría y propósito, y estaba a su merced. Y cómo le gustaba. No quería estar en otro lugar.

—Mírate...—dijo Billy luego de minutos largos y divinos de placer de sus sentidos—. Eres tan bella y dispuesta... Jodes con mi cabeza, Wi, no te imaginas lo que te quiero hacer.

—No quiero imaginarlo. Estamos aquí por concreciones. Quiero que...

—¡Ah, ah, ah, preciosa! Nada de demandas. Yo...—Cerró sus ojos e hizo su cabeza atrás, deteniendo sus caricias, y Winona no supo qué pasaba, pero se erizó, pensando que se estaba arrepintiendo.

—¿Qué...? ¿Billy?—Su tono debió ser plañidero, porque él abrió sus ojos y suspiró.

—Me vuelves tan loco que caí en mi rol sin preguntar... Te quiero en mis brazos y en mi cuerpo, y lo haremos como tú desees. Si demando...

—Me gusta que demandes—dijo, bajito, pero segura.

—¿De verdad? El consentimiento es vital, Winona, y el objetivo es que ambos...

—Disfrutemos, sí. Para ello, menos charla, más demanda—señaló, y sin un poquito de vergüenza, sacó su lengua y le lamió el cuello, y él tembló, y luego la tomó de la mano y la atrajo, y combinó el envión con agacharse para ponerla sobre su hombro y darle una nalgada.

—Dormitorio, ahora mismo.

—Segunda puerta por el pasillo—indicó.

Estuvieron en su dormitorio en segundos, y él maniobró con ella como si fuese una muñeca frágil y la tiró sobre el lecho, y mientras rebotaba suavemente, él comenzó a desnudarse.

Winona se sentó sobre sus talones y le vio quitar su camisa, dejando a la vista su torso ancho y con vello sobre sus pectorales, y sus brazos gruesos y con los músculos largos del que trabaja duro. El uso del lazo y lidiar con el ganado pagaba mejor que las pesas del gimnasio, decidió ella.

Las botas estuvieron en un rincón de la habitación en cuestión de nada, y él se detuvo, tocando la hebilla de su cinto, y su mano enorme envolvió de manera nada sutil al impactante bulto que elevaba la tela.

—Gatea hasta mí y desprende mi cinto, Winona—ordenó, y ella pareció salir de un trance de placer visual, y en cuatro fue hasta él, y sus dedos trabajaron ávidos para dejar su parte inferior al descubierto.

Sus palmas acariciaron los muslos anchos al llevar la prenda al piso, y cuando quiso hacer lo mismo con el bóxer, él chasqueó su lengua.

—Quiero tu boca en mi polla, Wi, sobre la tela.

Ella parpadeó, pero obedeció al instante. La verga era digna de su fama, y eso que no la veía en toda su gloria, pensó. Su boca se abrió para envolver el bulto con la tela de por medio, que humedeció, y fingió morder y succionar por largos minutos, su nariz participando con empujes, y fue hasta la base del miembro, y allí envolvió los globos que se evidenciaban. El aroma a pura masculinidad la enervó, y su mano fue instintiva hasta su coño.

—¡Quita esa mano, Wi! Los únicos que tocan ese coño son mi boca, mis dedos y mi polla.

Joder. No podía más. Se quejó con levedad, y apretó sus muslos para obtener algo de fricción mientras continuaba.

—Desnúdame—señaló—. Y mama mi polla, Wi. Abre esa boca tan grande como puedas...

—Es... No voy a poder tomarla toda...

—Sin quejas... Anda, tengo confianza en ti.

Sonrió de una manera tan procaz que Winona tembló, y sus labios se expandieron y tomaron la pija con suavidad. El glándulo, con el que su lengua jugueteó, haciendo círculos y hostigando la abertura de la punta. Luego, con lentitud, fue logrando que la polla, gruesa y larga, entrara hasta la mitad.

—Más—dijo él, sin darle tregua, y Winona apoyó sus manos en las caderas masculinas y trabajó para distender su mandíbula y lograr que el delicioso chupetín, que no podía dejar de succionar y saborear, porque desprendía líquido lechoso que humectaba sus labios y se mezclaba con su saliva.

El pasar de los segundos y minutos la encontró logrando tomarlo hasta su garganta, y atorándose con la carne trémula que la llenaba. Él comenzó a mover sus caderas y a pujar con calma, y cortaba su respiración por instantes.

Era horrible y divino a la vez, y no quería hacer otra cosa, excepto tocarse con la imagen de Billy en su boca y mirándola, consumido de placer, gimiendo y follándole la boca.

—Mírate, tan hermosa con mi verga en tu boca. Hostia puta, y esas lágrimas tuyas... Son las únicas que acepto, porque son de placer... Lo que me haces...—sus movimientos se hicieron más erráticos, y entonces se detuvo y retrocedió, dejándola vacía, y siguió el movimiento con su cabeza.

Billy respiró hondo, y sacudió su cabeza. Winona no tuvo duda de que si él parecía en control total de la situación, estaba tan afectado como ella, y sonrió.

Había leído sobre el poder del que aceptaba la sumisión, y de cómo imponía ritmos desde una posición de aparente desbalance de poder, y estaba comprobando que era así.

—Acuéstate, de espaldas—dijo él, masturbándose, y cuando ella obedeció, él tomó sus tobillos y la trajo hasta el borde del lecho de un tirón suave—. Voy a comerte el coño y lo voy a hacer tanto como quiera. Tú no te terminarás hasta que te lo permita.

Ella se mordió el labio y asintió con su cabeza, sin dudar, y abrió sus piernas para darle mayor y mejor acceso. ¿Quién era ella para negar entrada a su dominante si quería devorarla?

—Mira que flor más bonita tienes, Wi. Rosada, tu rajita es perfecta. Me gusta que no te depiles aquí abajo, ¿sabes?—enredó sus dedos en el vello de su monte de Venus y ella se cubrió el rostro—. Descúbrete, Winona, no te escondas de mí—elevó su voz con autoridad, y ella accedió, roja—. Si digo que este es el coño más bonito y jugoso, es porque así es. Y ahora voy a comprobar que es el más delicioso, y el único que probaré de aquí en más.

Joder, ¡qué subidón! No solo porque su lengua era maestra del placer, y la elevó a la gloria desde el primer lametazo, sino porque la declaración de que eran exclusivos se elevó sin aspavientos.

Una y otra vez él barrió su vulva y se insertó cuanto pudo en su vagina, como si no

pudiera esperar. Sus dedos abrieron los labios de su intimidad para que no quedase sitio sin cubrir por esa pala ancha que la ponía loquita, y en especial, cuando la punta de esta pulsaba en su clítoris y hacía círculos minúsculos sobre él.

El ritmo de su placer comenzó a crecer en oleadas que la envolvían toda y otros dedos pellizcaron sus pezones, de modo que estuvo en la antesala del orgasmo en poco tiempo, y este...

El sonido de protesta airada que escapó de sus labios cuando él abandonó su coño denunció su ultraje, y si Billy rio, eso no hizo que volviera al sitio, como Winona creía que debía.

—Me falta tan poco...—se quejó, y él sonrió, taimado, y dos dedos fueron a su coño y se embadurnaron, volviendo luego para que la boca masculina los succionara, y a ella se le secó la garganta.

—Tú no pones el ritmo, Wi, ¿o quieres cambiar la dinámica?

Sacudió su cabeza en negación, porque tanto como la frustraba estar al borde del clímax y no lograrlo, intuía que la demorada explosión lo haría todo mejor.

Él colocó su pene sobre su raja y lo frotó de comienzo a fin de esta, dejando que Winona percibiera la dureza absoluta de la barra gigante que era ese miembro venoso y con la cabeza casi violácea.

—Voy a follarte, no te inquietes, pero lo haremos seguro.

Se retiró, y la conminó a moverse sobre sus talones para ir hacia el respaldo, y allí se concentró en su coño, introduciendo dos dedos y pulsando arriba y abajo.

—Joder que eres estrecha, Wi. Lo que tu coño le va a hacer a mi polla... Tengo condón, pero... Algo de lubricación sería...

—En mi mesita...

Él la miró, sorprendido.

—¿Tienes elementos sexuales en tu mesita? Pícaro Wi—susurró, con una sonrisa procax, y se estiró, para conseguir sus jeans del piso, de donde extrajo la goma, y luego abrió el cajón—. ¿Qué tenemos aquí?

El sonido de sorpresa recordó a Winona que allí tenía... Oh, sí, aquí estaba. El dildo en manos de Billy se veía... Indecente. Se puso como la grana, pero él tenía una sonrisa divertida y sus ojos oscuros.

—No dejas de sorprenderme—susurró, y dio vueltas al consolador, con apreciación—. Me gusta una mujer con ambiciones. Un tamaño considerable, y hará las cosas más sencillas.

Nunca le diría que compró esa talla por los rumores sobre su polla, por supuesto, pero... Se alegraba de ello. Mr. Pleasure no había sido sino útil y necesario para sobrellevar años de sequía y sustituir la versión real. Ahora, tenía esta en su lecho.

—¿Pones esto en tu coño en las noches, pensando en mí?—Ella parpadeó—. Responde,

Wi. ¿Te masturbabas pensando en mí? ¿Te corrías con esto adentro, diciendo mi nombre? ¿Fantaseando con que esta verga de vidrio era la mía?

Se incorporó sobre la cama y a ella se le secó la garganta, porque la imponencia de Billy tocándose la verga erecta y mirándola con pasión era demasiado. Gimió, y él rio, y meneó su cabeza.

—Joder, sí que eres perfecta. ¡En cuatro en este instante!—demandó, y ella no dudo, moviéndose presurosa para quedar sobre manos y rodillas, elevando su culo para él.

Las dos nalgadas rápidas y fuertes la conmovieron y la hicieron gritar, pero más lubricación brotó. Estaba desesperada por él. Escuchó el sonido del envoltorio del condón rasgarse y miró atrás, sobre su hombro, la imagen de Billy colocando la goma sobre su polla enorme, y la urgencia la hizo vibrar.

—Te voy a coger como nadie. Como nunca—le dijo, y el tono autoritario estuvo matizado por algo más... ¿Deseo? ¿Expectativa? ¿Vulnerabilidad? Ella tenía eso y más recorriéndola, paralelo a los impulsos de su yo más primario y físico.

Cuando el glande se sintió sobre su raja y comenzó su viaje al interior, Winona se tensó, y luego aceptó la intrusión con gusto. La polla la cortó al medio y la llenó sin más dilaciones, en dos enviones secos y urgentes, y que Billy no tenía paciencia para más prolegómenos fue obvio, para su alivio, porque no quería más dilaciones.

Él la folló con la intensidad de un toro embistiendo, con la fuerza de un semental, y no fue silencioso. Sus empujes estuvieron acompañados de epítetos, de graznidos, y sus manos participaron de la fiesta acariciando cada porción de piel, pinchando senos, y una de ellas se fijó en su pubis y jugó con su clítoris.

Cuando Winona estuvo muy cerca, la mano del seno fue a su garganta, y apretó con levedad, y el ritmo creció y creció hasta hacerse insostenible. Winona era empujada por los enviones, y aceptó la cadencia, que sus caderas recrearon.

Por largos segundos fueron movimiento, ritmo loco, gemidos elevados, sudor y vibraciones.

—¡Córrete, Wi, ahora es el momento!—ordenó él, y ella, sumisa que era, gritó por el orgasmo, y pareció que era succionada a un espacio donde no había tiempo o sonido, solo inenarrable placer, que encendió su ser.

Como si cada nervio y terminales se encendieran a la vez, y ella fuese un jodido árbol navideño. El clímax más perfecto de todos los tiempos, modificándola para siempre. Haciendo que comprobara lo que siempre creyó: Billy Jackson era el vaquero más sexy y el único que podía hacerla sentir ella misma.

—¡Winona, oh, joder!

La arremetida feroz de él en procura de su liberación, su correrse la alcanzó en mitad de

su orgasmo, y su nombre nunca sonó tan perfecto.

VEINTICUATRO.

Winona dormía en sus brazos, y la suavidad de su cuerpo contra él, además de la calidez que sus cuerpos creaban debajo de las mantas constituían el más perfecto lugar en el que Billy hubiese estado jamás.

Ella era perfección desde cualquier perspectiva. Un sueño de mujer que atesoraba entre sus brazos como realidad, inmerecida, dirían muchos, pero no planeaba dejarla ir. Había cometido ese error, y casi le costó esta felicidad que experimentaba.

La mezcla ideal de atractivo físico, personalidad y carácter, salpicada con las dosis justas de ingenuidad y picardía. Su cuerpo estaba hecho de curvas y cimas, y era un lienzo ideal para pintar escenas y trazar fantasías. Los colores de esta mujer eran gloriosos.

El verde de sus ojos. El marrón dorado de su cabello. El blanco de su piel que dejaba entrever sus venas azuladas, y se volvía rojo en las zonas donde la turbación se manifestaba, como mejillas y cuello, y en aquellas que su palma azotaba, como glúteos. El marrón rosáceo de sus pezones y el rosa chicle de su coño.

Oh, Billy había ganado nueva apreciación por los matices esta noche. ¿Qué decir de los sabores? El de su boca y su intimidad eran su sabor favorito de todos los tiempos.

No podía quitarse la sensación de maravilla y el entusiasmo, ni quería. Winona era su nuevo comienzo, su futuro, y cuánto agradecía la sacudida emocional que aquella noche de viernes en la taberna de Beth había traído.

Ella se removió entre sus brazos y hubo un bostezo con ruidito, y sonrió, satisfecho, para luego mirar los ojos llenos de sueño que lo observaron.

—Buenos días—susurró ella, y él besó su frente y metió su nariz entre su cabello, y aspiró el aroma floral de su mata.

—Buenos días—respondió.

—¿Estamos bien?

Había algo de reparo, de quietud en el tono, y suspiró. La historia entre ambos, su actitud había hecho que esta mujer dudase un poco, y no podía permitirlo.

—No, estamos genial. Anoche... Fue hermoso, especial.

—Sí, lo fue—contestó, distendiéndose, y apretándose más contra él—. Y, ¿cómo seguimos? Es decir, dejaste entrever lo de la exclusividad, pero...

La miró, y elevó su ceja.

—Eso no se discute. El compartir no está entre mis fetiches. Somos novios, por supuesto.

—Por supuesto—repitió ella, y sonrió.

—Ya todos lo han de saber. La señora O'Hara me vio dejándote aquí luego de la salida

al parque. Espero que la novedad haya llegado a ese cateto de Matt Sullivan—dijo, en tono serio, y ella sonrió.

—Matt y yo no fluimos, créeme. Lo dejé claro.

—Bien, bien—asintió—. Tengo una lista de cosas que me gustaría hacer contigo. Quiero que vivas la experiencia completa, Winona, que no sientas que te escondo.

—Estoy viviendo la experiencia—dijo ella, sonriendo, y su mano fue al mentón de Billy, que acarició, y luego dibujó el contorno de sus labios—. Fue hermoso. No puedo esperar a repetirlo.

—Estoy a la orden—contestó, acercando su entrepierna, alerta con la erección matinal elevada a la enésima potencia.

—Vuelvo enseguida—dijo, y se destapó y corrió al baño.

Los breves minutos que demoró no alcanzaron a calmar a su polla, que fue llevada a nuevos límites en los siguientes minutos. El significado de atención al detalle cobró nuevas interpretaciones en su mente cuando ella se abocó a adorar cada milímetro de su miembro y sus testículos, devorándolo sin prisa.

No podía más que mirar obsesionado como le succionaba como si hubiese nacido para ello, y su pobre miembro alborozado no demoró mucho en explotar en su boca, que paladeó su semilla y la tragó sin mayor trámite, mirándolo con suficiencia que lo alborozó, y le hizo luego pensar que debería encontrar un modo de controlar esa tendencia a la vanidad.

Cuerdas, pensó. Seda y cuero, agregó su mente. Su cuerpo envuelto en finas ataduras que lo constriñeran pero lo llenaran de placer. Su experiencia en el Shibari era limitada, pero estaba seguro de que Winona disfrutaría de explorar esa técnica juntos.

Colapsó en el lecho y se dejó mecer por el sueño por unos minutos, mientras ella se duchaba y luego vestía sin prisa, catalogando su armario, eligiendo atuendos y desechando otros. La miró con ojos entrecerrados, disfrutando de la intimidad en compañía, por primera vez. Esto era lo que quería. Esto.

Arrugó el entrecejo al considerar los detalles que debían sortearse para que fuera posible a diario. La evolución de sus preocupaciones se le evidenció sin reparos. Apenas días atrás había estado sin esperanzas, detestando su soledad y creyendo que había perdido la chance con ella. Un poco más atrás en el tiempo, había creído que su destino eran los ligues sin ataduras y las escenas de BDSM sin emociones.

Anoche lo había comprobado todo falaz. Se podía tener sexo comprometiendo emociones y se podía hacer una escena de sumisión en el dormitorio de una maestra preescolar sin inconvenientes, y de hecho, el clímax era apoteósico.

Ella había estado perfecta. Lo era, no se dijera nada más. Hoy tocaba exhibirla con orgullo, se dijo, y se sentó en el lecho, estirándose, y se apuró luego a ducharse y a alistarse. Con

un café en su mano, envió un mensaje a Rex para decirle que estaría en el rancho al mediodía. Guardó luego su móvil, y la miró.

—Vamos por un buen desayuno, Winona. Quiero que nos vean juntos, y la primera debe ser Marge.

—De acuerdo, sí estás seguro.

—Lo estoy. ¿Tú no?

—Claro que sí.

Se sentía bien caminar con ella de la mano y saludar aquí y allá. Las miradas los atravesaron, y cuando ingresaron a la cafetería, el peso de muchas les recibió, pero Billy no hizo caso y tironeó de Winona con suavidad.

La mirada de Marge y su rostro delataron el gusto que sentía, y Billy le sonrió.

—Bien, vaquero, veo que las cosas están marchando como deben.

—Así es, y gracias.

—Nada, nada—susurró, para luego agregar—. ¿Lo de costumbre, para ambos?

—Pues sí.

Desayunaron con apetito y conversaron con liviandad y sin prestar atención al entorno, que pronto se aburrió del cotilleo. Al menos hasta que Ted Sullivan entró, ruidoso como siempre, y demandando un poco de cada pasta, porque *Dakota estaba de antojo*.

Tenía ya la gran caja en sus manos cuando les vio, y sus cejas se elevaron. Estuvo a su lado en un instante.

—Billy, ¿estás de vacaciones? ¿Es que Rex contrató más personal y no me dijo nada? Porque sin mí en el rancho, y contigo desayunando a estas horas de la mañana, no sé quién está produciendo.

Tomó una rosquilla de la bandeja de Winona, y solo por eso Billy le dio un golpe en la palma, pero esto no hizo que la soltara, sino que le asestó un gran mordisco.

—Llevas una caja llena, ¿por qué comes de nuestras rosquillas?

—Son para Dakota, quiero que tenga opciones. No saben qué gruñona se pone sin azúcar, por eso cada tanto la consiento.

—Tenía entendido que ella se está cuidando de la ingesta excesiva—intervino Winona, y el jodido ranchero tuvo la decencia de enrojecer, aunque muy levemente.

—¿Usas a Dakota como excusa? ¡Increíble!—le dijo, pero Ted se encogió de hombros.

—¿Ustedes dos...?—hizo un gesto con su boca indicando besos, y tanto Billy como Winona suspiraron.

Ted era un inmaduro, y no importaba su tamaño o su fama, eso no cambiaba. Billy quería al gilipollas, sin embargo, así que asintió, y la gran sonrisa que obtuvo de vuelta le contó que el cariño era mutuo, porque el grandulón se alegraba por él.

—¡Felicidades, los dos! El equipo de los comprometidos va ganando peso en el rancho. Bien, bien. Dakota va a estar contenta. Disfruten.

—Gracias, Ted—dijo Winona, con una sonrisa extensa y bonita que iluminó sus ojos, y Billy volvió a pensar, por milésima vez, que era un jodido afortunado.

Se agachó para susurrarle al oído, pero el tumulto en la puerta les distrajo. Ted salía cuando su primo Joe entraba, y también Beth, lo que generó un coro de *Disculpen, Permiso, Voy a pasar*, y movimientos confusos mientras los dos rancheros buscaban pasar y se movían al mismo lado.

La cara de impaciencia de Beth lo decía todo, y cuando Ted finalmente salió y Joe quedó parado en la puerta, la tabernera le espetó un A correrse, sin miramientos, que elevó las cejas de Joe Sullivan al techo, pero obedeció al instante.

El que Beth les viera era inminente, y esto pasó cuando esperaba su café en el mostrador, y su faz se iluminó y les saludó con un agitar de manos. El que Joe se pusiera en el medio de su visual al mirar la vitrina, distraído, la puso de malas, y nuevamente le ordenó que se corriera, y el ranchero volvió a ceder sin decir ni mu. Luego, Beth vino a él y con calma le dijo qué le convenía elegir y las cantidades, y Joe pidió exactamente eso.

—Beth es demasiado autoritaria, no entiendo por qué Joe no le pone los puntos...

—Bueno...—comenzó Billy, masticando con suavidad y evaluando si decir lo que sabía o no, y luego decidió que esto no lastimaba a nadie, y Winona lo entendería sin cuestionar—. No sé que tanto comparte Beth con ustedes, pero siempre he sabido que es una dominatriz en potencia. Y Joe es un tipazo, pero es de los que prefiere dejarse llevar. Ellos dos... Creo que tienen una relación—soltó, y los ojos de Winona se desorbitaron.

—¿Qué? Pero... ¿Estás seguro?—asintió—. Beth nunca dijo nada, aunque...—frunció la boca de un modo delicioso. Ahora que lo dices, se ha excusado varias veces de reunirse. Pero, ¿Beth y Joe? Mmm.

—¿Winona?—Ella le miró, y la distracción quedó atrás. Billy le tomó la mano y apretó—. Te invito a una cena esta noche.

—Acepto si terminamos la velada en mi casa—dijo ella, seductora.

—Oh, preciosa, ahora que sé lo bonito que es despertar en tus brazos, mis vaqueros va a verme hacer el camino de la vergüenza tarde, y me va a importar poco.

VEINTICINCO.

Winona entró al baño, la pila de ropa limpia y lista para vestir en sus manos. Colocó la misma sobre el banco largo, y se concentró en el disfrute de la visión detrás de la mampara transparente.

El agua corría por la espalda de Billy, que la recibía en su espalda como una catarata y luego en su rostro y cabello, que se oscureció más por el agua. La visión de su culo redondo y musculoso, expuesto para ella, era impactante.

Cuando se dio la vuelta, su mirada se perdió en el conjunto de su verga larga, su base ennegrecida por el vello mojado, y los testículos que caían pesado entre sus piernas. Luego, se deleitó en su abdomen firme y su pecho, su cuello, y finalmente su rostro. Los ojos oscuros la miraban achinados, evaluando su reacción.

—Veo que te gusta mucho lo que ves. Tus ojos... Ser objeto de tu deseo es algo que me pone loco, lo sabes.

Ella asintió, y se balanceó, conectadas sus miradas.

—Me gusta, Billy, lo sabes. Me gustas.

—Ven—dijo, y ella negó.

—Estoy ya lista. El horario de visita es limitado y...

Dakota había dado a luz, y los Sullivan y sus allegados estaban felices. Ted estaba en un estado lamentable, y decían que se había desmayado, pero Winona no lo creía. Era un vaquero, acostumbrado a los partos de los animales, después de todo.

—No fue una invitación, Wi. Ven—comandó, y su voz adquirió esa cualidad enervante que la trastornaba y la volvía un flan, además de incitarla a ser arcilla en sus manos.

El fetiche de Billy era tenerla a sus pies, sumisa a sus deseos, él en control y dueño de sus temblores, de sus suspiros y gemidos, de sus lágrimas de pasón. El fetiche de Winona era satisfacerlo, obedecer sus comandos y correrse en los tiempos que él imponía.

Su permiso, su aquiescencia era la que establecía la dinámica, no al revés, y eso lo tenía muy claro. El suyo era sexo consensuado y con el fin del mutuo placer, y no había humillación ni imposición.

Suspiró, fingiendo que le costaba quitarse la ropa para él. Su velocidad, sin embargo, denunció que no era así. En un periquete estuvo contra él, restregándose, mojándose, con las gotas que lo cubrían, que bebió en un largo lametón desde su pezón hasta la base de su oreja, y él la dio vuelta con determinación, dejando que su polla hinchada se colara en la raja entre sus glúteos, separándolos.

—Un día, pronto, voy a follar el único lugar de ti que aún me queda—prometió, y Winona tembló.

Sí, sabía que pronto pasaría. Él se había empeñado en besar más allá de su vulva y llegar al más recóndito y cuasi prohibido de sus orificios, y su meñique e índice habían hecho exploraciones tentativas. No estaba segura de si sería para ella, pero el universo con Billy era para explorar.

—Ábrete para mí, hermosa, deja que entre. Voy a ser rápido, solo por esta vez—susurró—. Pero tengo una sorpresa para la noche. Vas a conocer una forma diferente de placer, y voy a ser el amo de tus sensaciones.

—Billy...—boqueó, porque las últimas palabras coincidieron con la penetración.

—Tócate—ordenó—. Usa tus dedos para estimularte, Wi—indicó, envolviendo sus pechos con un brazo y pujando sin parar.

Winona localizó su clítoris y lo masturbó al ritmo de las embestidas, y no le tomó nada correrse, seguida por un Billy exhilarante que se terminó en ella, dejando sus jugos muy adentro, como hacían desde que ella le dijo que la barrera del condón no era necesaria.

—Winona, joder, ¡qué placer! Te amo. De verdad te amo—dijo, y ella cerró sus ojos y dejó caer su cabeza en su hombro, transida de felicidad.

—Yo también te amo, Billy. Te he amado por años.

—Jodido milagro, eso eres para mí. Te prometo los días y noches de mi vida. Ya veremos cómo hacemos, pero... Quiero que vivas conmigo. O yo contigo, pero juntos.

—Juntos—asintió.

Sí, los detalles y arreglos vendrían. Winona sintió que el último de sus temores caía. Su presente era brillante, y el futuro se anunciaba maravilloso.

Billy Jackson, vaquero sin ataduras, era suyo, y jugaba a atarla algunas noches, para su beneficio y placer. No podría haber mejor desenlace para su largo enamoramiento.

PST, PST, NO TE VAYAS SIN AVERIGUAR LAS NOVEDADES!!!!

FIN.

ATENCIÓN: REGALO Y PRÓXIMA PUBLICACIÓN.

↗ Querido lector, tengo algo especial para ti: un RELATO GRATUITO que te hará vibrar, y en el que conocerás la relación de **Beth y Joe**, y donde estarás conociendo más sobre los Sullivan y sus amigos.

- Para acceder a él *solo tienes que ir a mi INSTAGRAM o mi FACEBOOK,*
- *seguirme, y comentar en el post fijo en ambos perfiles.*
- Se abrirá un enlace para que puedas bajar el archivo.

En INSTAGRAM: **@mayarstone**

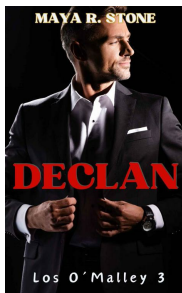
FACEBOOK (pulsas y te lleva directo) a Maya R. Stone

De esta manera estaremos más conectados y podrás acceder a mis novedades y publicaciones, así como interactuar.

¡Habrá una NOVELA NAVIDEÑA DE LOS SULLIVAN, así que atentos!

PENDIENTES A MIS PRÓXIMAS PUBLICACIONES,

| DECLAN rx.me/1G99MP



| EL COMIENZO DE LA SERIE DE MOTEROS.7

GRACIAS POR LEER, SIEMPRE.

